

CARLOS MARTÍNEZ MORENO nació en Colonia, en 1917. Ejerce su profesión de abogado, es editorialista de "El Diario" y desde 1938 ejerce la crítica teatral en el semanario "Marcha". A partir de 1944 sus narraciones comienzan a ser publicadas en las revistas "Asir", "Número", "Escritura" y "Ficción", así como en el semanario "Marcha". Sin embargo, ésta es la primera vez que reúne en volumen algunos de sus cuentos. En 1944 su relato "La otra mitad" ganó el primer premio en el concurso organizado por "Mundo Uruguayo" y "Alape"; en 1956, su novela corta "Cordelia" logró el primer premio en el certamen convocado por la revista "Número"; su relato "Los aborígenes" acaba de obtener el segundo premio en el concurso internacional organizado por "Life en Español".

CARLOS MARTÍNEZ MORENO
LOS DIAS POR VIVIR

CARLOS MARTINEZ MORENO

LOS DIAS POR VIVIR

CUENTOS

ASIR

A

MORMOR
d .

LOS DIAS POR VIVIR

LOS SUEÑOS BUSCAN EL MAYOR PELIGRO

*¿Los sueños buscan el mayor peligro?
A pie, con abandono, sobre césped.
Van por la orilla de una infancia en sombra.
(Entre sombras perdura aquella infancia.
Aun la impone una espera indestructible.)*

JORGE GUILLÉN, "Cántico".

*Es triste que el recuerdo incluya todo
y más aun si es bochornoso el recuerdo.*

JORGE LUIS BORGES, "Los llanos".

I

El borriquito gris venía por la calle del pueblo, balanceando suavemente su carga de plumeros. El vendedor iba adelante, musitando estupideces de borracho, levantando a menudo las rodillas para franquear inexistentes escalones, dando otras veces largos tropiezos a través de la calle, de la que subía un polvo fino y mortificante, que hacía cabecear al borriquito.

Cuando el hombre llegó al bar ató al borriquito, con una lazada floja de las riendas, al tronco de un árbol. Apenas se vio solo, el burrito —como si lo olvidaran al cambiar de decorado— tiró torpemente de la atadura y, en un derrumbe lento y ondulante, empavesado por los

plumeros, costaló. Quedó allí, en un lecho de maderillas quebradas y corolas eréctiles de pluma.

Ofrecía a mis ojos de niño su barriga en que el gris se sonrosaba, su triste mirada devorada por un gran iris húmedo, sus dos orejas que decidían tener el susto aparte, curiosamente coronadas por un plumero que se había puesto de través, descuajado e inerte. El borracho salió entonces del bar; vi moverse su boca torcida, vi su rabioso puntapié sobre la barriga del borriquito. Luego, con un cuidado egoísta que se parecía a la ternura, lo puso de pie. Arregló como pudo las árganas de plumeros y regresó al bar mientras el animalito, ya libre, se ponía a andar. El hombre volvió y lo alcanzó al momento, tomándolo de las riendas. Después, impulsivamente, se dio vuelta y, abrazándolo del pescuezo, le dio un largo, sucio y enternecido beso en el hocico. El burrito hacía por librarse de aquel cariño estúpido, de aquel desborde en que se arrepentía la brutalidad esencial del borracho.

Con el tiempo, he llegado a creer que aquel burrito era verde y que en el gran iris que ofrecía hacia mí se reflejaba, pequeña pero minuciosa, una disparatada imagen del borracho, la parodia de su alma.

El iris del burrito anima uno de los ojos de mi infancia. El otro, fantástico y desvelado, se puebla de miradas ocasionales, pero lo importante es él, su forma desnuda, el vaciado fijo que lo habita y deshabita de azares desconocidos y fortuitos de visión, o acaso sólo de mis imaginaciones taciturnas y de la luz del cielo. El jardinero de casa estaba enfermo, yacía al fondo de la vieja cochera del vecino; allí vivía, y era posible llegar hasta él saltando el muro bajo de ladrillo y adobe que separaba los dos corrales. Yo lo veía jadear en la cama, alzar a veces las manos y una indiscernible voz ajena en el entre-sueño, en la fiebre. A alguna distancia de la cama, una hoja de la puerta de la cochera estaba cerrada y tenía un pequeño agujero oval, en el sitio en que habían hecho saltar un nudo de la madera. La otra estaba abierta y dejaba llegar el fulgor ocre que proyectaba la tapia, el hostil desasosiego de las higueras, cuya sombra trepaba por los listones. Una tarde llegué y nadie estaba junto al jar-

dinero. Entonces, en la penumbra del galpón vi refulgir el ojo saltado de la madera sobre el envés blanquecino de la hoja cerrada. Saqué un lápiz del bolsillo y le dibujé unas pestañas pávidas y enormes, rígidas y separadísimo. Si alguien cruzaba hacia la entrada de la cochera, el ojo se nublaba, y me parecía que la mirada sobrenatural se posaba sobre mí y sobre el jardinero, sobre su suerte terminada. Cuando murió, la cochera se llenó de gente increíble y apenas me dejaron entrar. Al día siguiente volví al galpón ya vacío y vi que alguien —para entretener su lástima— había dibujado una grotesca, quieta y henchida lágrima un poco más abajo de las pestañas inmóviles. Aquella gota, ofensiva del milagro como las dos que algunas imágenes depositan en las manos de Cristo, quitó al ojo su original condición de inquisidor eterno. Pero no puedo confundirme: el jardinero murió bajo la gran mirada cuando ella, enjuta y vigilante, lo amonestaba sin ninguna torpe incitación de piedad, sin prometerle ninguna lágrima.

Creo que el recuerdo quiere siempre una acotación disparatada, que lo alivie de las presencias de la muerte. Mi memoria del jardinero tiene ese ojo saltado en la madera, la de Josecito Guerrero se rodea de una última conversación de despropósitos. En las noches de verano yo aparecía en la puerta de la leñera (que recortaba su umbral de piedra a un metro del nivel de la acera), vestido con un enorme y raído saco, del que sólo emergía mi cabeza, tocada por una galerita opaca. Unos pantalones deformes, cuya pretina me rozaba las axilas, y unos zapatos viejos de mi padre completaban la caracterización chaplinesca. Yo tenía ocho años, no había visto todavía a Chaplin en el cine y apenas conocía algunas imitaciones más toscas que la que ensayaba. Esa misma falta de conocimiento del modelo me daba una gozosa libertad de invención, procuraba una faz irresponsable a mis ocurrencias. Hasta envalentonarme, bailaba de espaldas a los chicos, deslizándome a lo largo de la banda de piedra, simulando precipitarme hacia un extremo y detenerme en el borde, gracias al equilibrio de los brazos, al arqueado bastoncillo de junco con que me presentaba a veces. Reían

detrás de mí y yo evitaba mirarlos, para no tener conciencia de mi impura diversión, de mi necesidad de darles un personaje para verter en él un instinto, un confuso crecimiento interior hacia la vida.

Luego, animado y desvergonzado, me daba vuelta hacia el público y le proponía lo que en nuestra buena jerga se llamaba *un cuento de pura bola*. Mi Chaplin se desorbitaba entonces, dejaba de pertenecerme, ajeno en la palabra pero fiel al estilo. Con una imaginación de titiritero, manejaba sucesos y frases incoherentes, tramaba historias alucinantes a propósito del pañuelo que tenía un espectador, de los inconfesables zapatos de otro. Cuando esa veta se extinguía, la desafortunada criatura saltaba mentalmente de su escena, se empeñaba en diálogos llameantes e imprevistos con la concurrencia. Una noche —por escarmiento, por rencorosa inferioridad infantil— el personaje eligió a Josecito Guerrero, que sólo venía allí a buscar a sus hermanos menores, que no reía mientras los esperaba, como si no quisiera participar en aquella bufonada. Tenía doce años y una seriedad cerrada, prematura, que lo situaba en la edad de nadie, a un tiempo lejos de los niños y de los adultos. (Tenía una cortesía desmayada para los mayores, un aire ausente para los chicos.)

El personaje lo asaltó con frases disparatadas, en un abigarramiento hostil que hacía sentir de antemano el ridículo, la ofensa de toda respuesta. No obstante, las contestaciones de Josecito Guerrero tuvieron una sensatez milagrosa, recatada; parecían estar siempre a punto de disipar el caos en que arremetía otra vez el personaje, cada vez más lleno de agresividad y de malicia, más insufrible y descocado. No puedo recordar las frases pero sí su febril marea en los labios delirantes del personaje, su dulce retroceso lunar en los del muchacho, palidez y traje azul. Sólo sé que las grandes jaculatorias que el personaje barbotaba desde dentro de mí sobre la vida (porque en todo su devaneo había una grandeza descolocada, un extraño infortunio de que las frases proféticas se desencontraran con el objeto a profetizar, que esperaba tal vez un golpe de maravilla, un toque mágico), sólo recuerdo que esas

redondas y recurrentes frases que lanzaba sobre el amor y la existencia de los hombres, para denostarlos, parecían apoyarse sobre mis hombros para abismarse desde allí. Yo los alzaba y bajaba para facilitar el salto, con una entonación simiesca en el movimiento de los brazos, en la incurvación insultante de la figura.

Josecito Guerrero conoció esa afrenta multiplicada, abrumadora. Su don verbal era acaso menor que el del personaje, pero su nobleza, su acercamiento a una instancia callada y última de las cosas, oferente y sencilla, eran mayores.

Aquella fue la última conversación que yo y el personaje tuvimos con él. El personaje tampoco sobrevivió a ese encuentro, murió de la misma exorbitancia interior que se exigiera para violentar ese invencible, triste, meditativo pudor de última niñez.

Al día siguiente de la noticia, al día siguiente de aquella muerte conjunta, yo discurría por los alrededores de la iglesia, a la que no me dejaban entrar. (Una vez había caído un rayo en la cúpula y el jacobinismo de mi padre se había transfigurado evocándome las furias del Cielo, la deuda de la Iglesia en la tierra frente a un verdadero, altivo, inoficiable Dios.)

Vagaba por los alrededores de la iglesia y al bordear una de las paredes laterales, leí sobre el flanco pétreo del edificio, sobre su friso invulnerable, estas cuatro palabras: *El Diablo anda abundando*. La denuncia había sido estampada con tiza, por una torpe mano infantil que hacía trepar las ariscadas letras en el panel de granito. Tuve un momento de penosa vacilación: vi mis años expuestos, el tiempo que me quedaba por andar. La denuncia era literalmente un sinsentido, pero yo estaba más que nadie acostumbrado a usarlos, era un lenguaje que podría haberse escrito expresamente para mí. Atisé a lo largo de la calle, la vi desierta. Entonces, acercándome más a la inscripción, escupí en su sitio y luego, refregando rápidamente con mi pañuelo, borré los irritantes caracteres garabateados por alguien que se me parecía tanto, en aquel muro de piedra.

Obtuve mi título de médico en 1939 y mis tías estuvieron de acuerdo en que mi porvenir me obligaba a separarme de ellas. Al fin de un equívoco laborioso sobre lo que ellas y yo conveníamos en considerar "mi porvenir", entreví la liberación. Sentía desvanecerse su triple y unívoca presencia, a medida que el acuoso batir en los flancos del barco me llevaba, a través de la noche de otoño, a Buenos Aires, con mi mujer reciente y mis cartas de recomendación para los estancieros de Pringles, para los caudillos políticos del sur de la provincia. Al día siguiente pisaría la tierra de mi posible fortuna, de mi temerosa e incierta ventura. Me alejaba de ellas pero su longa manus me seguía a través del río. Me habían dado el dinero para los primeros tiempos, de exploración y afianzamiento, para el consultorio y el automóvil, para la casa y todo lo que me investiría lentamente de la memoria del viejo médico.

Recuerdo la esperanza de ese viaje, en cuyo fondo latía un indeciso sentido de redención; y la asocio a la vuelta a que me condené un año más tarde, por imposición del cariño senil de las dos tías que quedaban, por la irresistible orden de que fuéramos a vivir con ellas y nos despreocupáramos de todo. Yo me pondría a trabajar en Montevideo, cuidaría su doble arterioesclerosis, discurriría y sufriría en frustración la importancia de una muerte en aquella casa. El año vivido en Pringles se volvía retrospectivamente estúpido: un invierno rompiendo huellas anegadas y heladas en los caminos, desembocando de todos lados en el viento impetuoso que soplabo desde la Sierra de la Ventana, una primavera fría y un árido verano de la pampa, una alternativa de precarios tratamientos, pequeñas operaciones, partos, simuladas devociones de médico rural, lento y tenaz fastidio del sitio y de su gente. Y ahora este regreso, preparado por una larga disputa con Ivannah, por la premonición de mi fracaso.

Las tías viven una decadencia graduada, casi imperceptible desde ese año de 1940 en que lloraron y con-

memoraron sus cumpleaños con cierta dual y recoleta pompa de despedida, asegurando que no llegarían a otros. Entre mi mujer y yo crecieron desde entonces el recelo, la inexpressión, el disgusto mutuo de tener que justificarnos siendo cosa de otros, objetos inertes de un cariño indiviso, opresivo, cuya apariencia samaritana no nos hacía sufrir menos su rapacidad, su horrible y solícito sentido de precio a pagar, en el afán de las tías.

En 1943 intenté la segunda e inútil evasión, solo esta vez. Abandoné a Ivannah y a las tías, huí —por simplismo, por pobre simetría de la fe— a través de otra noche ventosa, a bordo del mismo barco, hacia la misma ciudad de Buenos Aires. Soporté una noche de vaivén en el río, soporté en el camarote compartido a un sefardita repulsivo y dulce, que hablaba como un Buda sentado en su cucheta, meciéndose sobre las piernas dobladas bajo su cuerpo. Asistí distraída, sofocadamente a la exposición de sus varias penurias, dichas con ánimo depuesto, con tradicional sumisión semítica: una quiebra comercial, un adulterio a los que se había resignado, una soledad final de la que se plañía con moderación. Soporté esa dignidad que me era indiferente, para no tenerla a mi vez cuando me habría correspondido: entré a casa de tío Eduardo, que nada sabía de mis desazones, para gritarle desde el portal (histriónicamente) que me había liberado, sacándome a tirones la emancipatoria corbata roja que llevaba, como si la soterrada pasividad de aquellos cuatro años todavía me oprimiera el cuello. Todo esto fue una estupidez impremeditada; detrás de ella no fui capaz de un valor resuelto, de una sapiencia hostil a las mediaciones.

En mis primeras noches solas de Olivos soñé aun con Ivannah, gorgona que invocaba todas las culpas; las tías, desvaídas, suavemente posesas, dejaban de existir. Sólo ella tenía fuerza para recapitular; a propósito de cada incidencia menuda, de cada almuerzo con un amigo, la historia casi laberíntica de mi fracaso.

La recuerdo en noches repetidas, plurales, que se funden para recomponer en la memoria una sola noche enriquecida de detalles, afligente y óptima. Ella daba vueltas y hablaba infatigablemente, caminando alrededor de

la cama en que yo yacía. Estaba tendido sobre las sábanas, desnudo, exponiendo a su paseo por la habitación la desgastada intimidad de mi cuerpo; no escuchaba su viejo discurso, cuya implacable secuencia apenas toleraba la variante del día, el fervoroso motivo ocasional. No lo escuchaba e Ivannah debía saberlo, pero de todos modos su dramática locuacidad no tenía otro objeto que ella misma, no reclamaba otro auditor. Mientras no la oía, me echaba a pensar arrebatadas delicuescencias físicas, absorto en la contemplación de mi cuerpo —los pies, las corvas, los muslos—, distraído en tenerme esa remota piedad física que se conforma con la actividad de las venas, con el áspero roce de la barba en la palma de la mano; pensaba frases disparatadas, retruécanos que aludieran oscuramente a mi cuerpo, a esa subyacente paciencia animal que no llegaban a tocar las palabras de Ivannah. Una vez, con la cabeza depuesta, sin almohada, vi alzarse mi alto pecho en el ritmo respiratorio, presentí que mi esternón enfilaba la luz: *Celosa nave ósea del pecho, lozana Beocia del corazón*. La alusión se descubría lentamente, trabucando y distorsionando el sentido, que era inextricablemente servil a la cadencia: mi corazón era beocio, se sometía a una vida estúpida, renovaba la sangre en los rincones de un cuerpo obstinado en la miseria, en el sórdido sueño, en el tiempo que lo trasvivía. *Celosa nave ósea del pecho, lozana Beocia del corazón*. Lo único lozano en mí podía ser la Beocia, la porfiada mediocridad espiritual.

La necesidad de una música —así fuera la de esta frase absurda— parecía siempre invocada por los parlamentos de Ivannah, del mismo modo que la música de los conciertos me hacía siempre el efecto de un estimulante cerebral hacia la incongruencia, hacia la rápida aparición de pensamientos insostenibles que saltaban desde trapecios repentinos, tensos y ardientes.

Una noche estuve tentado de sacar del velador la cajita de música que había comprado ese mismo día, con infantilismo vergonzante; imaginé el efecto que causaría en Ivannah la primera nota, la milagrosa colisión de sus denuestos con aquella monotonía misericordiosa, dulce y

empecinada. Tuve la visión de la pequeña caja cruzada sobre mi pecho, de la luz nimbándola y de mi mano, enorme para la fantasmagoría del instrumento, girando en el horror deshecho, como una suave rueda de fuegos artificiales que diera sus últimos volteos sobre la cara anonadada de mi mujer.

Otras veces me ponía a buscar en el vello de mi pecho algo que yo mismo no sabía, acaso un primer hilo gris. Para que el odio de Ivannah tuviera un tono raído, el sabor de una indignidad retorsiva, yo fingía entonces perseguir uno, dos, varios piojos a lo largo de mi cuerpo. (El juego tenía su origen en una locución francesa y en su explicación, que yo recordaba de memoria: "Chercher des poux à quelqu'un: le chicaner à propos de riens".) El estupor de verme le interrumpía el discurso, y yo aprovechaba aquel silencio para dar el tirón de la imaginaria caza y gritar, indagándome los dedos, con un entusiasmo poseso: "¡Otro!" Ella sabía que era *teatro*, que los piojos que yo me sacaba de encima eran los que espolvoreaba sobre mí su elocuencia. Aquella exclamación debía sonar en sus oídos como un versículo infame en un templo; un versículo que consiguiera la infamia con un solo y pequeño sesgo que lo desviara de la expresión devota. Volvía a sus paseos por la habitación, a sus fatigados reproches, cuya misma mezquindad no soportaba la repetición inmediata. La veía soplando de su mano, inmersa en un fulgor acre, miles de espinitas errantes, que no llegaban a clavarse en mí. Su actitud tenía que ser deprimente, como el esfuerzo de inflar y vaciar los carrillos. Parecía una parodia del ex-libris de Larousse y su inscripción bienhechora: siembro a todos los vientos.

Al final, vencida, suciamente somnolienta, cortaba de golpe e iba hacia su lado de la cama, sentándose para desvestirse. La luz que encendía en su mesa de noche me la devolvía sobre la pared en el acto perverso de enrullarse la cabellera con papelitos. Luego corría sobre los rulos la tenue sombra de un pañuelo, que parecía tener piedad de aquella cabeza y enjugar sus maldades, dulcificando el perfil romano sobre la moneda amarillosa que le fiaba el halo de la lámpara. Cuando creía que yo, vuelto de espaldas, ya

estaba dormido, ella sentía llegada la hora de la bondad, la hora de mi salvación a pesar mío. (El puntapié, el beso en el hocico.) Rezaba entonces con una ligera animación inaudible de los labios en la moneda (no sé por qué precisaba luz para rezar), hasta que su misma extenuación, el desaliento que le causaba deponer el odio parecían arrastrar desde dentro de ella la oscuridad, al término de sus oraciones.

La vida —dijeron una vez a la entrada del sueño, cuando apenas la moneda se había borrado, cuando apenas los labios de Ivannah habían soplado la noche hacia su orla—, *la vida, ese tejido de obscenidades y lamentaciones*. No existen aun las paredes para la sombra de los fantasmas, y los que deberíamos alzarlas nos jactamos de que sea la sombra la que no exista. Yo quise erigir el flanco pétreo de la iglesia para la frase, para verla escrita en tiza, corpórea en su disparate como la otra. Mi sueño no era capaz; para sobrevivirme borré otra vez, devoré la sentencia, plegué los cielos sobre mi cabeza, dormí.

He visto muchas noches aquel rito final de Ivannah, he espiado petitorios por mi ánima que se alimentaban de un fervor despectivo; sólo he enajenado el sabor misterioso de estos hechos al volver al lado de ella, al compartir su fe contra la vida (en mí con un sentido más desasido, menos traficante de la desventura). Ésta debe ser la concordia prometida, una triste concordia; el rostro con que se nos promete es seco y desolado, acaso porque la promesa sea tal que no se precise buena cara para ofrecerla.

Así, ahora, quiere cundir la paz en mi derredor. Pero Dios mismo se propone el espacio de mi vigilia. Algunas noches, mientras Ivannah duerme, Él toca levemente mis párpados, abre en mí un ojo como el de las largas pestañas y me desvela. Abre en mí un ojo como el de las largas pestañas y yo pongo de mi parte la quieta y henchida lágrima, la misma que no sé quién dibujó y tuvo en toda mi infancia un sentido de extrañamiento receloso, conminatorio.

Debería abandonar las imágenes y decir crudamente: cedí a la presión de Ivannah y de las tías, volví al com-

promiso y a la vida junto a ellas, lapidé y dejé que lapidaran en mí todo impulso de *escándalo social*. Debería decir crudamente: me quedaba sólo una forma de apartar de mí estas presencias, su intangible opresión. Me di a Dios como forma de irmeles sin que me vieran, suprimiendo sus intercesiones lastimosas.

Me cuesta hablar de todo esto, descabezar el pabulo de esta historia. Un azar trivial (mediocre, punzante) me ha inducido a escribirla: anoche encontré a un amigo perdido hace muchos años, desde antes de mi viaje a Pringles. Lo vi avanzar inevitablemente, presentí el abrazo, el largo reconocimiento. Sin titubeos, me decidí a la mentira para abreviar las respuestas. Debía contestarle según las previsiones de lo más sólito, de lo que dejara menos sitio al comentario, al compadecimiento locuaz, a la hipocresía. Habría precisado el ímpetu descaminado e hiriente del personaje, su confianza en la voz, en los gestos, en la persuasión de las palabras torrentosas. Pero el personaje ya no vivía en mí ni siquiera para defenderme. En un tiempo, había sido capaz de saquear la cordura ajena; ahora no me asistía para defender esta melancólica cordura última: la de mentir púdicamente sobre mí mismo.

Aun sin su asistencia, yo fui inventando dadivosamente: sí, me había graduado en 1939, había trabajado siempre aquí, me iba muy bien; sí, las tres tías vivían, mis padres también (omití que mi padre había abandonado a mi madre y muerto dos años después, que mi madre había muerto tres años más tarde, por propia madurez de su decadencia, de ese enrarecimiento que se aposenta en el alma de las viejas mujeres que guardan un duelo sin amor); sí, me había casado; un hijo y una hija, mentí en seguida, porque era lo más aceptable para quien no nos ha visto en diez años. "Muy bien, un casalcito", era la respuesta inmemorial, previsible. Yo iba aliviándome de las contestaciones como si las soltara de mí y las pudiese en mi hombro, para que desde allí pudieran sucia-mente volar. Y cuando alguna me parecía haber partido, la acompañaba con una ligera depresión de los hombros, que daba a mi cuerpo una incurvación de agradecimiento

mendicante (alegrémonos de que, por lo menos, sea fácil la credulidad de quienes no nos importan).

III

Quiero decir que no he ignorado, que he entrevisto un sentido de la redención, de la belleza, del bien. No estaba al alcance de mi mano pero tampoco demasiado lejos. Sólo me he aproximado a esos grandes nombres cuando me ha impelido la tentación de agravarlos; ofenderlos, hollarlos a cambio de condiciones impuras, de sueños resentidos. La muerte de Josecito Guerrero fue un triunfo desorbitado del personaje. El personaje estaba prodigamente dotado para cualquier empresa, pero no le interesaban los fines convencionalmente mejores; no le interesaban otra generosidad, otra facundia que las de la desgracia, porque calaba en ellas la hondura de la especie. Conocía las palabras, podía pronunciarlo con dulzura pero abominaba el idioma de maravilla mostrenca que le ofrecían. Veía que los sueños de los demás pacían en un mismo prado, aspiraban a una misma leticia, comulgaban fraternalmente en la vulgaridad primera. Y entonces, en vez de odiar a la vulgaridad, odiaba a la fraternidad, apuntaba a la actitud y no a su destino.

En el fondo, no sé si ese desafío a los bienes mayores —que ha crecido en mí desde una infancia invasora— no nace de la desconfianza de que realmente sean *los bienes mayores*. Me dolería la imposible superficialidad de acogerme a la nobleza, al bien, a las virtudes sin refregarles antes la cara, para ver qué esconden, de qué transfigurada o ruda trapacería (almas agudas, almas bastas) está hecha su trama. Me he pasado la vida en esa inquisición hosca, fascinante. De ella me ha venido el desánimo de las otras aventuras: no tiene sentido pensar en una educación de la sensibilidad, en una beatitud a fuerza de méritos. Odio la perseverancia espiritual tanto como las corazonadas, me gusta todavía avergonzar a las bondades ajenas cuando son naturales y gratuitas, cuando

son sólo estados originarios y herbáceos del bien, sobrepuestos a la cepa primitiva, a la estupidez del hombre, cuando esa misma cepa no ha mejorado en el injerto y sólo sostiene una providencial ramazón que le es extraña.

(Estoy harto del alma-buena-de-los-fracasados, de la literatura que redime prostitutas sólo porque lo sean y en la cual un simple sujeto, porque lo coloquen en la alta noche tras una taza de café donde va dejando caer la ceniza de su cigarrillo, y lo hagan estregarse la barba con el pensamiento de que tiene treinta y cinco años y no ha hecho todavía nada, es ya un objeto legítimo de piedad.)

Las virtudes rinden su interés, que es la paz interior. Quizá los hombres las practican por esto, sin indagar qué inclinación tienen sus almas individuales, solas, incommunicables, a ese bien monetario de la moral en que quieren convertirlas, sin indagar de qué materia de denuedos o de furia o de timidez o de fe están hechas esas almas. Yo he corrompido mi propia alma, tal vez así sea; pero no he querido enajenarla a cuenta de que hay un prometido objeto de cambio en cuya busca tropezaría y me daría de codazos con los demás, prueba tumultuaria de que su validez es cierta y eterna. Sé bien que todo esto se llama nihilismo, en su faz de irresponsabilidad; pero en la de su silencio acaso se llame desinterés.

Al fin de cuentas, la suerte no me ha permitido creer que la vida sea todo, ni que su inconsecuencia final lo desbarate todo. Un sueño reciente y obstinado quiere revelarme que mi último castigo consistirá en narrar a una cara desconocida (¿la de Dios, la de algún auditor mortal?) mi propia historia. Como una penitencia lo consumo, prometiéndome que mi culpa extrema no será meramente literaria, sino confesional.

LOS DIAS ESCOLARES

I

Al ir a la escuela y al volver de ella, por la calle Joanicó, pasábamos siempre frente al balcón abierto, y veíamos al hombre acodado a la baranda de madera, puestas a un lado, en pabellón, las muletas que usaba. Tendría unos treinta años, y su rostro era blanduzco y pálido, enmarcado en una barba muy negra. Los ojos, pequeños y redondos, se inscrustaban en la hinchazón linfática de la cara, pero tenían —en su quietud de mirada de buho— un brillo y una humedad equívocos, un vaho de tristeza empañada y, acaso, una tintura de ambiciones crueles. Con el tiempo me he preguntado si el inválido, con su pierna derecha amputada por encima de la rodilla, tenía ese aspecto de parasitismo rencoroso sencillamente porque se sentía inútil, o si también había en él un ser castrado o delirante, un tísico o un homosexual. Se adivinaba —nunca la vimos— una madre que lo había confinado a aquel cuarto y lo forzaba a mantener abierta la ventana. A alguna hora del día le tomaba la temperatura, a otra lo conminaba a acostarse.

El aposento, apenas entrevisto tras el calado del balcón y la tiesura vestida de oscuro de aquel cuerpo que lo entorpecía, devolvía un fondo azogado de espejo, el fulgor distante de una moldura de caoba y, como una franja horizontal y más clara, la colcha blanca de la cama, algodonando el golpe ciego del muñón, cuando el inválido se inclinaba a mirarnos.

Ninguno de nosotros tres lo saludaba. Pero tal vez ya habíamos visto en sus ojos, en su semisonrisa de indulgencia no pedida, en la costumbre que lo aquerenciaba al hecho de vernos pasar como a uno de los hitos de su tarde baldía, que había en él un oscuro afecto disponible, una suerte de amor embotado, dormido y felino por la infancia. Tenía esa exangüe desgracia de los enfermos crónicos, la de aparecer doliente y bondadoso sin acercarse a la simpatía, la de crear recelo con su misma proclamada debilidad, la de exudar una nostalgia impura. De nada valía la barba nazarena a su sonrisa de dientes sucios, a la tajada sangrante de sus encías. No sé si compartíamos un sentimiento común de animosidad hacia él, porque jamás nos lo referimos como un incidente explícito del camino, en tanto no nos habló; pienso, sin embargo, que nos irritaba, como de chicos la medialengua de los mayores, como de adolescentes el aire vivido y patrocínante de los adultos. Era, sin inocencia animal, el perro que no se anima a lamernos la mano y que demora en resignarse.

—¿Les gusta jugar a la bolita?, dijo abruptamente, cuando por fin nos habló.

Le respondimos que sí, aunque a ninguno de los tres le gustaba.

—Pasen, invitó con una cortesía untuosa, y creímos que iba a regalar una bolsa a cada uno.

La puerta del cuarto daba al zaguán. Vimos una salivadera azul, en un soporte de pie, de hierro blanqueado, a uno de los costados de la cabecera de la cama; al otro una mesa de luz, con su losa de mármol y una alta guardación de madera, que culminaba en un frontis triangular. El mismo armario, visto de más cerca, tenía una hoja central de espejo, flanqueada por dos columnas que remataban en perillas esculpidas, como grandes piñas trabajadas y presuntuosas, y a sus lados dos hojas angostas. Fue, andando con sus muletas, hacia uno de esos cuerpos laterales del ropero y lo abrió, deslizando una mano inerte, fofa, en los montones de ropa blanca, entre la profusión de prendas que nunca se pondría. La salivadera, que destellaba como un carbúnculo, era el tabernáculo de la

habitación, y divinizaba al enfermo, al gandul gordo y emoliente, exaltándolo en alguna promesa siniestra y vana, codiciosa, incumplible.

Lo vimos volver con unos cartoncitos en la mano.

—Patentes y Contrapatentes, dijo sin que lo entendiéramos.

Nos mostró entonces los cuadritos tostados. Cada uno tenía inscripto, por un sello de goma que lo trazaba en azul y en rojo, según el grado de su virtud, un mismo perfil romano de mujer, semejante al de una moneda. Las patentes eran azules, las contrapatentes rojas. Pero había algo más.

—Estas son las mejores de todas, agregó entusiastamente. Casi nadie las tiene. ¡Contrapatentes Reyna! Era el mismo perfil, en verde. Cada uno con la indicación de la inmunidad o franquicia que concedía.

—¿Y para qué sirven?, pregunté sin el afán de desilusionarlo.

—¿Cómo?, exclamó perplejo. Pero entonces ustedes no saben nada. Sirven para defender las bolitas de ustedes y para conseguir las de los demás. En el patio de la escuela, cuando los otros estén jugando, ustedes se acercan. Sacan este cartoncito —explicó tomando el de perfil azul— y dicen "Patente". Hay que tenerla, para empezar. Pero ellos van a tener Contrapatente. Casi todos tienen. La que no tienen es ésta, la Contrapatente Reyna. Y ustedes la muestran cuando ellos ya hayan sacado la contrapatente simple, y se quedan con todas las bolitas que estén en juego.

Era tan increíble como cierto. Los chicos acataban sin protesta la virtud mágica e indescifrable del cartoncito, una vez que lo habían visto. No podía ser burdamente imitado, tenía que haber salido de alguna fábrica misteriosa, y autorizaba el saqueo. Con las caras entontecidas y serviles, se rendían al secuestro. ¿Bastarían una imprentita de goma y las almohadillas a tres tintas del inválido, o había algún detalle irreparablemente secreto de factura, al que con humildad se entregaban? Era injusto que nosotros, fuera de las contraseñas de ese mundo, estuviéramos despojando a los más entendidos y a los me-

por aficionados, por la sola posesión de aquel talismán, por el único efecto de la inservible generosidad del tullido.

Pero él estaba todas las tardes, sobre nuestro regreso, esperándonos para recontar el botín. Tenía una extraña alegría por nuestro asombro, una comezón enigmática; y extraía de todos los episodios el ambiguo sentido de un dominio que ejercía, o se imaginaba ejercer, por intermedio de nosotros.

—Hay que hacerlas dar más, antes de que las prohiban, decía. Porque van a prohibirlas, es casi seguro.

Se hacía relatar las sorpresas, gozaba de habernos transmitido ese poder por el que éramos odiados.

—Nos ven acercarnos y las levantan a la disparada, dije un día. Y por primera vez rió con fuerza, con una risa maliciosa, cortita, espasmódica. Tuvo que darse vuelta hacia la salivadera, y se incorporó con un gesto agotado, que resumía su espasmo y su arrepentimiento.

Sin habernos concertado, a la tarde siguiente empezamos a devolver las bolitas. Regalamos las contrapatentes, para que la guerra siguiera entre los otros. Y al salir de la escuela, también sin haberlo convenido, cambiamos de calle. Lo que entonces sentimos no fue sólo el alivio de poder acercarnos a los compañeros sin sabernos temidos. Quizá descubrimos que sólo puede crearse un miedo en los demás a cambio del propio, y que eran la tos del inválido, el esgarro en el pañuelo y el hilillo de sangre dibujando —en medio de la risa— la encarnadura de los dientes, todo lo que aquellos cartones, al pasar a otras manos, nos habían quitado de encima.

II

Los que estaban junto a la ventana me transmitían, con la mitad de la boca, la noticia humillante:

—En tercero están leyendo *Corazón*. Tu hermano anda por el patio.

Más allá de los cristales veía entonces su figura errabunda, la cabeza pensativa y ensortijada, la tez traspárente que le había dejado la pulmonía.

La convalecencia había aguzado su sensibilidad, de la que yo me avergonzaba como de un defecto propio. Y el aviso repetía el hocorno de aquella vez en que lo habían olvidado, al comenzar la lectura de "Naufragio", y un chico de cabeza rapada e innoble, tras pedir permiso, había entrado al salón de clase a anunciarme "A tu hermano le dio el ahogo", con una voz que mezclaba el desdén, la innecesaria confianza que envilecía el hecho, el descaro y la diversión.

Sangre romañola, El pequeño vigía lombardo, De los Apeninos a los Andes eran para él ordalías insufribles. En mí también punzaban el llanto, pero yo ya sentía la fascinación del patetismo, y el recuerdo de ese gusto malvado es el que me ha impedido, por siempre, juzgar el libro.

"Recobrad vuestro dinero, dijo con desprecio el muchacho, asomado a la claraboya; yo no acepto limosna de quienes insultan a mi patria."

"¡Adiós, niño! ¡Adiós, rubio! ¡Viva! ¡Bendito sea! ¡Adiós!... y las flores continuaban lloviendo sobre sus desnudos pies, sobre el pecho ensangrentado, sobre la rubia cabeza. Y él parecía dormido en la hierba, envuelto en la bandera, con el rostro pálido y casi sonriente". A otra edad del mismo muchacho, decidí con los años, había escrito Rimbaud "Le dormeur du val":

*Les parfums ne font pas frissonner sa narine;
Il dort dans le soleil, la main sur sa poitrine
Tranquille. Il a deux trous rouges au côté droit.*

Por primera vez el patriotismo se me aparecía veraz, concreto, corpóreo. Por primera vez las relaciones filiales me oprimían la garganta. "En sus sueños, interrumpidos y penosos, veía siempre la faz de un desconocido que lo miraba con aire de compasión, y después le decía al oído: ¡Tu madre ha muerto!" El miedo de que mis padres nos dejaran, que me había acometido tantas noches al despertar en lo oscuro, volvía con la historia de Marcos. Y el prestigio de un crédito literario abierto por un escritor a nuestros sentimientos, a nuestros arrebatos, a

las precoces intransigencias del cariño y del sacrificio, es —con el tiempo vacilamos en reconocerlo— la fuerza que acaba por insertarnos, con un sosiego de normalidad, en el mundo de los mayores. La niñez vive de sus propias e inexpresables vergüenzas, de sus crueldades, de sus abandonos, de sus histrionismos, de sus veleidades, de sus imposturas, de sus devaneos y de sus inconstancias, de los que sólo la memoria —una memoria neblinosa o lunar, que nimba tales o cuales actos, tales perversos o inocentes episodios— sabe más tarde algo, y la razón seguramente nada.

No hubo mejor amigo que D'Amicis para los míos; los asistió con alma semejante, los curó de una amenaza de devastación íntima.

—Tienes que irte al patio, le decía la maestra, tomando el libro de lomo rojo.

Yo, que lo leía con una voz grave y velada —con el cauto proselitismo de la emoción que veía cundir en los otros, apagando progresivamente los rumores obscenos, la inquietud y la risa— no tenía en cambio el coraje de mi hermano para las heridas, para el dedo destrozado por la portezuela del coche, el denuedo de arriesgar el dolor físico, la violencia ajena y el azar de lo desconocido. Era más valeroso y sencillo, y lo abrumaba menos el sentido del ridículo. Era más feliz y más débil.

—¿Quiénes tienen traje azul?, preguntó la directora. Y los dos, en tercero y en cuarto, levantamos la mano.

La mañana en que iba a descubrirse el busto, junto a la verja que daba a Ocho de Octubre, era lluviosa y fría. Y nosotros con nuestras blusas marineras —los cuellos con estrellas en las puntas, el silbato de hueso con su cordón trenzado, los galones bordados en oro en la manga— quedamos al frente de la guardia de honor, las manos enguantadas, flanqueando la bandera. Recogíamos en los gestos de los demás, que sólo habían empavesado con la moña azul su guardapolvo de todos los días, el sentido de una solitaria aristocracia y el rencor que provocaba, el grotesco de la propia infatuación y el eco burlesco que la convertía en pifia.

Tras el himno, el coro entonó la alabanza del filántropo:

*Con amor infinito anbelababá
para el niño el más rico sitial
y ese amor fue el que un día plasmababá
su soñado y más bello ideal.*

Bajo la llovizna, con un luto reciente o conmemorativo, las hijas del busto parecían enteramente llorosas.

—Su soñado y más bello ideal, comentó una voz de hombre a mi lado. Pagarle seis vintenes por día a las chalequeras.

La idea de que aquel patio con paraísos, los correedores con sus bancos y los bebederos azules aporcelanados, los salones con sus tarimas y sus mapas se debieran a la fatiga y a la fiebre del pobre, a una espalda curvada, a la expoliación, a una miseria, se avenía a la mentira fundamental de la ceremonia (ellos seguían cantando), al discurso del maestro de segundo, a las flores al pie del monumento y a la invisible lágrima que había enjugado la viuda al tirar del cordel para descubrirlo.

—¿Quiénes tienen traje azul?, vino otra vez a preguntar, meses después la directora.

Y cuando hubiera querido escurrirme debajo del banco, los muchachos, con la cara desvergonzada de "a tu hermano le dio el ahogo", se habían vuelto hacia mí, señalándome con el dedo:

—Este niño tiene.

III

La cópula de los caballos trajo a un puñado de nosotros, muchachos de Quinto Año, la primera evidencia física del amor. Fue en el soleado pedazo de césped donde jugábamos al fútbol, haciendo los arcos con pilas de carteras. Íbamos ya a deslizarnos, como otras tardes, por el boquete del alambre tejido, cuando vimos las correrías iniciales y presentimos lo que iba a ocurrir. Como otros

misterios dehiscentes, éste se nos había abierto a los diez años. Y se había abierto para adelantar el conocimiento cuando aun era impracticable el placer, para la torpe primicia de perder la inocencia y escarnecerse por haberla tenido.

Tirados en el suelo o arracimados al tejido, escuchábamos los relinchos, seguíamos el flameo de las crines. Las risas, los comentarios ineptos que suponíamos depravados, y las cabriolas de los más chicos, que se lanzaron al campo a remedar lo que acababan de ver o simplemente a dar vueltas de carnero, para infligirse la explosión animal que el espectáculo les suscitara, todo eso baila en el recuerdo con una rapidez siniestra y suave, como si hubiéramos corrido y saltado en medias hasta caernos exhaustos, ebrios de una lujuria imitativa, la de los payasos cuando parodian a los acróbatas, para ganar los minutos en que se arrolla la alfombra o se baja el trapecio. Ahora ya lo sabíamos, ahora lo habíamos visto. Sin un cálculo de complicidad, sin la avaricia de un secreto solidario, íbamos a ser mañana los doce o quince testigos, íbamos a adornar sin confabulaciones una mentira redonda, palpitante y única.

Un par de años antes, temeroso y asqueado, había llegado a casa con una misma premura de la revelación, y había volado a gritarla en la cocina:

—!Los echan por la boca, los echan por la boca!

La penitencia me escoció menos que la obligación a que me reducía, la obsesión de pensar en tinieblas lo que acababa de saber, la tarea de imaginar el largo beso y su entrañable crecimiento espurio, esa hora de abuso e impiedad en la que inventé y anticipé para mí, antes de haberla leído, la condena de Paolo y Francesca.

Con la inocencia, perdí también las imágenes que ella me había ofrecido del amor de los hombres, dejé de custodiar aquel primer impulso amatorio, tácito y tenue, que había sufrido a los seis años y referido, en el tiempo, a una escena caduca, a la estación de Melo, a la visera cribada del andén y a aquel vagón enmohecido y arrumbado en la vía muerta, junto a un tope de los rieles de maniobra. Había sido un impulso reprimible y quedo,

que hoy apenas se cierne en una cara pálio, vanecida entre los bucles lustrosos y bajo el sustituable de esa cara: Noemí. Fue una admida y oscura, vinculada a sentimientos de frus, de desencuentro y de muerte, sobre la que cuajó el único corolario admisible— el viaje que se llevara la niña. Hacia ese sér distante y difunto el amor fue, en mi silencio perseverante y fetichista, un afán empinado por allegar la gracia, una ternura inquieta de protección, que se agotaba en su celo. Sólo la madurez me ha devuelto tal querencia infantil, este sentido inerte y noble de la desposesión personal; esas primicias adelantadas a la libertad me lo habían aventado sin lástima.

¿Estábamos volviéndonos peores, o las cosas que empezaban a sucedernos venían cargadas de una insidia para la que no estábamos preparados? Cuando Gatti llegó a la escuela, se supo que lo habían expulsado de otra, por haber arrojado un tintero al pecho de la maestra. Pensamos que iba a repetirlo entre nosotros, pero fuimos incapaces de sospechar la relación viciada que iba a establecerse entre él y el maestro, el maestro con su cara de viejo niño pervertido, con su gran estatura y sus lentes de oro para un rostro más chico.

Cuando llegó y ocupó un banco al fondo de la clase, el recién venido nos miraba con una languidez torva y desdeñosa, en la que alentaban quizá la timidez, la vergüenza, un resentimiento de origen. Era mayor que nosotros, plebeyo y verdoso. Tenía el mentón huidizo, la frente angosta y deprimida y labios de mulato, mojados y morados, con las abolladuras que les imprimían los dientes, desagradables labios donde la luz brillaba en lagunitas. Había en todo su sér algo innoble, un aspecto de taimada reserva, una animosidad callada pero activa. Daba la triste impresión de la vulgaridad de los sentimientos junto a la distinción de la inteligencia, la idea de ese penoso desequilibrio.

Era aquel Quinto Año que el maestro dedicó enteramente a concursos de composiciones y a organizar la República de Dewey.

Gatti fue pronto el mejor; el mejor, según lo enten-

día el maestro, por una suerte de pasión taciturna con que tocaba todos los temas, haciendo de predicador de los desnudos, con un sentido de ordinariez que al viejo niño pervertido debía parecerle la gloria del inconformismo y de la rebelión.

Escribía sus composiciones y, elegidas invariablemente, pasaba a leerlas junto al pizarrón, con una voz que no era áspera pero puntuaba todas las frases con un dejo y un rictus despectivos, que ligaban con el tinte del rostro, con la depresión de las sienas, con la blandura de las manos. El maestro asumía entonces un aire de éxtasis, de connivencia y de embeleso. Parecía decir, desde la laxa actitud de su cuerpo girando en el taburete, desde sus ojos muertos tras los gruesos cristales, que él sí lo comprendía, que sentía no haber podido refregar esas proterstas sobre la niñez de los otros, como Gatti lo hacía.

Una vez pudo, sin embargo, y la falsa comunión los distanció.

Mi compañero de banco estaba castigado, de pie junto al armario de los mapas. El maestro había fingido distraerse de él, pero vigilaba la primera flaqueza del muchacho, espiaba una lágrima, la frugal ocasión de poderlo humillar.

—¿Llorás?, le preguntó avanzando entre las filas de bancos, cuando lo hubo descubierto. ¿Qué más querés ahora?

No tenía necesidad de ver a Gatti para suponer que disfrutaba con la retribución, que conocía y probaba en un mordisco el metal de la buena moneda.

—¿Llorás de despecho?, dijo inclinándose frente al niño vejado. Tenía conciencia de que no debíamos perdernos el espectáculo de él en medio de las filas, inmóvil. Era algo que recogía de los demás en el espejo curvo de sus lentes, como si estuviese en una hornacina, expuesto a las miradas de todos. Y cediendo a la futilidad canallesca del juego de palabras, añadió:

—¿Llorás de despecho? ¿Qué querés, que te dé de mamar?

Lo perdió la propensión a decir de algún modo grosero, envilecedor, toda su larga inferioridad. Se abrió la tú-

nica y descubrió una tetilla arrugada, la fruncida mancha color yodo.

—¿Querés entonces que te dé de mamar?

¿Gatti sintió esa vez el grotesco de su condición, padeció de que los dos lo arrastraran, confundidos y abrazados, ante nosotros, tuvo que tolerar un destemplado sabor de repugnancia inocente? ¿Se vio envejecido en el tiempo, ofreciendo su tetilla a otras gentes?

La ocasión de saberlo fue la visita del inspector. El bondadoso viejo estaba de pie ante los primeros bancos, donde trabajarían los designados para escribir la composición ejemplar.

—Vamos a ver cómo se desempeñan con un tema abstracto —dijo mientras lo pensaba, dirigiendo la primera mitad de la frase al maestro y la última a nosotros. Escriban algo sobre La Avaricia.

Gatti sabía que, de los cuatro elegidos, él sería el primero en leer lo que escribiese, y esa certidumbre apuraba sus palabras sobre el cuaderno, el borbotón oscuro en que su rencor anegaba a las cosas.

Estaba ahora frente a la vieja deferencia profesional del inspector, para leerle la única composición que habría tiempo de oír. La palidez apocaba el perfil sobre el lienzo negro del pizarrón, sobre el panel opaco que roía sus rasgos, la frente angosta y vencida, el cenagoso brillo de la luz en los labios.

—Avaricia cruel y sanguinaria —dijo moviéndolos con pausa, como si el anatema cayera sobre la cabeza de alguien. Te aborrezco, infame, traidora, desgraciada.

Pero no era una imprecación; tenía un prosaísmo ominoso y tranquilo, se coagulaba sobre su misma salida. El maestro habría querido contenerlo. Había un confuso sentido de desquite que percibía sin explicárselo, sin relacionarlo con el episodio de la tetilla, en el hecho de que ahora, frente a un extraño que se imponía sobre ellos dos, a quien no podían suprimir como antes a nosotros, estallara aquel lenguaje baldado, aquella gloria turbia del rechazo, del agravio sin pretexto en el tema, toda aquella maldición de la vida misma y de la luz del idioma, que tendría un escandaloso sabor de disparate y locura a los

ojos del inspector. Y en el instante en que el viejo, tras haber asentido, como a un alivio, al final de la lectura, se volvió y dijo algo que hizo enrojecer de servidumbre y furor la larga cara del niño pervertido, sentimos que aquella comunión había muerto para el resto del año, que la alianza estaba deshecha, que Gatti y el maestro comenzaban a odiarse.

IV

He podido verlos algunas veces, uno a uno. Están viejos y gastados, no son los mismos. Mi memoria resucita aquél para éste, porque no se recuerdan, porque no han vuelto a encontrarse, porque se cruzan en las calles sin que los llamen a un abrazo, a un saludo, a una simple mirada los días que vivieron juntos.

Están viejos y gastados, son pobres y vencidos o cínicos, o están muertos. Ninguno tiene la savia de aquellos años. Está el cartero que me lleva las cartas al estudio. Está el guarda de ómnibus que no me deja pagar el boleto. Está el que atiende el surtidor de nafta y teme que yo vaya a darle propina. Mi compañero de banco es estibador, y su mujer lo ha abandonado para prostituirse.

He perdido a otros muchos; tal vez sea lo mejor. Hace algún tiempo, al ir a tomar un ómnibus, tropecé con un hombre al borde de la vereda. Estaba junto a mí, y olí el vaho de alcohol que lo envolvía.

—Discúlpeme —exclamé al esquivarlo. No lo había visto.

—No te acordás de mí —respondió, con una lentitud desajustada a su aspecto, al exaltado desaliño que la embriaguez comunicaba a la cabeza, a la sonrisa insegura y errante.

—Sí, mentí. La cara me es conocida; no recuerdo tu nombre.

Me contemplaba, siempre sonriendo, con unos ojos de esclerótica amarillosa, veteada y sucia. Se alisó un mechón entrecano, y las manos, inesperadamente, saltaron de él a mis hombros.

—Yo en cambio me acuerdo, dijo. El tuyo es Martínez.

—Estabas conmigo en la escuela, aventuré para ayudar su fluencia, ya que por ella teníamos que reconocernos.

—Claro, dijo alegrándose. Estaba contigo en la escuela. Soy Arriagada.

—¡Aníbal! Me acuerdo muy bien —y pensé que tenía que sacar el mejor partido de la única imagen que poseía de él. Tenías entonces las orejas más apantalladas, dije tocándome las mías. Y en Sexto apareciste con un saco inglés y unos pantalones Oxford, que te cubrían todo el zapato —agregué tomándole las manos, en un gesto ambiguo de amistad, para librarme de su opresión agarrotada.

—Oxford —rebotó sonriente, feliz con el solo y pobre recuerdo que la misericordia había querido desenterrarle. ¡Es cierto! Entonces vestía muy bien, porque el viejo pagaba. ¿Me ves ahora? Las manos detallaron —trémulas y un poco rígidas, para presentar la embotada vergüenza— unas solapas cenicientas y manchadas, bajaron por el saco raído, se perdieron en un gesto desbaratado. ¡Ahora soy esto!

Comprendí que tenía que considerarlo sin indulgencia. Era lo que esperaba la vieja cara, cuya sordidez se había aliviado un poco en la precaria valentía de descubrirse.

—Estoy en la Aduana, con doscientos pesos por mes. Y vos, ¿qué has hecho?

—Soy abogado, dije. Todos trabajamos.

—Yo no terminé Secundaria. Papá murió cuando estaba en Tercero, y nadie se ocupó de mí. Pero mi hijo sí —agregó sin transición. Mi hijo va a estudiar de todos modos. Quiere ser médico, y no voy a tolerar que se quede por el camino.

—¿Cuántos hijos tenés?

—Uno solo. Tiene doce años y ya está en el liceo.

Sentí que la presión desapareja de sus dedos regresaba a mi brazo izquierdo.

—Tenés que venir a verlo —se le ocurrió. Vivo aquí a la vuelta.

—No es hora, Aníbal. Son las ocho de la noche. Lo dejamos para otro día.

—Tenés que venir a verlo, repitió imperiosamente, con una solemnidad que iba a resentirse, con una energía averiada. No podés desairarme. Tironeándome, se puso en marcha.

—Es a media cuadra —anunció con una voz animada, porque el recuerdo del hijo había despertado en él una ferocidad cordial con la que empezaba a rodearme.

—Tal vez ya esté acostado —reflexionó— pero no importa. Tenés que conocerlo, quiero que lo veas. Dice que va a ser médico y va a ser, porque es muy inteligente. Es aquí al lado, en Donizzetti.

Sacó la llave del bolsillo y abrió una puerta despintada y angosta, a pocos metros del farol de la esquina. Encendió una luz pálida y vi el paso con que se ofrecía a adelantármese. Medí el cubo de mampostería con los ladrillos a la vista, la tosca pared sin terminar, la escalera de caracol y el caño que le servía de pasamanos. "Dos minutos" —pensé, temiendo por el soplo de luz amarilla que dibujaba al borracho oblicuo y desmedrado sobre el fondo de ladrillos. "Dos minutos y se apaga en mitad de la subida".

—Aníbal —dije. Otro día te acompaño. Hoy es tarde. Vas a perdonarme.

—No me podés hacer eso —gimió casi, desde el quinto o sexto escalón. Trepaba sin tomarse del pasamanos, aunque apoyando a veces sobre el muro rugoso una mano abierta, en cuyos dedos tiesos se sostenía el cuerpo oscilante. ¡Vamos, por favor!

Oprimí de nuevo el botón de la luz, y comencé a seguirlo. En uno de los rincones del recibidor se veía la puerta en ochava de un apartamento.

—El mío es el de arriba, dijo averiguándome la mirada. Lo tengo muy barato, con el veinte por ciento.

Lo alcancé y lo sostuve. La luz duró prodigiosamente, y llegamos al rellano de su puerta justamente a tiempo para reencenderla.

—Marina —llamó al abrir. Traigo visitas,

Alumbró entonces un espacio mezquino y desgarnecido, que olía a humedad y a ropa ardida. Una sola mirada bastaba para abarcar la ventana (abierta a la calma de la noche templada), un pupitre infantil de madera laqueada, color celeste, con una enorme calcomanía descascarada —que había sido un Mickey— y un sillón con forro de algodón castaño, por cuyas desgarraduras respiraba la estopa. Hacia el fondo y a la derecha de ese cuadro, enmarcada por una abertura sin puerta, la luz de una veladora respondió a la invocación, y vi incorporarse en la cama —más desgrefiada y mayor que Aníbal— a una mujer crispada y cegatona, envuelta en un camisón indefinible, marchito y dudoso de color más que viejo o ajado. Su gesto acre, clavado en las comisuras de los labios, refería antes que el sueño o la frase una historia concisa y seca de la desdicha, del desconcepto conyugal, de la miseria mal llevada.

—Es un amigo de la escuela —dijo Arriagada. Lo traigo para que conozca a Carlitos.

—¡Señora!, grité sobre el hombro de mi amigo. Perdona la visita, pero Aníbal me ha obligado a venir. Me voy en seguida, no despierte al chico.

Quise volverme hacia la puerta, pero la antigua mano tumefacta me detuvo.

—¡Vas a verlo! ¡Vas a verlo aunque tenga que sacudirlo!, gritó con una mera vacuidad de la furia, donde antes había existido el orgullo.

—Discúlpeme —volví a exclamar, en el instante en que la mujer sacaba de algún sitio, de abajo de la almohada tal vez, unos lentes espesos y se los ponía, empatillándolos en la cabellera revuelta. Yo no he querido interrumpirlos, es un empeño absurdo...

Aníbal había puesto ahora una rodilla en la cama, y se inclinaba jadeando.

—Es un amigo de hace años, un compañero de la escuela —gritaba— y quiero que conozca a Carlitos.

—Car-li-tos, dijo la mujer, silabeando con los dientes apretados. Tienes que despertarte. *Un amigo de papá quiere conocerte.*

Estorbado por las manos de la mujer, Aníbal zamarreaba aquel bulto arrebuñado bajo la colcha.

—El sinvergüenza se acuesta en mi lugar —dijo volviendo la cara hacia el recibidor, buscando el sitio en que yo me encontraba. Y muchas veces está tan dormido que, por no pasarlo, me acuesto en su cama y tengo que sacar los pies entre los barrotes.

—¡No puede ser!, me oí gritar de repente. ¡Adiós, Aníbal! No aguanto que sacudas al chico.

—Carlitos, insistió la madre con una voz retenida, en un mundo en que sólo ella y el niño existían. Despiértate un momento, vamos.

Entre las frazadas en desorden Carlitos se arrodilló entonces, recorriendo la admiración del padre y la irritación de la mujer con unos neutros ojos de pescado, que los copiaban sin reconocerlos. Se había hincado mecánicamente, como lo haría para orinar, e insinuaba ya el movimiento acostumbrado. Vi sus hombros redondos y rosados, que desbordaban la camisilla de deporte, los vi caer cuando la misma mano que los había agitado los tumbaba de nuevo.

—Está muy dormido, dijo Aníbal, con un desencanto sin enojo. Otra vez será.

—Espérame, agregó al advertir que yo trasponía la puerta. Y la franqueó detrás de mí, sin cerrarla.

—Te acompaño. Otra vez será.

Donizzetti nos devolvió un aire que nadie habría esperado; el aire que subsistía, como persiste el sol de media tarde a la salida del cine, inverosímil en su ignorancia del cambio.

—Te acompaño hasta el ómnibus —dijo, impelido por la misma necesidad de reanudar la calle como una escena remota.

Se puso un cigarrillo en la boca, sin ofrecerme otro. Lo encendió y echó una bocanada sobre los ojos, acartuchando el labio inferior, que le daba un aspecto simiesco.

—Madruga para estudiar, por eso está durmiendo a las ocho —explicó riendo.

“¿Y tu mujer?”, pensé. “¿Por quién madruga?”

—Estudia y sabe, dijo. El otro día le enseñó a la ve-

cina de abajo cuáles son los nervios que mueven la mano. Uno por uno.

Caminó unos pasos y flexionó la derecha, ya menos entumecida.

—Yo mismo no los sé. Y vos seguramente tampoco.

Se detuvo, mirándose la palma con una embelesada jactancia, porque allí estaba la sabiduría de Carlitos.

—Doctor, propuso cuando llegamos a la esquina. Vas a tomar conmigo una copa. Tenemos que festejar este encuentro.

Me resistí con todas las razones. Sólo lo convenció la de que mis hijos me esperaban.

—Tomo una copa a veces, no vayas a juzgarme mal —y se veía que Carlitos, dormido a media cuadra, le estaba transmitiendo su fuerza. Ya sé que mi mujer, cuando se ocupa de mí, me llama “la alhaja”. Pero al final de todo siempre vuelve a casa, ¿verdad?

Me acompañó hasta el mismo estribo del 142.

—Aquí me encontrás siempre, en esta esquina —dijo desmintiéndose.

“La alhaja”, pensé mientras el ómnibus partía. “La escuela, nosotros, 1929”. Apoyó la mano, con los dedos bien separados, en el marco de la puerta del bar. Sonreía a algo que estaba ante él, ya sin verme y con su aureola turbia.

V

Viejos, gastados, pobres y sudorosos, muertos o vencidos. ¿Qué más da? Ninguno, nadie tiene la savia de aquellos años soleados y distantes. ¿Para qué haber escrito, para qué haber hablado tantas horas de mí y de ellos? Dios mío, ¿podrás tú acaso convencernos un día de que aún somos los mismos?

LA ÚLTIMA MORADA

I

Había entrevisto ya, en la penumbra lechosa, el bandal que amurallaba el recodo de la escalera —dando un balcón al patio de damero —cuando tropezó y cayó, lanzando unos escalones más arriba los zapatos que llevaba en la mano. Se oyó un chistido, y una luz encendida de pronto dibujó los balaústres, antes informes y fantasmales. El chistido y la luz eran un ultraje a su infeliz y torpe cautela de borracho, la que lo había hecho descalzarse y subir en puntillas, tanteando la lisa superficie de las paredes y las oquedades de los rincones.

Irritado entonces, se enderezó pesadamente, tomó un zapato y lo arrojó hacia el jarrón que, en uno de los extremos del rellano, coronaba la escalera, igual a otros que, en espaciadas hornacinas, se enquistaban en los muros del patio. La tapa del jarrón saltó y se hizo añicos, con un ruido quebradizo que trajo instantáneamente el arrepentimiento y la pena (una pena agarrotada y tartajosa, balbuciente de últimos insultos) adonde acababa de existir la furia.

El recuerdo de esa brutalidad embotada e inerte lo perseguía a lo largo de los años. El ánfora sin tapa había quedado, decapitada y verdinosa, vigilando el retorno de todas sus noches, y había seguido allí luego de la muerte de la madre y hasta el remate de la casa. La madre había acudido al ruido y él había querido simular un accidente, había pretendido dar a entender que había em-

bestido sin querer el jarrón, dejándolo sobre el pilar sin removerlo pero habiéndose llevado aquella suerte de labrada capucha que lo recubría. La madre nada le había reprochado, pero conocía aquellos desbordes, que repetían los del padre casi hasta sus últimos días. Al oír su voz queda, que le interrogaba si no se había hecho daño, y ponía en la pregunta el desalentado samaritanismo y el ostensible don de martirio que ella prefería para su voz, como otro velo de su viudez, sintió a un tiempo la vergüenza y la tontería de haber caído de nuevo en las trampas de la bondad, del perdón y de las promesas. "Esta vez no le ofreceré enmendarme", pensó. El papagayo, que no había emergido de la oscuridad al simple golpe de la tapa en el suelo, chirrió su repentina locuacidad al oír la voz del ama. El lo odiaba ahora, anacrónicamente, porque era algo así como el tiempo embalsamado, y porque sus gárrulas y destempladas vociferaciones no habían respetado siquiera aquel día de la casa, cuando la madre estaba muerta y las criadas entraban a la cocina y salían de allí con una premura devorada y silenciosa, trajinando tizanas y café, golpeteando los pocillos mellados para ahuyentar toda la lóbrega servidumbre de muerte que se había aposentado en patios, piezas y corredores, y simulando que un cuidado solícito por los vivos (por la vieja tía sofocada, por las crisis de llanto y puñetazos en las sienes con que él medía su soledad e impotencia para la vida) podía distraerlas de todo.

Como en noches y días de interminables años, desde que el capricho del abuelo había grabado en él unas pocas jaculatorias, había gritado entonces —sobre el silencio cerial, contra la baja murmuración de los rezos— *¡Viva Cuestas, viva la dictadura!* Silbaba desagradablemente e insistía: *¡Cuestas, cueste lo que cueste!* Lanzados esos petardos, consumidas estas pocas y arcaicas bengalas de su estilo, acababa pidiendo, con más calma, "las sopas de pan con vino".

Aquella noche simplemente chilló, sin articular ninguna de sus consignas, chilló cuando la madre —pálida sobre los lechosos balaústres, desde la eminencia flotante de su camisón— le había preguntado si no se había hecho

daño y había comenzado a descender, pasando tras el jarrón degollado e inclinándose sobre él, que jadeaba y maldecía tan estúpidamente como el papagayo, pero con una conciencia de culpa que el procaz animal nunca conocería.

Tal escena —la vuelta de la escalera, los fragmentos del jarrón, la deshecha cabellera de la madre, ese chirriar de bisagras enmohecidas que venía del segundo patio y, con un pulso firme que ordenaba todos aquellos incoherentes detalles, el reloj de pesas del comedor, dando las dos de la mañana— estaba destinada a sobrevivir y a presentársele, con una recurrencia que no mitigaban los años, como un reproche agotado pero inmortal. ¿Se conservaría en aquel quieto rincón de la casa el olor rancio que, al levantarse ayudado por ella, había sentido desprenderse entonces de sus propias vestiduras?

El hijo único. Evocaba el día en que había quedado solo —solo entre los amigos, solo ante las tazas de café y las ventrudas copas que ofrecían al fin de la noche su gota restante de coñac— solo con sus deberes y su dinero, despojado y poderoso en la equívoca sensación de ese hecho. Aquella figura en camisón que se asomaba sobre sus años vividos, era la única que proveía por él, por sus holganzas, la única que alcanzaba la ternura de no preguntar y la bondad de no saberlo; era la toalla mojada sobre la cara descompuesta, la ropa en la silla para las borracheras desplomadas. Desde entonces ni siquiera los excesos pudieron existir, porque faltaban en el mundo, faltaban en el aire espeso de las noches la confortación y la impunidad. A partir de aquel día, su embriaguez había tenido un cauce demasiado culpable, un sentido infamatorio y retorsivo de la timidez sexual. Era el ludibrio que desaguardaba en la tropelía nocturna, en el ingenio, en la risa, en la agresividad, a cambio de no poder consumarse —contra la repetida obsesión, y a pesar de las sugerencias y supersticiones de cada vez— en la mujer, la mujer que los amigos le agenciaban y cambiaban, la única que quedaba para la mano inservible, para el pellizco obsceno pagado como cópula. El craso ludibrio del craso físico. Era la misma impotencia adenooidal que, en los días de la infan-

cía, lo hacía salir corriendo de la casilla de Pocitos hasta la orilla y volver corriendo desde allí, con el más pudoroso, largo y oscuro traje, las nalgas vergonzantes intactas de arena pero abolladas y enormes.

Y sin embargo —aliando distintas conveniencias— el matrimonio lo había arreglado todo. Esther, diez años menor que Bonel, no había conocido a la *señora*, como ella le llamaba con acre respeto. Prolongaba el uso de alguno de sus vestidos, de alguna de sus pieles; el hijo único no podía ponérselos, su adulto conservatismo no podía arrumbarlos, su piedad no podía subastarlos, como había subastado —entre penas, compungimientos, blandas consunciones sentimentales— la casa. (No la había rematado —pensaba ahora— por avidez de dinero, por sordidez, sino por un cobarde instinto de evacuación y de olvido, y acaso para exacerbar la pena quemando las naves, sin disipar, en la rutina de los días por vivir, el prestigio y el incienso de aquella muerte, la sensación definitiva de clausura, el pío y ambiguo temor que lo hacía dudar por las oscuras y sucesivas habitaciones canceladas, que le hacía temblar los dedos sobre los picaportes. Si alguien lo empujaba entonces, si alguien se prestaba a aquel simulacro de la sensibilidad filial, subía en él una voluptuosidad triste y castrada, el regodeo emoliente de su invalidez para la vida y de la falta de motivos externos para vencerse y cambiar.)

Esther estaba fuera de ese santuario, fuera de las comparaciones desventajosas. Con la madre, él había recorrido Europa, de los dieciocho a los veinte años. Su experiencia de esos años se había reducido como las cabezas indias, se había apergaminado en dos o tres frases de idiotismo coloquial, para proponer al interlocutor (a Esther, a los hijos) una breve simpatía por lo desconocido, dejándolo distante. París era la Place Pigalle, las estampas pornográficas en el cajón con la llave pasada, y las recomendaciones para comer bien en algunos bodegones (los *bistros*, los deliciosos *bistros* de París —decía, como si todavía paladeara lo consumido en ellos) que tal vez se referían a sitios ya inexistentes. Italia era un saloncito de Nápoles, una "foto d'arte" donde le habían tomado,

en un abanico plegadizo de postales, varias instantáneas que, pasadas en el golpe de la mano, recomponían la tosca y respetuosa parodia de un gran saludo, con el Borzalino traído por el brazo que avanzaba.

El viaje era ese *álbum*, un caleidoscopio y algunas *rarezas* de feria popular (la tarjeta que se volcaba para que un querube rosado depusiera unos granos de arena). Las palabras "álbum" y "rarezas" eran los tics de tal exhibición, y jugaban en el discurso tan autoritariamente como las sentencias —"El fascismo es una bicicleta, si se para se cae" o "Yo no sabré dónde está La Última Cena, pero sé dónde se comen los mejores fetuccini de Roma"— que había escuchado a alguien y asumido como sus cifras de meditación y sensualidad italianas.

Esther Reyes, postulada para compartir la orfandad y el dinero, nada sabía de esas cosas, las escuchaba con el resentimiento que promueve en otras mujeres la noticia de una aventura anterior, la descompasada sensación de un adulterio prenupcial. Sin imaginación, sin vanidad, Bonel refrescaba siempre —porque el don de la repetición era su virtud conversacional más definida— esas penas injustas. Sin imaginación, sin vanidad, sus hijos se llamaron, como ellos dos, Ernesto y Esther, y nacieron para copiar esas caras y recoger esa limitada facundia del vivir.

II

—De todos modos —dijo Bonel— Mamá está en un nicho ajeno, y mi deber es rescatarla cuanto antes.

En el primer temor de la pobreza —que era el mero reflejo de la inquerida posesión del dinero, de la asunción de responsabilidades— la había hecho sepultar en el nicho de unos parientes, sin pompa alguna. "Como ella habría querido", se había dicho durante algún tiempo, repitiéndoselo para el auto-engaño. Pero sabía que no era así. De pie, con los ojos alzados hacia la jardinera en la que el viento del sur chamuscaba rápidamente las flores, esperando que un peón subiera a cambiarlas, había

sentido muchas veces —pensando en él y en ella— que aquella permanencia de prestado, que aquel descanso intruso de su madre en la bóveda ajena definían su purgatorio filial. Sólo sacándola de allí podría ponerle término; recordaba sus lecturas liceales, la Ciudad Antigua y los penates vagabundos, que pedían ser satisfechos. Y confundía sus recuerdos con sus temores: creía haber soñado que la madre aparecía en lo alto, en el recodo de la escalera o en aquella región inasible donde él no podía mudar el agua del búcaro, para pedirle sin ternura (“Hazme una tumba” era la frase elegida) el santuario en que su amor de hijo la recogería a destiempo.

—No veo el apuro, después de tantos años, dijo Esther. Cuando el sentido de sus palabras era hostil, él despertaba de la indiferencia que mantenía hacia ella, para odiarla en su vulgaridad. A pesar de la piel quemada de los veranos, de las cremas, de los escotes y de los pantalones ajustados, la treintena pasada empezaba a acentuar en ella, a escribir sobre sus rasgos la mezquindad esencial; la involución de la madurez ponía en sus facciones un sello de ininteligencia y rapacidad. Era imposible imaginársela unos años más allá, con los cabellos blancos y la nosegada nobleza de la vejez. Él no podía acceder, en cuanto a ella, a esa edad de la imaginación desde la cual el rostro de la madre ya no quería regresar, a aquel otoño en que lo amaba sin lágrimas.

—Ésa sí que es una razón estúpida, dijo. Esther lo miró sin asombro, acostumbrada a esas elipsis del humor, en que él dejaba caer cualquier frase abrupta, más por desprendimiento de sus reflexiones que por el impulso simple de la conversación.

—Estúpida por no pensar que eres tú mismo el que se va acercando a esa *morada* que crees levantar para otros. Usaba la palabra “morada” para añadir al proyecto de Bonel el toque empingorotado y ritual, un respeto cursi de alocución fúnebre y también el énfasis neutral (higiene de la distancia para la muerte) que depositaba siempre, como la corona expeditivamente puesta para cumplir con un prócer y ganarse una ciudad extraña, al pie de su reverencia por *la señora*.

Eso es verdad, pensó Bonel. Me voy acercando. Se vio ahora con los estrechos pantalones de pana —una pana azul donde corría el furtivo placer infantil de sus manos— caminando sobre el césped blando y mal cortado, o por el sendero de menudas guijas de color pizarra. Tía Emilia iba al lado, flameante junto a la cara la cola del sombrero, hollando la arenisca del borde del camino, de la que extraía un rumor apenas triste. Lo demás no lo era: el sol de media tarde, el zureo de las torcazas y, por encima de las tapias del fondo, el reflejo del río entre los pinos.

¿Era esto un cementerio, también en Montevideo sería así? Para indicarle que torciera, tomando por uno de los atajos que se perdía bajo la vegetación desprolija y creciente, ella le había puesto una mano en la cabeza, presionándole sin cariño los rulos amarillos que un rato antes le elogiara. No se atrevía a decirle su desilusión del lugar, no podía interrumpirla en sus pensamientos, en los abusados recuerdos dolientes de persona mayor. Unos metros más allá, blanco y musgoso, flanqueado por su angosta vereda de piedra, estaba el antiguo sepulcro. “Sepulcro” decían los más viejos, según había notado; los más nuevos, los de granito rosado o gris, solamente nombraban a la familia de alguien, o a Tal y su familia, como frívolas tarjetas de regalos. El pequeño cementerio del pueblo —le había explicado luego Emilia, con rancio orgullo— juntaba dos edades: la de los sepulcros y los templos, que aludía a la Guerra Grande, al jefe de familia que campeaba, imponente y solo, en las lápidas, y la de los comerciantes y los profesionales, la era industriosa y reciente que alineaba sus panteones vacíos, flameantes e impersonales, contruidos para la vanidad de los vivientes más que para el descanso de los difuntos.

—Aquí están también tus bisabuelos, había dicho Emilia, quitándose de la cara la cola del sombrero, entrecerrando los ojos para acostumbrarlos a la penumbra interior. El niño había mirado tras ella, por aquella suerte de escotilla, y había visto la escalera de mano que descendía a las profundidades de la bóveda blanqueada, húmeda y sombría. Había estantes de mármol cubiertos por

senderos de hilo que remataban en profusas puntillas, y sobre esos ignotos altares resplandecían dos floreros azules, y más tenuemente una jardinera con inscripciones, fechas y frases, y una labrada cruz hacia un costado.

El hombre había llegado con una jarra floreada en la mano, y había descendido rápidamente la escalerilla, con una destreza que, por silenciosa y liviana, no ofendía el sitio. Emilia había dado un par de indicaciones sobre la distribución de los cacharros y el acomodamiento de los mantelitos, y el hombre había emergido luego, la tez violácea y los cabellos canos al nivel de la abertura, y con ademán repentino había arrojado a un lado las flores resacas y a otro, en un envión que apenas retenía al florero, una bocanada de agua pútrida, abombada, ante la que el chico había retrocedido. Emilia había alcanzado entonces el ramo y, apoyándose en la lápida, había vuelto a dirigir el arreglo. Cuando el hombre hubo aceptado las monedas y desaparecido, ella —sin demostrar acordarse de la compañía que llevaba— se hincó al pie de la escotilla, la cola del sombrero pendiendo rectamente ante la cabeza depuesta, y rezó con un bisbiseo áspero, poco enternecido, por la siniestra bóveda y por sus ilustres parientes. El olor del agua corrupta los envolvía siempre; era el licor que se vertía en tierra por aquellas ánimas.

—Todos nos vamos acercando, dijo con un tono que postulaba la tregua. Y recostó la cabeza en el alto respaldo del sillón, porque todo —hasta los pensamientos penosos— provocaba en él un instinto casi patético de comodidad.

—Nunca ha habido —comentó Reyes, el cuñado— una civilización a la que la idea de la muerte carnal haya dicho tanto como a la nuestra. Después de todo, ¿piensan en algo los burgueses como nosotros, más que en la salvación de sus cuerpos?

“Como nosotros” era un cumplido, una previa ficción de imparcialidad, tras la que se franqueaba el permiso de ser cruel. A Bonel le fastidiaban aquella inteligencia acerada y no obstante menor, aquellas falsas ventajas del fracaso personal, del desprejuicio y del auto-

análisis. Pero esta vez se lo agradecía: el enrarecimiento del tema excluiría a Esther, iba a reducirla a silencio.

—El orden social en que vivimos —estaba diciendo ahora su cuñado— nos exige tener muertes y posteridades personales. Mi tumba es mi castillo.

—Y sin embargo, ésta es la edad de los panteones colectivos, dijo Bonel (que siempre los había mirado con terror). La Società Italiana entierra juntos a todos sus gringos, y la Española a todos sus gallegos.

—Sí, es horrible —dijo Reyes. Pero es por otro defecto: por un defecto de imaginación, que es la forma peor, la más triste, de la mezquindad y la mediocridad en la gente de las ciudades. Es la misma razón de las sociedades recreativas. Por eso hacen clubes para reunirse los domingos todos los bancarios, y se condenan a verse perpetuamente todos los empleados, aceptando que por trabajar uno al lado del otro tienen que ser amigos.

—No tienen tiempo de buscarse otros. Es —propuso Bonel, con el alivio de no padecerlo— la estupidez de un sistema que nos mecaniza en todos nuestros actos.

—El servilismo mental al trabajo —sentenció Reyes — es una forma de esclavitud que no ha variado. Y además, esa pequeñez tan lamentable del tipo de la ciudad, tan gregario. Cualquier desgracia y cualquier enfermedad lo llevan al montón, para pedir auxilio a la ignorancia de los otros, para relevarse de pensar por su cuenta, para recostarse en el rebaño. Hace poco hubo un picnic de los defraudados por las sociedades financiadoras. Ayer leí en los diarios que se ha formado una “mutualista de sepelios” que se llama “El Ocaso”. ¿Y no has visto en los ómnibus los anuncios de los banquetes de diabéticos? ¿Puede haber algo más ridículo, más raído?

—Yo siempre he pensado —aventuró Bonel— que en Montevideo la gente es infeliz. Que está, ¿cómo podría decirte?, resignada a no ser nada que importe, a vegetar en sus facilidades, entre el empleo, el café y el estadio.

—Y la de afuera nos sigue por radio —dijo Reyes— y quiere venirse. Hay que poner distancias, añadió. Eso es lo que está bien en tu proyecto: nada de promiscuidades. Ni ahora ni en la hora de nuestra muerte.

—Nada de promiscuidades anacrónicas, corrigió Bonel, con un falsete de jovialidad. El tema no le gustaba, y le dolía plegarse —por una cobardía mental semejante a las que estaban criticando— a esa suerte de humor bastardo, con el que rendía los oblicuos honores que tácitamente estaba pidiendo la inteligencia de Reyes, una inteligencia que no le había ahorrado el parasitismo y la bohemia, la desproporción entre sus pujos de escritor y sus miserias periodísticas.

—Eso es, las promiscuidades anacrónicas —aprobó el otro—, los perpetuos lechos humanos tendidos juntos, para gente que en vida se desconocía.

Bonel recordaba las reflexiones de Reyes sobre aquella leyenda —*Perpetuo lecho de los humanos, 1835*— que habían descifrado una tarde los dos, en el portal del cementerio de Maldonado. Ni perpetuo ni humanos, había dicho Reyes. ¿No están las urnas para abreviar espacio, ya que el tiempo del muerto no se encoge? Mil ochocientos treinta y cinco es lo único cierto, había agregado sonriendo.

—¿Te acuerdas, Ernesto, de los perpetuos lechos humanos?, preguntó, con el pecado (raro en él) de ser tan obvio.

—Y en eso —dijo Bonel sin responder— son avaras y arribistas hasta nuestras familias patricias. Están llenos de colados ilustres muchos pantéones y nichos, por ahí. Y por supuesto, como están en casa ajena sus deudos son generosos con ellos, y llenan de *souvenirs* losas y paredes.

La palabra "souvenirs" era sabrosamente imposible y a Reyes le gustó. A Bonel le hizo pensar en Europa.

—Es claro que siempre hay alguien más miserable que su semejante, como en el versito, propuso Reyes. Hay quien cobra pensión, un alquiler o cosa así, hasta el día de la reducción de restos. A Elenita un viejo le ofreció una vez matrimonio, diciéndole que contaba con una jubilación modesta y con un nicho que rendía bastante.

—Por eso, surgió Esther, lo mejor es la cremación, que es lo que se usa en los países civilizados. (Aludía a ellos con una reverencia misteriosa, como si viviera en el corazón de Africa.) Las cenizas se guardan en un so-

brecito, y uno puede tener a sus muertos en el cajón de su escritorio. Ya te he dicho que es lo que quiero que hagas conmigo.

Bonel volvió a mirarla desapaciblemente. Era el descargo de todos sus compromisos espirituales lo que ella estaba prefiriendo: la hedionda comodidad de poder cumplirlos en casa o de olvidarlos sin averiguación. Por eso odia a Mamá, pensó como un niño, como el niño de la crimales vacuos que era desde que la había conocido. Porque siente que yo la extorsiono con mis sentimientos, forzándola a un respeto y a una memoria que le repugnan, obligándola a mirar aunque no quiera, todas las noches, el retrato a la cabecera de la cama. Ella nunca ha tenido que poner en orden sus recuerdos, nunca ha demorado en dormirse por meditar en nada ni en nadie, por imaginar que algo podría haber sido diferente de lo que fue. ¡Oh, Mamá!

—Señora, dijo una voz desde la puerta. La cena está pronta.

—Caramba, dijo Reyes, qué aperitivo me han servido esta noche.

III

—“Que no olvides lo que te he dejado en la tierra”, dijo Bonel. Ésas fueron sus palabras.

Sentado frente al Padre Morán, desbordaba el angosto sillón de envarillado mate y almohadones blancos. Detrás de él se erguía una palma de maceta, cuyas hojas le rozaban la nuca, fluyendo desde la boquilla de papel crespo, amarillo, que una invisible paciencia y un rumboso mal gusto femeninos habían plegado y abullonado prodigiosamente.

Apenas menos obeso que Bonel, pero más viejo, el Padre Morán disfrutaba de su poltrona particular, ancha y desvencijada. Lo miraba con sus ojos azules, con aquella tolerancia que a pesar de los años no tenía nada de automatismo profesional. Cruzaba las pequeñas manos, entre-

lazando sobre el abdomen sus dedos romos y rollizos, que impartían la absolución y alcanzaban la hostia. Las yemas de los pulgares nerviosamente se rozaban, imprimiendo a las manos un movimiento casi imperceptible, pero que al cabo del tiempo había raído la tela y oscurecido sordamente la alpaca en mitad de la sotana, como si el vientre inútil del vicario de Dios fuera su mancha.

—¿Y qué importancia atribuyes a ese sueño?, preguntó el Padre.

Inclinó hacia un lado la cabeza y Bonel pudo ver —sobre la pared del fondo— en un opaco marco dorado, el cuadro de Amelia Morán. Una garza se tenía en equilibrio, con una pata sumergida en el lago y la otra plegada sobre el flanco. Un tinte rosáceo indicaba el fervor muriente del crepúsculo en el plumón del ave. Y la misma luz latía en otros rincones del paisaje, en los nenúfares que se abrían sobre el haz de las aguas. Era una de las últimas pinturas de Amelia, muerta del corazón a los veinticinco años, “una verdadera naturaleza de artista”, según creía el Padre. (Tenía el pudor de no encender otro cirio que ése a su memoria, de venerarla en privado y sin el énfasis de su ministerio.)

—No sé, pero me inquieta —repuso Bonel. Yo ni siquiera pude verla, pero era ella y escribía esa frase. Quería preguntarle eso mismo, Padre, qué importancia debo conceder a un sueño así, y cómo tengo que entenderlo.

No había sido un sueño, pero la clarividencia de Dios no estaba en los ojos de su pastor, no lo traspasaba desde allí.

El saloncito lucía un empapelado ocre, con grandes manojos lilas, desgarrado en las esquinas, donde la humedad había comenzado a despegarlo.

Estaban sentados en círculo, y Bonel tenía a su izquierda a Vanoni, que se había dejado pagar la comida a pretexto de instruirlo y llevarlo.

En el centro de la habitación, vestido de gris, el maestro se mantenía de pie. Una banda de rubio ceniciento le nublaba la frente, atenuaba la marcada osatura de la sien. Tenía facciones serenas y agudas, pero era posible

advertir en ellas una crispación contenida, el comienzo de una exaltación ensoñadora y dolorosa. Miraba apenas a la mujer sentada tras la mesita, a la cara de labios exangües y tinte alimonado, a las manos sensibles y desnudas que emergían de la informe vestidura negra.

Los demás, presentados demasiado expeditivamente para que aquella fraternidad fuera cierta en otro nivel que el de la trémula suspensión en común, se perdían para Bonel en las orillas del campo visual. Apoplético, rojizo, él iba desde la aplomada y seráfica palidez del maestro a la tensa sumisión de la mujer. Las otras caras colgaban en la penumbra —como máscaras en una vidriera nocturna—, afloraban apenas a la luz miserable que restaba en la habitación. La falleba de una persiana chirriaba, acusando las rachas de viento a espaldas de Bonel, menos amigable que las hojas de palma en el refectorio del cura.

—Repitan Hermanos —dijo el maestro—: Arrojamos de nosotros los malos pensamientos y nos preparamos, limpios de cuerpo y alma, para recibir a nuestros hermanos del Más Allá.

Le obedecieron en atolondrado murmullo.

—Cadena y círculo, ordenó el maestro.

De ambos lados le tomaron las manos, que descansaban en los brazos labrados del sillón; la de Vanoni tenía un color activo, redituaba las abundancias del vino. La otra, a la derecha, era una garra femenina, apergamínada, y trasmitía una opresión seca, inamistosa, cincuenta.

El maestro puso una mano en la mesita, donde la mujer había dejado las suyas.

—*La máquina* va a entrar en trance, susurró Vanoni, más próximo a él desde que el otro contacto lo rechazaba.

—Hermano Pico, Hermano Pico, ¿estás ahí?, preguntó el maestro, con una voz solemne y trasparente.

—Pico de la Mirandola —había dicho Vanoni mientras comía, poniendo el acento tónico en la “o”— es el Hermano más *elevado*, el que trae a los otros. Es el Maestro de los Hermanos del Más Allá.

—Un Virgilio del espiritismo, había acotado Bonel, sin que su iniciador lo comprendiera.

Y ahora, con dos golpes en la mesa, el Hermano Pico había dicho que estaba ahí.

Con esa levedad de los maquinistas de teatro, que ocupan las tinieblas de una mutación escénica para cambiar los trastos de lugar, o llevárselos en vilo dejando en las retinas del espectador la desvanecida estela de un movimiento, un garabato apenas visible en la opacidad del decorado, el maestro había tomado la mesita y la había alzado en su ingravidez, para abandonarla en un rincón de la sala, más allá de las miradas y del servicio pasajero que ya había rendido.

Vuelto frente a *la máquina*, había extendido y ondulado las palmas de sus manos bien abiertas, con los largos dedos separados, ante la cara, los ojos y la frente de la mujer. Ella se había conmovido, echándose hacia atrás en un espasmo entero del cuerpo. El torso agarrotado parecía empujar el respaldo; el cuerpo enfundado en negro presionaba sobre ese punto y las asentaderas apenas equilibraban el tironeo, reteniendo el borde de la silla. El maestro la tomó entonces de las manos, "para transmitirle su fluido", según la literatura de prospecto que Vanoni había adelantado.

Tras un par de escarceos convulsivos, que agitaron sus ropas y pendularon el pálido cuello, volcando la cabeza, *la máquina* se sometió. Bonel lo vio con familiaridad, porque recordaba a las gallinas desnucadas, que esponjan el pescuezo y aletean mientras cuelgan del cordel, hasta que un hilo de sangre y agua turbia mana por su pico, y sus alas se pliegan a la muerte. Así, con una inercia comatosa y rígida, ella se entregó al maestro.

—Hay una sombra que no me gusta, dijo. Era su propia voz, pero distante y desafinada. Hay una sombra que no me gusta, repitió.

—No, cortó el maestro. Es un Hermano bueno. Cálmate y recíbelo.

—Veo una luz que se acerca —musitó temblorosamente. Ya es más clara. Es el Hermano de las Sandalias,

añadió con un matiz apenas irritado, que ponderaba su desilusión.

—Hay un Hermano capuchino —había contado Vanoni— que viene a todas las sesiones, a buscar a alguien que no encuentra. Anda errante, es un alma en pena. No dice nada, pero pasa siempre.

Aquella noche también pasó, y el Hermano Pico volvió tras él.

—¿Estás ahí otra vez, Hermano?, preguntó el maestro. ¿Puedes entrar ahora?

Un súbito cambio de voz en *la máquina* lo anunció. Se presentó con una urbanidad reticente, la de quien llega a una rueda familiar en que se sabe esperado sin provecho.

—Él nos ha dado pruebas terminantes —había dicho Vanoni. Ha guiado al maestro con el pensamiento, han entrado juntos a una casa y se han acercado al enfermo. Entonces él ha dicho "aquí llegamos", y alguna vez ha revelado que un caso es fatal, y otra vez que el médico se equivoca pero la salvación todavía es posible.

—Quiero que traigas a la madre de este Hermano nuevo —estaba diciéndole el maestro, y Bonel comprobó con terror que era el centro de esta sesión, la novedad en la rutina. Él quiere hablar con ella.

La mano de Vanoni parecía abandonarlo en aquel instante, se hacía ambiguamente comunicativa, remota. Y la opresión de la otra mano, a la derecha, se había tornado malevolente, burlesca.

La médium, echando en golpes cortos la cabeza hacia atrás, comenzó a agitarse otra vez. Una oscuridad repentina se derramaba de sus órbitas, contagiaba todos los rasgos de su cara de un color terroso, de un gris ceniciento y ampollado; un pensamiento difícil barbotaba en sus facciones, luchaba y se exasperaba en los labios arcillosos. La condición misma de la materia parecía próxima a corromperse en aquel sér a quien la vida desamparaba, en ráfagas breves pero furiosas.

—¿Qué quieres preguntarle, Hermano?, inquirió el maestro.

—Es un asunto de arquitectura, repuso Bonel, conurbado por la futilidad de las palabras, por el inapresable respeto de su inquietud.

Los ojos del maestro miraron con la misma extrañeza que los de Vanoni un par de horas atrás, pero con un vigor condenatorio que antes no había existido, o había perdido rápidamente entidad, entre las actitudes masticatorias, el humo y el vino.

—¿De arquitectura?, rebotó sin creerlo, simulando no haber oído bien.

—De arquitectura funeraria —corrigió estropajosamente Bonel. Sobre el panteón que quiero hacer para ella.

Era el dilema de sus días y sus noches: a veces lo tentaba el túmulo de Carrara, con una anciana glacialmente dormida entre las borlas de su ataúd, el noble perfil yacente recortado sobre un fondo de cipreses; otras, pensaba en la continencia del gesto para la muerte, en lo privativo de su duelo, y entonces avanzaba hacia él un panteón de mármol negro, teclado por un solo nombre de cinco letras —Bonel— y atravesado por una delgada y tiesa cruz de bronce, que hacía la cuadrícula severa de la gran piedra funeral. Era esa preferencia fluctuante de la que quería que cuajase en él, consultándola.

—La máquina sufre mucho —dijo el maestro, desconceptuando esta ocasión del sufrimiento. Nuestra Hermana no puede llegar bien. Nunca ha sido llamada hasta hoy, y no está suficientemente *elevada*.

La frase hirió su pundonor resentido, resonó en su interior como un sarcasmo. Pensaba en la empinada jardinera con las argollas, donde se chamuscaban las flores. Recordaba ahora, como si le escociera la débil piel de una cicatriz olvidada con los años y rejuvenecida por el mal tiempo, la escena misma del penoso ascenso. En el silencio congelado de aquel minuto, junto a la pared y al claudicante esfuerzo del montacargas, el viejo edil de peluca roja —hoy también muerto— había dicho orgullosamente a su vecino: "Estos elevadores los hice instalar yo, la primera vez que estuve en la Junta".

Impulsado por tal recuerdo iba a renunciar, a aflojar

las manos de sus Hermanos y a irse, cuando la máquina empezó a decir:

—Veo un fondo oscuro, rodeado por un aro de oro. Y allí se está escribiendo algo. "Que no olvides lo que te he dejado en la tierra", transmitió lentamente, leyéndolo con dificultad. Que no te dejes envolver.

Hubo una pausa.

—Y ahora escribe que pidas, junto con estos Hermanos, elevación para ella.

—Los muertos sólo pueden exigirnos que los honremos cristianamente —decía el Padre Morán, arrellanándose en su sillón y apagando, con el balanceo de su cabeza, el crepúsculo de la garza. Que reverencemos su memoria con nuestros actos y con nuestra devoción a Dios. Porque no hay un culto de los muertos fuera del culto de Dios.

Dios es el maestro y el Padre Morán la máquina, pensaba Bonel. Pero ésta era una sesión mucho más placida, entre los almohadones, la palma, el cuadro de Amelia y el Cristo de marfil en el muro.

—Tú has sido un buen hijo —insistía el cura, recorriéndolo con sus ojos azules, que miraban sin penetración. La has respetado en vida, y año a año has hecho oficiar misas por su descanso eterno, desde que el Señor se la llevó. ¿Qué más puede pedirte ella en sus sueños, qué más puede pedirte Dios?

Y ahora el arrellanado era él: arrellanado en su bergère de tapiz de gobelinos y en la comfortable tranquilidad de su solvencia ante el Cielo.

—Es tu fórmula de siempre —atacó Reyes. El cirujano y también la homeopatía para las amígdalas de los chicos; el cura y también el espiritismo para tus problemas. Golpeando al corazón y a la cabeza, como dicen.

Ya estaba arrepentido de habérselo contado. Presentía las generalizaciones de la inteligencia, los falsos contrastes dialécticos y un mismo amaneramiento de la razón para explicarlo todo. *La gran elegía del burgués grosero* —estaría pensando Reyes, que trasponía todas sus observaciones a un plano sociológico, donde él mismo como sér-

pensante y los demás como sus objetos de experiencia funcionaban por tropismos, llenos de limitaciones *características* y del drama (ése nunca faltaba), del drama de la época— *la elegía del Gran Burgués grosero que se instala en la vida y toma el dinero para comprar su paz, para aniquilar sus malos recuerdos, para enderezar la memoria de sus torpezas más estúpidas*. Y después los retruécanos, *les mots cruels*. Por si ya no era bastante insoportable la forma en que Esther satirizaba el proyecto, llamándole *la última morada*, Reyes se había agenciado la abreviación distorsiva, su revulsivo lastimoso, propagando una enmienda, *la U. Morada*. Otra vez, aludiendo a la subasta de la casa materna, esa subasta que a Bonel le había quedado como un trauma, como un nudo del crecimiento, había dicho: “No hay mejor pañuelo para esas lágrimas que una bandera de remate”. ¿Por qué — pensaba ahora Bonel— se lo había perdonado tantas veces y por tanto tiempo? ¿Por qué y en nombre de quién?

Pero esta noche no parecía dispuesto a picotear en el carbunco del buey, a cebarse en la mansedumbre ajena.

—Sin salir de tu casa, dijo, ésta es la solución de la cordura. La encontré ayer y voy a leerla.

Tenía un libro de pasta española en la mano, y sólo lo dejaba de tanto en tanto, para volver a su vaso de whisky.

—“Buscar buen entierro y mala muerte —comenzó a recitar Reyes, con una unción equívoca, que amonestaba el posible efecto culterano del recurso— muchos lo hacen y todos lo yerran; morir santamente importa, estar magníficamente enterrado no. Solicitar la comodidad aliñada de sus gusanos y homenaje opulento para su corrupción o cenizas, locura prolija es, que pasa de la muerte; cuidar que el túmulo llegue al cielo y no la alma, más es descuido que cuidado. No defraudemos la agricultura de la muerte: semilla es nuestro cuerpo para la cosecha del postrero día”.

—*No hay más que decir*, exclamó con alborozo fingido. *¡Nobles y preciosísimas palabras!* Y Bonel advirtió —por el tono de la voz— que citaba para elogiar otra

cita, haciendo deliberadamente criptológicos el sentido de su admonición y la actitud con que la pronunciaba. Tomó el vaso de whisky e hizo una pausa, mientras miraba reuñentemente a Bonel, con ojos maliciosos. Pero él se resistía a preguntarle qué era, de quién era, por qué lo leía.

Reyes volvió a mirarlo, aunque comprendía que el juego ya estaba cerrado a las dos puntas, que ninguno de los dos arriesgaría un paso. Bonel apenas lo veía, desde la almohadilla del sillón en que reclinaba la cabeza, esperando de un insondable aburrimiento los ojos entornados.

Reyes dejó entonces que flotara o se perdiera entre ellos lo leído. Botella al mar, pensó mientras vertía el resto del abollado frasco color caramelo a su vaso nuevamente vacío. Lo estimó en el ademán de la mano, como si fuera a arrojarlo. También sopesó el libro en la otra, y Bonel admitió que era imposible descifrar el propósito, en aquella confluencia del truco mental ajeno y de su propia abotagada digestión.

El tapiz de gobelinos empezaba a trasmutarse lentamente, y Bonel no tardó en reconocer, sobre el flanco izquierdo del sillón, el antiguo y frecuentado paisaje. Las flores chamuscadas en lo alto, las dos argollas resplandecientes como aldabones, con un fulgor inútilmente presuntuoso, porque nadie las golpearía en el blanco recuadro que anunciaba a Ernesto Bonel, y Ernesto Bonel estaba consumadamente muerto. Lo veía al mismo tiempo, más allá del término en que el paisaje se curvaba en un cielo inflado, para seguir la vuelta del brazo del sillón. Lo veía, se veía durmiendo más atrás y fuera de escala, como ocurre a menudo en la desaforada lógica de los sueños, los sueños que incluyen y disciernen, bajo sus propios ojos caudales, al sér que los está secretando. Y ahora, por la arenisca del camino, tomados de la mano, avanzaban juntos el maestro y el Padre Morán. El Padre traía unas flores y las pasaba, con unas monedas, al hombrecillo de tez violácea y cabellos blancos, que subía a escape la escalera y las acomodaba en los jarrones. Se volvía de golpe, ya con los rasgos desvergonzados de Reyes, retándolos, desafiándolos, provocándolos en silencio. Aparecía en su mano el libro de pasta española, y luchando con

el viento del sur que hacía flamear las hojas salmodiaba: *Semilla es nuestro cuerpo para la cosecha del postrero día*. Abría entonces la otra mano para dejarles llover sobre su asombro las monedas recibidas, pero sólo se desprendía del gesto arrebatado un viejo polvo gris, un errabundo polen gris que los inundaba impalpablemente, como cenizas.

IV

En un principio, Esther había rehusado tomarse el menor interés directo en el asunto. "Jamás iré", había dicho, volviendo a su manía de la cremación. Pero luego los dos habían firmado la promesa, ya que la cesión era —de todos modos— ganancial. Y él mismo la había empujado a que interviniese, por aquel temor recurrente que le hacía buscar en ella, en cuanto asomaban las responsabilidades, el sostén que antes había hallado en la madre, la sustitución averiada pero forzosa de aquel apoyo.

Así era como Esther, invasoramente, se había adueñado de la iniciativa, había elegido —entre recomendaciones igualmente vagas— a uno de los arquitectos, había manejado negociaciones, regateos y planos.

Hoy mismo, en el estudio de Horacio Mario Greco, entre diseños heliográficos, cortes transversales, detalles de columnas, cálculos de resistencia, sentados los tres en los taburetes, ante las tablas que estaqueaban el antiguo sueño, ella hablaba y disponía, echado sobre la nuca el redondo sombrero de castor, fumando —inopinadamente para Bonel— a instancias del arquitecto.

—Lo primero, por supuesto, es demoler la bóveda desfondada que hay ahora. Es inservible, pero ustedes ya sabían que sólo compraban el terreno, dijo Greco.

—Por lo menos —pensó Bonel— ése es un trabajo que ella no va a disputarme. La vieja cueva estaba parcialmente inundada, rajada de lado a lado, con su lápida desquiciada y hundida, como si le hubiesen bailado encima.

Pero Greco sí lo dispondría. Era la imagen de la suficiencia, de una suficiencia simple, saludable, deportiva. Alto, delgado, ancho de hombros y angosto de cintura, respiraba un vigor descuidado e indócil en cuanto hacía, en el menor movimiento de su cuerpo. Bonel lo veía inclinarse ahora sobre el plano, el cigarrillo en una de las comisuras, los ojos pardos fruncidos bajo la espiral del humo. Tenía un perfil acarnerado y una frente lobulosa, con la voluta de un cerquillo crespo y corto, que daba al rostro entero una condición cruel, ascética, monacal ("usa flequillo como los maricas o el David", había dicho Reyes, proponiendo una alternativa indiferente). Desde su inabandonable sentido del propio ridículo, Bonel no podía dejar de admirarlo, de profesarle la admiración suntuaria que puede sentirse por un lebré o por un caballo. Con el pañuelo de lunares atado al cuello, el chaleco escocés con los colores de St. Andrew, el saco de tweed verdoso, de grandes bolsillos aplicados (y bastos respuntes de color amarillo), con las medias de damero y los mocasines de hebilla, era increíble que no fuese un cretino, era increíble que no perdiera esa pujanza fundamental de la naturaleza y de la juventud, que alentaba en todos sus actos. Era realmente "un tipo moderno", como decía Esther con un dejo de entusiasmo resentido, un acento en cuyo fondo se adivinaba la frustración, la impresentabilidad, la prematura vejez de obesidad a que se había apareado, todo eso que se llamaba —para ella— Ernesto Bonel.

Y el claro *atelier* lo inscribía sin violencia, lo apuntaba desde todos los ángulos. El piso era de caucho, de grandes panes jaspeados en gris y azul; junto a la pared opuesta a los ventanales y a los caballetes, un pequeño bar de cedro con tres bancos ochavaba un rincón. Por encima del mostrador, suspendidos de un cordaje marino, flameaban banderines de universidades y de clubes, del rojo al blanco y al verde. Detrás de éstos, en el bastidor de arpillera que enmarcaba el bar, tachonándolo en desorden, lucían abigarradamente las más dispares cajillas de fósforos, con leyendas de hoteles europeos, de termas,

de transatlánticos. Sobre el mismo lado aunque en otro panel, separada del bar por la abertura sin puerta, por la simple cortina azul pesada que introducía al resto ignorado del apartamento, corría una estantería excedida por cientos de libros colocados en profusión, que llenaban todos sus intersticios. Y en la pared lateral que avanzaba hacia los vitrales del frente, colgaban "La mujer en blanco" de Picasso y "Los jugadores de cartas" de Cézanne, en dos reproducciones americanas.

—El proyecto me gusta mucho, estaba diciendo Esther. Pero hay algo que quiero proponerle. Los letreros. En vez de decir sólo "Bonel", al frente, creo que debe decir "Bonel" y "Reyes", un nombre a cada lado, al pie de la cruz. Son cinco y cinco letras, queda bien.

—Yo sólo le había indicado que pusiese Bonel, me parece bastante —dijo Ernesto, con un disgusto apenas contenido.

—Bonel Reyes —repuso la mujer— se llaman nuestros hijos, y lo que nosotros hacemos hoy mañana será de ellos.

Como una oleada, sintió subir en él la eterna, la torpe impotencia. Cuando de niño le hacían unos anchos pantalones tubulares que le rozaban las corvas, para recatar las rodillas deformes, miraba con enconado repudio las rodillas desnudas de los demás. Ahora, cuando Esther extraía de la mezquindad estas razones irrefutables, asistía con la misma indefensión vergonzosa a la desvergüenza ajena, se rendía a la vieja indolencia culpable que sólo en un instante de estupidez había querido violar.

Veía ya aquellos dos nombres trazados a lo ancho del basamento con cinco y cinco letras, y empezaba a comprender que su santuario estaba prostituido, que habían viciado el aura de sus mejores sentimientos, que en la cepa de cualquier ambición suya estaría siempre la cobardía, esa cobardía que lo hacía ceder aplastándose, como una gallina, al coito de las ambiciones de los demás.

"Los letreros". Los nombres, las tradiciones de familia, la cara restante de los difuntos eran para ella letreros; anuncios de la vanidad, banderas.

Pero Esther ya lo había suprimido y estaba en otro tema, del que Greco hablaba con una cortesía docente, con un sentido de patrocinio equívoco, casi cariñoso.

—¿No ha visto la cabra dibujada con tizas de colores, que publicaron en Paris Match? ¿Y la cabeza de mono hecha en bronce, que copia la careta, los faros y los guardabarros de un Dyna Panhard?

Picasso era *grande*, decía Esther. ¿Cuándo lo había sabido, de dónde había tomado esos nombres —Dalí, Klee, Rouault— que devolvía a la conversación para que el otro se le echase encima, y ella fuese ganando algo más que la desatinada memoria con que los mezclaba y confundía?

¿Para esto, para hablar de Kandinsky, había llegado él, a través de tantos días y de tanta paciencia, hasta esta tarde y hasta aquí?

En el camino estaban los procuradores, el cohecho, los funcionarios municipales, las reducciones y el abogado. Cuando hubo concluido el negocio, y a cuenta de acreditarse la razón de lo que había pagado, se creyó en el caso de referir al abogado el plan de lo que pensaba hacer. El otro se demoraba escuchándolo, no tenía tal vez en toda la jornada otro cliente a quien venderle su tiempo.

—Cuidado con la elocuencia funeraria —le previno echándose atrás en su sillón giratorio, recostando en la pared la congestiva y calva cabeza, cuando Bonel hubo terminado con la cargazón, con el prejuicio de lo sig-ni-fi-ca-ti-vo. En el Cementerio Central está la tumba de mi profesor de Romano; es un hermoso panteón de mármol negro (decía "un hermoso panteón de mármol negro" como hubiera podido decir "un espléndido jaguar", con la misma entonación vital, panteísta; acaso —se figuró Bonel— concebía a los panteones como lujosos rebaños de animales echados). Casi enteramente sobrio. Pero en una de las esquinas hay un libro de bronce, empinado y abierto, y en una de sus hojas se lee "Suum quique tribuere", con unas letras enormes. ¿Y sabe lo que quiere decir? —agregaba, disfrutando previamente de aquella ignorancia que le daba la ocasión de expli-

carlo. Quiere decir que cada uno paga lo suyo, es un principio de los que él nos enseñaba. Lo he retenido siempre porque en la mesa del café lo decíamos, cuando cada uno pagaba lo que había consumido. El escultor, digo yo, ¿le cantaba Suum quique tribuere al muerto en nombre de la Muerte o a los herederos en nombre de su trabajo? ¡Vaya a saberlo!

Ella estaba "encantada", como solía vociferarlo. Greco había abierto ahora un álbum de tapas de lino, y la ase-
diaba recitando frases sobre Gauguin, y el retorno a lo primitivo, a la tierra, a la naturaleza y al hombre.

—Durante cincuenta años los jardineros producen dalias dobles —decía—, hasta que un buen día vuelven a las dalias simples.

Aquella conversación lo excluía, como lo excluían sus propios sueños y los sueños de los demás, como lo excluían su dinero y el recuerdo de su madre.

Se había acercado a la pared a mirar a Picasso, a ver cómo se chamuscaba en lo alto, en la confiada redondez de sus rasgos, la mujer en blanco. Se dio vuelta y los vio, inclinados sobre el álbum: Greco estaba diciendo "El oro de sus cuerpos" y el corto vellón rubio de su frente rozaba casi la mejilla de Esther. Bonel sintió que no tenía coraje para encarar aquella rápida comunión de los snobs, y tomó de la mesita que tenía a su lado un libro cualquiera. Lo abrió y leyó el trozo subrayado en lápiz rojo: "El artista segrega nostalgia alrededor de su vida, como los gusanos estucan sus túneles, las orugas tejen sus capullos o las golondrinas mastican sus nidos". Y el cornudo segrega nostalgia alrededor del fracaso, parodió. Ésa es mi fórmula. El único recurso era volverse hacia atrás, como el monigote del buen tiempo en los días de lluvia; volverse a la matriz oscura de donde hemos salido, al ciego calor animal de los orígenes, cuando nada nos pedía que abriésemos los ojos y estábamos dentro del sér que verdaderamente nos amaba.

Contra lo que Bonel creía, ella era capaz de imaginarse que algo podría haber sido diferente de lo que fue. Tenía el libro sobre la falda y dentro de él iba escribiendo la carta. Un libro era el mejor sitio para esconder algo que se temiera que pudiese llegar a manos de él.

"Señor —puso— estoy casada hace diez años con un hombre a quien nunca quise".

Ciomario no podía aprobar la solución del consultorio sentimental, era la baja estirpe de cursilería que lo habría escandalizado. Pero él mismo le había enseñado que cada uno puede extraer un sabor de intimidad de sus inconsecuencias, así fuera la de tener una cama de bronce con perillas y el "Sí" de Rudyard Kipling a la cabecera, como él tenía. Cual si acariciase el pomo de una espada antes de empuñarla para una batalla, él oprimía y hacía girar esas perillas, mientras le preguntaba sin aplomo:

—¿Qué te parece?

No había sabido qué contestarle de pronto, porque la pesada cortina de felpa azul separaba dos mundos distintos, y en este otro el mismo Horacio cambiaba de nombre y de vestimenta, llevaba puesto un viejo saco de alamares, color habano, levemente raído en los codos, que le desarmaba los hombros y le daba un aire trémulo e inconstante, una apariencia de convalesciente que era aun más provocativa que la imagen de su salud.

—Me parece muy bien, había dicho por fin, con una sencillez inafectada.

La mesa de luz era también anacrónica, con su repisa de mármol vetado y las asas labradas brillando sordamente en la caoba. Encima de ella, un trípico con guardaciones de pana azul encerraba tres poemas impresos en letra muy menuda, en forma de ojivas.

—¿Qué es esto?, había preguntado Esther.

—Tres poemas de I fioretti, de San Francisco. Il Poverello, había añadido, como si el solo apodo difundiera la conmiseración; pero ella no había podido comprenderlo, y tampoco se había animado a insistir.

En la otra mesa de luz, más distante de la cama, se apilaban revueltamente más libros, y en el angosto pretil que ellos dejaban convivían tres pipas y una navaja. Sobre ese desorden se abría un recuadro negro, rígido, sobrenadado por una mancha lechosa, de incertidumbre fantasmal.

—¿Y aquello?, dijo apuntando con el dedo.

—Mi radiografía de cráneo, dijo Ciomario, sin desear la sorpresa. Cuando me estrellé con la moto, la calavera se me agrietó y la tuve enyesada por un tiempo. Al sacarme el yeso, me tomaron esta placa de perfil. Iba a tirarla cuando me la dieron, pero pensé que ése es nuestro retrato de futuro, el que nos llama a ser humildes hasta en la hora de la locura, y la colgué ahí. Si te molesta la bajo.

Ella se rió, negándolo. Pero la mancha flotó también sobre la hora de su locura, sobre la desguarnecida hora del adulterio. Él era un triste, después de todo, y acaso todos los hombres lo eran. ¿Es forzoso que devuelvan una oquedad reseca a quien se lanza sobre ellos para exprimirse, para exprimirlos, para exprimir en ambos la ocasión? Lo veía yacer en el empañado fulgor de las perillas de bronce, devastado bajo ese palio sucio. Ya no era el tipo moderno ni el David ni nadie; pero lo amaba porque era él y porque la había ayudado a rejuvenecerse.

Oyó las pisadas de Bonel y cerró el libro. Él entró deshaciéndose la corbata, todavía con el sombrero puesto.

—Me encontré con Elenita en la calle, dijo. Está enojada contigo, porque sabe que la semana pasada, en el aniversario de tus padres, le dijiste una grosería, para no dejarla intervenir en el arreglo del panteón. Dice que le gritaste por teléfono que si los padres eran de las dos, el panteón era sólo tuyo y que tú lo arreglabas. No tuviste razón.

—¿Y qué querías que le dijese? —repuso, con la acritud de haber sido interrumpida. ¿Preferirías que la hubiera dejado que fuese a llenar de gladiolos y cartuchos las letras de los nombres y las argollas, como hizo la última vez?

Él estaba por acreditarle un principio de despojado buen gusto, cuando ella agregó:

—¿Cómo se ve que no es ella la que tiene que ir después a fregar los bronce!

La recordaba el día en que fue al cementerio vestida de pantalones, para poder bajar a la bóveda y disponer a un lado a sus parientes y al otro a los de Bonel, de modo que las "promiscuidades anacrónicas" fueran materialmente más suaves. Así creía ella que arreglaba el problema, los perpetuos lechos humanos, la eternidad desapacible de aquellas "dos alas". Tampoco iba a rezar a aquel sitio, cuando se le veía inclinada sobre la lápida. Tenía un tarrito de emulsión en la mano y fregaba los bronce, los bronce que le daban ese derecho de apropiarse a sus muertos.

—¿Puedo bañarme?, cortó él, porque era inútil discutirle. ¿No te importa que el baño ya esté repasado?

"Señor" —releyó cuando él hubo desaparecido. "Estoy casada hace diez años con un hombre a quien nunca quise".

Pensó en suprimir la palabra "Señor", aquella invocación excesiva al encargado del consultorio, que daba a todo el período el acento de una súplica, de una yermografía por nuestras infelicidades confesadas. ¿Qué pondría en su sitio?

Corrió el papel y leyó en el libro el fragmento que tantas veces sus ojos habían recorrido. "De esa manera apartó a su madre, saltando, bailando y triscando fantásticamente entre los túmulos del cementerio, como quien nada tiene de común con la generación desaparecida y enterrada, ni se siente emparentada con ella. Parecía un sér hecho con elementos nuevos y a quien todo debiera serle permitido, que quisiera vivir su propia vida y constituir su propia ley, sin que sus excentricidades pudieran ser consideradas faltas".

¿Por qué —pensó— Ciomario había insistido en que leyera este libro tan cruel, en que la adúltera lleva la letra que anuncia su infamia, bordada o cosida sobre sus vestiduras? No podía pensar en el mero sadismo, pero sí en el cansancio.

La imagen de la A en el pecho de la mujer, le dio la clave de la otra letra. Era la teoría de Ciomario, su teoría del Amorequis.

—Las líneas que marcan la pasión del hombre y de la mujer por poseerse uno al otro son líneas cruzadas, había dicho él. Trazan una equis. Cuando se acuestan por primera vez, ya la línea del hombre viene cayendo, con relación a un deseo más intenso que tuvo la semana anterior, en un momento cualquiera de un día en que aun era imposible. La línea de la mujer, en cambio, recién va subiendo; y se entrega para seguir subiendo. Ésa es la intersección. Con el tiempo, las líneas van abriéndose cada vez más. El hombre baja y baja, la mujer sube y sube. Pero la letra tiene una proporción, la mitad de- recha no puede ser tanto mayor que la izquierda.

Ésa era la teoría del Amorequis y no, como ella había creído a la simple mención de la letra, una alusión al enigma carnal de las posesiones. Era algo más egoísta, más idiota y más crudo.

—Y ahora —pensaba— ¿él no tendría una equis enorme que le abrasara el pecho y lo hartara de ella, una equis de lado a lado, como en un buzo de deportes?

Se habían prometido no mentirse el aburrimiento, pero la clandestinidad era un vínculo tan fuerte como el matrimonio, y más encenagado y cobarde. Al cabo de un tiempo, ella seguía precisándolo acerbamente, pero el tríptico de Il Poverello y el café de bola hecho en el matraz para retener la despedida, la estaban royendo con algo peor que la sensación de rutina, con una vergüenza crasa del cuerpo y de la entrega, con la desolada certeza de que ya se habían tomado uno al otro, hasta el fondo insocorrible de sus seres, el olor físico y el pulso hastiado. Si algo no los obligaba por encima del placer cada vez más mecánico, más rápidamente consumido y más desmantelado de razones, tenía que existir por lo menos esa cobardía, para que aquello fuera estar casada dos veces, imposibilitada dos veces de decir que no.

“Tengo —volvió a escribir— dos hijos pupilos en un colegio, pero ellos nunca han necesitado de mí ni han llenado el vacío que hasta hace muy poco era mi

vida”. Estaba hincada ante el locutorio, pero tenía la suerte de confiar a una penumbra más segura su identidad y su cara, la propia repulsión íntima de estarse desvistiendo para exponerse al cilicio o echarse entre las sábanas.

VI

Bonel tenía la revista doblada ante sí, con una esquina entorchada por cruces de tinta.

“A Hester Prynne —volvió a leer. Me dice usted que nunca quiso a su marido y que quiere, en cambio, a un hombre que entró en su vida por un motivo de relación profesional (¿su médico, quizás?). Sus dos hijos no precisan de usted, ni aparentemente usted de ellos. Me pregunta qué debe hacer: si le dice todo a su marido y se va, o si cancela esa situación amorosa, de la que sospecha que su amigo está cansado. Mi respuesta es una: sea honesta y leal con usted misma, sea auténtica. Siga lo que sea su impulso interior”.

Y luego, escrito a máquina en el margen de la revista: “Y usted, Ernesto, ¿no tiene nada que declarar?”

No quería dejarse aturdir por la revelación, una revelación a medias después de todo, por lo que su instinto —sí, su instinto de buey, aunque sólo fuese su instinto de buey— ya le dijera, y por lo que la misma consulta escamoteaba. “Situación amorosa”, ¿podría saberse exactamente qué era?

Sólo él, sólo Greco —con el pelo cortito y las quijadas enflaquecidas— se presentaba como el corresponsal de la noticia y el autor del anónimo agregado a máquina; sólo de él podía esperarse esa solución remisiva, esa forma de desnucar el caso.

“¿Su médico, quizás?” Abominaba de esa gente ávida de saquear lo ajeno, de saberlo bajo excusa profesional: el sadismo de los consultorios sentimentales, la puerca comezón de los médicos, de los abogados y de los confesores para inquirirlo todo con un aire martirizado y

bebérselo con los ojos entrecerrados, en la mentida displicencia de un acto de oficio. Conocía esos consultores de los diarios, conocía a un hombre a quien se le había suicidado un hijo y resolvía las tribulaciones de los demás, a una mujer picada de viruelas que hacía predicciones grafológicas y fallaba acerca del amor; toda esa humanidad que no tiene cara para hacerse creer, pero sin embargo dice (y es creída cuando dice) "Siga lo que sea su impulso interior", "Tenga el coraje de su verdad interior", simulando que los pobres diablos que acuden a su miseria conocen ese impulso y esa verdad, cuando lo que están pidiendo es que los ayuden a descubrirlos.

"Hester Prynne". ¿Por qué Prynne, qué clase de anagrama era ése? Trabajaba con encarnizamiento (para provocarse la fatiga) en la cantera de los detalles, de las escapatorias, de los pretextos; eran su flojo fatalismo, su ominoso miedo esencial, la penosa inercia de sentimientos los que estaban trabajando por él, los que querían desembarazarlo del compromiso de enfrentarse al asunto.

Pero, ¿no la había engañado él antes, monstruosamente, con el amor privativo de su madre, con aquella desorbitada devoción punitiva que lo había auxiliado a destiempo, que redoblaba desde que Esther había aparecido, que cundía hacia su mujer para sofocarla, para asumir el primer papel del reparto, aun con violencia del candor de lo verosímil, como ocurre en el teatro cuando una vieja diva ridiculiza a sus actrices jóvenes, si bien al precio de ajarse también ella?

Cuando estaba en cama y le pedía "el cuento triste", él era el Federico de "Sangre romana" y su madre era la abuela, su madre salía de su madre para que él muriese apuñaleado por su causa. Ahora ella volvía a su sueño otoñal y él sonreía apuñaleado; los dos habían ganado su descanso, el purgatorio filial había concluido.

Su padre casi no había existido. Su misma muerte fue una elipsis de la que sólo el tiempo le dio el contenido. Pasó varios días fuera de su casa, en el campo —jugando de sol a sol con los primos— y no lo halló

al volver, ni se le habló de él por largo tiempo. No sabía entonces qué era la muerte, pero su retracción automática consistía en no preguntar acerca de una sospecha que nadie removía en su ánimo. Tenía de él un vago recuerdo incidental: la rueda giratoria del Parque Rodó y los dos sentados juntos, las letras rojas leídas del revés, que guiñaban el anuncio más bajo de "El Ciclón", y la musiquita al pie, una musiquita persistente, opaca, rasgada a intervalos por los rabiosos rieles de "El látigo", una musiquita que su padre le había anunciado que duraría tanto como las vueltas de la rueda, mientras ella daba sus giros lentamente, subiendo entre el cielo y la cercanía del mar como por el hueco de una mano, a medida que se desvanecía el horror de aquel contorno de falso matadero, y estaba más distante "El Ciclón" con su anuncio y sus cortinitas rojas que agitaba el paso del tren, y se achataba más el quiosco en que el hombre cortaba en dos a la mujer y hacía gotear la sangre del alfanje, y luego presentaba a la mujer indemne y allegaba la palangana llena de pintura roja y abría con el alfanje la hendidura de la madera del cepo, por donde aquel humor había manado. Ése era el recuerdo de su padre, la angustia de que el hombre barbudo y maquinal que asistía los movimientos de la rueda pudiera dejarlos suspensos en lo alto, indefinidamente, y la hemorragia nasal, en que alguien había chispeado unas gotas sobre el ala del sombrero del padre, los anegase a ambos, y la madre ya no supiese si esperarlos abajo o venir corriendo hacia ellos.

Su madre, en cambio, existía carnalmente: ella era Europa y los lugares que podían volverse a encontrar, era el *Corazón* y las páginas que podían volverse a leer, era el marchito cuaderno de las composiciones escolares y todos los rincones de la memoria.

Que te dejen en paz —parecía decirle desde la sede de esos recuerdos—, *que te dejen en paz, hijo mío.*

Hay una clase de imaginación que sólo sirve para vengarse de la realidad, que tiene ese carácter de oprobioso desquite. Él la había padecido desde niño, y la madre —acodada a su alma, como nunca nadie lo había

estado— había combatido contra ella, había pretendido destruirla para que en su nicho vacío crecieran otras apertencias. Cuando había escrito la composición "El Río", su madre había hablado con los maestros, y su aflicción no había sido entendida. En El Río, Bonel se retrataba a caballo, yendo hacia una barranca que dominaba el curso de la corriente. Desde allí veía agitarse a otros niños, que empujaban una canoa hacia el agua. Habría querido lanzarse a su encuentro, participar de la fatiga y su premio. Pero no lo habrían admitido (¿porque era muy gordo, porque era un extraño?) y ante ese pensamiento se quedaba mirándolos, deshecho en llanto. "Ah, sollozaba —así había escrito— si pudiese haber ido con ellos sería feliz". Hasta que de pronto, cuando el clima de su infelicidad había alcanzado una tensión agobiadora, cuando le estaba ofreciendo una implacable plenitud de castración —la misma que avanzaría sobre sus años siguientes—, la canoa había girado, envuelta en un gran remolino, y los chicos, gritando y burbujeando entre las aguas, se habían ahogado. La moraleja, la incoherente moraleja aludía a la felicidad contrariada de unos minutos antes, como el único precio posible para seguir estando vivo.

Y ese río había seguido fluyendo secretamente alrededor de él, segregando la terca nostalgia que rodeaba a sus frustraciones; él había querido entorpecer las fuentes de esa nostalgia, había construido el santuario como si en él pudiese apresarla, había erigido a una condición esquiva de su propia paz, expoliada en los otros, *la última morada*, se agasajaba a sí mismo en la piedad que vertían sus entrañas, porque todo él, torpe y vacilante y rollizo, era un atado de piedad, era una gran plegaria cobarde en cuyo centro se atrodillaba por sí mismo, lleno de auto-conmiseración y de lascivia.

¿Y si se diese a un último y verdadero acto de piedad, si ocupase su propio sitio en el mausoleo que se había consagrado por delegación en los otros, si se pegase un tiro? Se vio flotando en el río en su propia canoa, no en esas Canoas de los otros que eran los pocos ataúdes

sobre los que en su vida había llorado. ¿Si fuese descaradamente él la causa opresiva de sus compungimientos, si la puerta que dudase en abrir y que le cosquilleara su miedo, como una emanación directa de su cuerpo devuelta desde afuera a la palma de su mano, franquease el paso hacia donde él mismo hubiera muerto, y donde el aire estuviese lóbrego de su propia presencia? Sentía grandes oleadas de un orgullo confuso, la inminencia del acto capital, la misma oscura causa de orgullo de la noche de bodas y del espasmo ya próximo.

Pero no: su posteridad iba a perder la pista de esa tradición en que él era el hijo y su madre, el oficiante y su dios, la muerte y el deudo. Apareció ante sus ojos, como si la revista del consultorio sentimental la hubiera publicado, una participación fúnebre que encabezaban "Su esposa, Hester Prynne, su arquitecto, Horacio Greco", y donde lo anunciaban enterrado en otro sitio, o tal vez cremado y puestas en un sobre sus cenizas. Él tenía que seguirse, que rescatar a su propia mujer para hundirla en él como en un fondo ciego, para alimentar ese fuego en que él ardía gracias a la consunción de los otros.

La gran elegía, la elegía del burgués impío que no ha reverenciado a nadie a tiempo y quiere comprar la paz y bajar los brazos y decir "basta", decirlo hoy porque está mortalmente cansado y no ayer cuando no era todavía su momento. Y decir basta y basta y basta y ser obedecido.

Apíadate de ti —le decía la madre, viniendo en comisión sobre su imagen más árida. *Haz que te dejen tranquilo y déjate tranquilo, compra de algún modo el sosiego en ti y en los demás.*

Sintió que su mujer volvía de la calle. ¿Había ido a ver a Horacio, a preguntarle cuál era entrañablemente su impulso, a acoplarse con él para indagarlo en el tirón del placer y después en el asco?

La vio echarse atrás el sombrero de fieltro, como el primer día de la visita a Greco; tenía los labios vueltos a pintar y unos ojos cansados.

No pensó, en su avasalladora confianza, que tuviese que ocultar la revista.

—He tomado una resolución que te deja pocos días de preparativos, le dijo. A principios de mes nos vamos a Europa.

Esther se quedó petrificada, en el acto de esponjarse el pelo.

Bonel, feroz en la ventaja de su iniciativa, se tendió posesivamente hacia ella, con una mirada intensa y sin réplica, esperando que ella le rebotase su impulso interior, el famoso impulso de la verdad interior. Pero sólo pudo descubrir en su cara un escozor de oscuro agradecimiento y la paz que había resuelto arrancarle.

EL LAZO EN LA ALDABA

Todo el mundo había salido a la calle para las compras de Nochebuena, y a media mañana Dieciocho y Río Negro hervía de gente y empujones. Fue por eso que Joaquín la tomó del brazo, delicadamente, como a la vieja y raída impedimenta que tras años bravíos y suntuosos había llegado a ser, y la llevó casi hasta San José.

—¿Quiere que vayamos a tomar algo fresco, tía?, dijo, porque el calor seco vibraba en la radiosa mañana y la reverberación del pavimento se filtraba por los intersticios de la gran figura adiposa, puesta en jarras y respirando afanosamente su fatiga.

—No, contestó ella. Quedémonos un minuto aquí, a la sombra, mientras descanso un poco, y te dejo seguir. Hoy es un día en que todo el mundo anda corriendo.

La miró entonces casi ponderativamente. Se la creería mucho más vieja que Madre, aunque era varios años menor; ocho o diez, por lo menos. Estaba arruinada y deruida; se daba el lujo paradójal de verse a un tiempo flácida y edematosa, de ser enorme y parecer consumida. Tenía el ojo izquierdo semicerrado, como oprimido desde arriba por una fuerza instalada en uno de los lóbulos frontales, y la ceja izquierda se alzaba compensatoriamente, para una inquisición a destiempo, que no rimaba con las palabras; porque ella había vivido de prisa, había dilapidado lo suyo y en última esencia ya no preguntaba.

—Tengo que decirte que estoy muy conforme —exclamaba ahora, con un dejo de la antigua y famosa coquetería. Los médicos no quieren decírmelo, pero yo sé

que tengo un tumor en la cabeza. Ya no veo más que con un ojo. De todos modos, sabrás que a mis hijas no les impresiona nada. Cecilia ha catequizado a Clarita y se la ha llevado a vivir con ella; y Alberto está en Buenos Aires, pero es como si estuviera en la China. Ya ni me escribe. A propósito... —dijo volublemente; en esa obstinación errática se daba una pausa para sonreír, desafinando con lo que barbotaba, y esa sonrisa mar Tirizante, alentada por un solo párpado, hacía sin embargo que aleteara instantánea y perdidamente un resto de la pasada gracia... — ¿No tienes un amigo abogado? Tengo que hacer una consulta sobre pensiones y no puedo pagarla. ¡Ni hablar de pagarla! Cecilia ha convencido a Clarita de que, como es menor, tiene derecho a la mitad de la pensión que me dejó Miguel. Y dicen que si no se la cedo a las buenas, van a pedírmela judicialmente. ¡Te das cuenta! A veces pienso qué habría dicho el pobre Miguel, si viera todo esto.

Habría dicho, con toda razón, que ella tenía el vestido puesto del revés, con las costuras para afuera. Era un vestido que quizás había sido hermoso y ahora era tan sólo anacrónico. ¡El pobre Miguel! "Entre él, de guerrera desteñida y alpargatas, tomando mate debajo del naranjo, y el gallo inglés picoteando alrededor de sus pies, el dueño de casa parecía el gallo", le gustaba repetir a su madre. Y ese traje con las costuras para afuera —se sorprendió pensando Joaquín, con una suave modestia de la imaginación— es el dorso de las cosas, que le devuelve la vejez; lo único que le queda.

—Tú seguirás siendo un poco poeta. Hay gente que lee lo que escribes, y dice que está bien. Yo no leo hace mucho; ni podría ni tengo ganas. Y tu madre podrá decirte cuánto leía de chica.

Pero entre esos años de la lectura y éstos de la ruina estaba, tendida como un perro innumbrable, la vida. Y Tía —que se llamaba sabrosamente Amanda— no había visto durante todo ese tiempo para nada a Madre, que era flaca, apergaminada y virtuosa, y sólo se llamaba Luisa.

—¡Pensar que tu madre me tenía en las rodillas y no nos visitamos hace tantos años! Al verte se me ocurrió una cosa graciosa —dijo, y regresó furtivamente el rictus apodado sonrisa. ¿Cómo de tu madre, tan frágil y de huesos tan chiquitos, pudo salir un jastial como tú? Menos mal que escribes, y en eso te le pareces, aunque ella no escribiera.

Es medio tocame un schottish, decía Madre con una cómica indulgencia, para poder perdonarla; era seguramente a estos despropósitos llenos de una vaga, aristocrática y arrumbada simpatía de niña, mujer y vieja consentidas a los que quería aludir y envolver en la frase. "Y alguna de sus tilinguerías fue trágica, como la de casarse con ese mediocre... o sus galones".

—¿Y qué es de tu madre?, estaba preguntando. ¿Sigue viviendo en la quinta o la vendieron? ¡A qué te regaló a tí la biblioteca de Papá? ¿O prefiere a la mujercita?... ¿Cómo es que se llama?

—Herminia, dijo Joaquín.

—El nombre de Mamá, es claro. Pero yo estoy tan insensibilizada, como estamos todos los viejos, que ahora me parece un nombre horrible, y no dejaría que se lo pusieran a nadie. ¡Herminia! Mamá no se parecía a la idea de ese nombre. ¿Cómo Luisa, que es tan inteligente, no se dio cuenta?

Es imposible contestarle lo de la biblioteca de Abuelo ni nada, pensó Joaquín. Siempre salta a otra cosa, y en realidad no precisa las respuestas.

—Pero tu madre fue siempre tan seria, y se sintió siempre tan comprometida por las cosas, así fuera por el nombre sacramental de los mayores...

Esto ya era un poco de cordial difamación, aunque no había derecho a reconvenirla. También acerca de Amanda se habían aventurado conjeturas inverificables, y la muerte prematura de Miguel la había fijado, para los otros, sobre la imagen delicuescente y mortal del adulterio como a la mariposa de la caja de insectos sobre la decoloración del papel y el polvo molido de las alas. ¿Y acaso lo sabían con tanta ferocidad como lo decían,

y aun con tanta ferocidad como desde hacía años lo callaban, amontonando alrededor de su nombre un silencio ilevantable?

—Tendría que ir a ver a Luisa. Pero me parece que no tengo derecho a darle la lata con mis miserias. Con las solas miserias que se me asoman a la cara —corrigió casi alegremente. Tu madre es una de esas personas tan rígidas, que cuando uno no la ha visto por un tiempo la detiene desde lejos con su reproche. Sí, aunque sólo sea con el reproche de una mirada.

Un reflejo de luz, rebotado por la vidriera, a espaldas de Joaquín, hizo destellar una gota de acuosa destilación (sería tramposo llamarle lágrima) en el la-criminal del ojo semicerrado.

—Además, tendría que ir en taxi, y realmente no puedo. Hoy mismo he caminado doce cuadras, por no tomar un tranvía.

Ya no hay tranvías en Montevideo, pero ella seguía bautizando así los viajes que no hacía.

—Tía, dijo Joaquín, en un acceso de generosidad que tenía la urgencia de expeler, para que no se le aposentara en la boca. Tome y tenga —y le abrió la arrugada cartera, poniéndole un billete de diez pesos. Hoy tiene que llevarle algo a los nietos. Hágame ese gusto.

—Tú eres muy bueno —prorrumpió ella rumbosamente, como si pasara por alto, con magnanimidad, un rastacuerismo ajeno, una vez que había discernido en él la buena intención. El poeta que dicen, insistió. Pero quién sabe si me animo a verlos. Cecilia no ha hablado bien de mí delante de ellos, y me miran con extrañeza, o por lo menos me tratan con un gran desapego. Una está a veces de sobra en el mundo, sobre todo si el tumor que tiene sentado en la cabeza no se apura por nada. Y ése es mi caso, querido.

Habría sido preferible que sonriera otra vez, pero había inventado súbitamente algo distinto y, con un ademán imprevisible y dadivoso, había subido la mano izquierda desde el cierre de la cartera y estaba cacheteándole suave, repetida y aduladoramente una mejilla.

“Esta cargazón es el mal gusto de Víctor, que domina en la casa”, pensó al ver la corona con la hoja de muérdago y la campanita de níquel en el panel más alto de la puerta, el lazo de cinta roja en la aldaba circular de bronce que brillaba en el segundo panel. Con toda vulgaridad, como si la aldaba fuera la órbita, Víctor había puesto en el centro del círculo una mirilla óptica, que era la marca de su espíritu precavido. Mirar antes de abrir, ése sería su lema. Era triste, pero Cecilia se había ido plegando a aquel estilo de porfiada y opaca medianía. En otra época le habrían parecido cursis aquella lazada gorda y floja y esta coronita peluda; ahora tal vez había renunciado a pensar qué le parecían, las había incorporado a la vida como se incorporan la batería de cocina y el cepillo de dientes, sin esperar de ellos belleza ni pedírsela. Se adivinaba la paciencia inánime de Víctor en el trabajo de abrir las dos puntas de la lazada, clavándolas a la madera con escondidos alfileres, para que la mirilla quedase despejada. El ojo del amo no se entorna en Navidad. Cuando al segundo timbrazo se abrió la puerta y la campanilla de níquel osciló sin sonido, el tieso delantal y el halo casi beatífico de una tiara le adelantaron la solidez burguesa de la casa. Tuvo entonces el presentimiento de que el muérdago y la cinta y la mirilla anunciaban una ordalía inconclusa, el curioso retablo al que Joaquín había sido tan ciegamente familista para inducirla y en el que ella había sido lo bastante tonta para empeñarse.

Cecilia estaba de pie sobre una banqueta, arreglando las guirnaldas que corrían, a modo de vertientes, por la rama de pino plantada en una lata —el tronco circuido de arena, el pie ampollado en papel de pandorga— y las agujitas de vidrio que petrificaban el rocío o el deshielo y la débil circulación arterial del sistema de luces. Estaba de pie y se volvió apenas.

—Mamá, dijo sin entusiasmo. Tú por aquí.

—Yo por aquí, contestó agresivamente, pero sintiendo ya la inutilidad del envoltorio que traía en la mano, como presea de reconciliaciones. Yo con mi saludo de Nochebuena.

—Los chicos no están —dijo Cecilia, y el sentido de la frase era inequívoco: se trataba de expedir rápidamente ese saludo y esos obsequios, de expedirlos con ellos. Se han ido con Víctor a comprar unas chucherías más para el árbol. Porque siempre quieren ver algún colgajo que no sea del año pasado. Ya sabes cómo son los chicos.

No decía "ya sabes cómo éramos también nosotros", no aludía a ningún chico con enternecimiento y recuerdo particulares, no mencionaba ninguna experiencia entrañable, ni siquiera la propia como madre. Era otra vez Víctor, envolviendo cuidadosamente los chirimbolos de cada árbol desmantelado, para guardarlos hasta la Navidad siguiente. La despectiva palabra "colgajo" era el reproche que les hacía por las compras a que la obligaban; tan mezquina se había vuelto.

—Creo que voy a esperarlos mientras descanso un poco, respondió Amanda. Y se sentó en un sillón que nadie le ofrecía.

Es evidente que ya no estoy incluida en el voto de las nochebuenas, pensó. Víctor hacía que todos juntaran las copas de sidra o los vasos de naranjada y exclamaba, con una emoción insensible a la rutina: ¡Para que el año que viene estemos alrededor del árbol los mismos de hoy, tan sanos como hoy!

Era todo lo que pedía. No quería otra progenie que la de Freddy y Rafael, ni siquiera recelaba en ellos la existencia de una enfermedad insidiosa. Y Amanda ya no figuraba en ese brindis, si es que alguna vez había estado.

Cecilia la miró desde la altura que le daba la banqueta. A pesar de la fórmula desabrida e incidental del recibimiento, hacía meses que no la veía. Y en esos meses habían avanzado sobre ella, al galope, la vejez y la muerte. Estaba horrible —horrible sin simpatía— con ese vestido violeta de pliegues nobles y el colorete de-

masiado alto en las mejillas, para ocultar o exasperar —no se sabía bien— la demacración del rostro y la pendulante semicaguera de la cabeza que iba y venía, con la desconfianza de un inspector, por todos los ámbitos del *living*. Cuando llegaba un día como éste, allá en el Norte —la infancia y el Norte eran sinónimos en la imaginación de Cecilia, quién sabe con qué disgusto adulto y conyugal por el Sur— ella era el alma de los fuegos artificiales, el prestidigitador de las castañas, las avellanas y las nueces. Se vestía de Padre Noel y sacaba de una canasta regalos para todos. Papá se maravillaba siempre de que pudiera hacerlo sin que nadie lo supiera —aunque él se dejaba resbalar inerte por éste y otros secretos de que ella era capaz— y sobre todo de que pudiera comprar cosas tan inesperadas en un pueblo como aquél, en que no había pensado que existieran. "Son de contrabando, ¿no?", inquiría perplejo, y ella magnificaba risueñamente el enigma. El alma de los fuegos artificiales y de las tortas de cumpleaños, pensó con involuntaria ternura. Era la hermosa edad en que no se enjuiciaba. Entonces ella había aceptado como natural que la vida la empujara por los hombros sin contestarle las preguntas, sus conatos de preguntas, como Clarita lo admitía ahora de ella. El alma de los fuegos artificiales, ¡y hoy era esto!

—¿Qué saben de tu hermano? ¿Les escribe?

—Tanto como a tí: cero-cero.

Alberto sí que es igual a ella, pensó Cecilia. Simulador, inconsecuente, usurpador de piedades y generosidades ajenas. La inolvidable gallina acezaba, en la siesta de verano, debajo de la higuera. Alberto la señaló de pronto, enarbolando una escoba. ¡Esta es la culpable de todo!, gritó frenéticamente. Había una furia contagiosa y fascinante en cuanto hacía, y ella lo siguió. La corrieron, la arrinconaron contra las tapias del gallinero, la cercaron luego en una esquina de la leñera y la deslizaron a escobazos. Ya sin cacarear, rota y cenicienta, la gallina se fue acurrucando, achatando en el suelo, crispando rastreramente, a cada nuevo escobazo, las alas dislocadas. ¡Esta es la culpable de todo! No había podido

dejar de oír la vociferación de Alberto. Lo vio treparse después a lo alto de la pila de astillas y dejarse venir con ella, en un alud, sobre el cuerpo de la gallina. Aquello había desagotado súbitamente su fiera. Y cuando el asistente los sacó de allí, diciéndoles que el animal estaba muerto, Alberto había comenzado a escandalizar. Corría y saltaba en redondo, se tiraba de los rulos y repetía el mismo grito: ¡Que la hagan vivir, que la hagan vivir! Entonces llegó la madre a compadecerlo, mientras miraba a Cecilia con ojos reprobatorios. Lo había confortado, le había hecho hundir la cabeza en su falda mientras el asistente pasaba con la gallina rígida y la arrojaba al campo, revoleándola por encima del muro; y finalmente le había dado una barra de chocolate. Él se puso a comerla mientras las lágrimas le bajaban y temblaban por los carrillos, conmovidos por la energía de la masticación; y ella, sentada envidiosamente frente a él (¡lo veía ahora tan claro!), fría y reseca, con una suerte de embriaguez dolorosa del vacío, se preguntaba quién había elegido a la gallina y quién la había apaleado. Pero Alberto tenía una cara cierta de inocencia, era ya totalmente extraño a su acceso, tenía en el rostro algo enjugado y limpio, la máscara del furor exprimido y pasado, en tanto ella se llevaría de todo aquello una memoria punzante y crispada, una estúpida culpa por la debilidad con que entraba en el desenfreno de los otros. *¡Que la hagan vivir, que la hagan vivir!*

—Alberto ha sido siempre un ingrato, no hay que exigirle nada —dijo Amanda. ¡Tan diferente de lo que eran tú y Clarita!

Como si la primera mención materna de su nombre la trajera, Clarita apareció detrás del sillón y se inclinó para besar a su madre. Había una cortesía contenida y aleccionada en la forma en que desde hacía un año —cuando vino a vivir con Cecilia y con Víctor— la trataba.

Tenía ya quince y estaba volviéndose una mujer, pero tenía aun el egoísmo desentendido y desdeñoso de los adolescentes, apareado a una lenta y subyugante timidez. Sus ojos claros miraban como los de Miguel, sin

susto ni asombro de las cosas, sin la desazón o la alegría que puede insuflarles a veces el alma. Las cejas pobladas y turbulentas, encima de esa mirada verde, le daban un aire de rotunda y abotagada virginidad, una pesadez que confirmaban carnalmente los labios y los párpados, una gravedad en que el sexo todavía no alumbraba.

—Casualmente, hoy mismo estaba diciéndole a Clarita —argumentó Cecilia, como para presentarla— que teníamos que hablar contigo, por el problema de la pensión, que te planteamos hace meses y quedaste en contestarnos. Ya sabes que Víctor no gana tanto, y que los chicos cuestan cada día más, con el colegio, el uniforme, el ómnibus y todos los otros compromisos. Y tampoco es justo que Clarita esté atendida a lo que haya de darle su cuñado, pudiendo tener lo suyo.

—Sí, de acuerdo —mintió Amanda. Días pasados consulté a un abogado que me indicó Joaquín, y él va a estudiar la forma de arreglar el asunto. De todos modos, será una componenda provisoria, porque yo voy a seguir cobrando la pensión por muy poco tiempo. Ni me la voy a llevar ni nadie irá a pagármela al otro mundo.

La apelación patética al infortunio, que no habría querido hacer tan demostrativa y expresa, cayó ominosamente en el vacío.

—Sea como sea, no hay que dejar correr más las cosas —repuso Cecilia.

A la madre siempre le había gustado extorsionar con las grandes ideas del abandono, de la separación y de la muerte. Cecilia estaba encogida en su cama de niña, arrebujada entre las sábanas y con los ojos cerrados, fingiéndose dormida, mientras los padres conversaban a media voz, de pie junto al balcón del dormitorio. "Son unos celos cretinos", decía la madre, siempre en una tonalidad dominante. "Ya ni asomo la punta de la nariz al balcón, de miedo a que creas que me interesa ver si está de plantón en la esquina o no. Una guardia que hace porque quiere, y que no sé por qué se te ocurre que es por mi causa. ¡Como si yo lo hubiera puesto! Lo que te queda por hacer es cegar las persianas o pedir que te trasladen. Así nos vamos detrás de otro batallón y a otro pueblo,

hasta que también allí se te aparezca alguien". El padre no hablaba. Pudo espiarlo mientras iba hacia la persiana y hacía pestañear las tablillas móviles de la celosía, no se sabía si para encarar la posibilidad de condenarlas o para ver si "alguien" cuajaba a esa hora del otro lado de la noche. No habían podido irse del pueblo ni habían tapiado la abertura. El sol del día siguiente había traído el ensalmo y la vida había seguido como siempre. Con el tiempo, también el padre había aprendido a expoliar en todos ellos el temor y la lástima. Otra noche habían discutido delante de los hijos y él se había levantado de la mesa, diciendo resueltamente: "Ya sé lo que tengo que hacer". Se había encerrado en el escritorio y había sonado un estampido. Amanda, Alberto y ella habían corrido y lo habían encontrado sentado tras su mesa de trabajo, la pistola todavía humeando del tiro disparado al techo. Los había mirado con una expresión torva y fracasada, resentida y mediocre, sin decir nada, sin justificarse por nada. La madre había tomado entonces la pistola y se había echado a reír a carcajadas.

—Cada día que pasa todo está más caro. Está muy bien tener orden y sensatez, todo lo que yo no tuve. En todas las cosas hay que hacerse a una disciplina, como ésa de ustedes de guardar todos los farolitos del árbol, de un año para otro.

—No todo es viejo, contestó acremente Cecilia, y ella volvió a sentir que la tentativa de comunión había fallado. El aparato de luces, con esos tubitos de agua coloreada que la corriente eléctrica hace burbujear de abajo arriba, como velitas que temblaran, lo compramos el año pasado. ¡Y nos costó más de veinte pesos!

—Es claro que sí. Y a ese precio, Víctor hace muy bien...

Aquella noche creí que Papá fantaseaba y que el tema de la persiana era una simple provocación de su debilidad. Días después íbamos con Mamá atravesando la plaza —era en carnaval— y un hombre se cruzó con nosotros. Era alto, vestido de claro, y nos dijo que había muerto recién en la calle, "insolado y de tanto soplar", el trompetista de la comparsa del cuartel. Mamá pre-

guntó entonces hostilmente por qué se lo anunciaba, y qué tenía que ver ella con esa muerte. Pero, ¿cómo?, dijo el hombre. ¿No es usted la señora del Mayor?... Hablaron algo más, envueltos en el viento tirante que sesgaba la plaza (o sesga ahora mi memoria de la plaza, con la campana de la iglesia y el hombre de claro) y repitieron más de un vez, entre frases triviales que aludían al muerto, al regimiento y a la comparsa, su mutuo desconocimiento, el accidente de que estuvieran hablando, lo fortuito e inesperado de su conversación, las coincidencias increíbles de la vida en un pueblo. Mamá me oprimía inconscientemente la mano mientras hablaba, y en la yema de mis dedos latía la sensación de la mentira, de un diálogo cifrado, en el que estaban tal vez dándose una contraseña, mientras simulaban ser tan sólo el minuto casual de la chispa en medio de una eternidad indiferente.

—¡Víctor, Víctor, Víctor! ¡Siempre estás sugiriendo la avaricia de Víctor! ¿Por qué no piensas una vez en sus méritos?

—Nunca dije que fuera un tacaño. Creo que tiene una prudencia que a nosotros —a mí, por lo menos— por educación nos falta. Se crió pobre y eso lo ha ayudado en la vida. Lo ha ayudado a pensar en mañana con un sentimiento de inseguridad.

—Y eso también te desagrada, aunque lo digas como un título. Porque en realidad no crees que los pobres sean mejores que nosotros; sólo que los ves reducidos a la virtud, por falta de dinero y de imaginación. Eso es lo que le niegas a Víctor: imaginación, ambición, el famoso sentido de la aventura, que siempre estás escarbando en los demás, cuando lo tienen y cuando les falta; tú siempre has sido una penitente del sentido de la aventura.

—Es muy posible, convino Amanda. Y tal vez hay un fondo de arrepentimiento. Tu padre era apocado pero no por el amor del orden, a pesar de su carrera. A Víctor lo veo pensar en algo, aunque no me interesa lo que piensa. A tu padre estaba acostumbrada a verlo horas enteras, fumando o dando vuelta la cebadura, y estoy se-

gura de que no pensaba más que en la riña de gallos del domingo por la mañana. Tenía una visión muy corta, y por eso era capaz de vivir con muy poco. ¿Y te imaginas que esa estrechez me parecía edificante, como creo que es la paciencia de Víctor? Los dos habrían sido capaces de vivir durante años enteros en el mismo rincón: Víctor pensando en cambiarlo algún día por el suyo, Miguel sin pensar en nada. Al principio me parecía una forma de soñar. Después me cansé de ese sueño... Pero, ¿a qué santo tengo siempre la tentación de compararlos?

Clarita había vuelto a su dormitorio y había puesto un disco a todo volumen. Una voz rítmica apostrofaba, sobre un fondo de marcialidad militar, acerca de las cosas fundamentales.

On ne peut en avoir tout dans le temps —exclamaba.

On ne peut être à la fois qui on est et qui on était.

Il faut savoir choisir.

¿Habían sabido elegir ella a Miguel y Cecilia a Víctor, elige alguien de una vez y por siempre, confortablemente seguro?

On n'a pas le droit d'en avoir tout, insistía la voz. C'est défendu. Un bonheur, c'est tout le bonheur. Deux, c'est comme s'ils n'existent plus.

No hay el derecho de tenerlo todo. Ella había tenido a sus hijos y el tiempo se los había dispersado o enajenado. El crecimiento y las distancias habían malbaratado siempre su dicha, la habían manoseado y ajado. No era el cuento de las dos felicidades destruidas, como en la historia de la viuda llorando en la tumba de su amante, sino de la única y deshilachada felicidad, fugaz y trapacera, llena de miedos y de indecisiones, menos sublime que cobarde, menos vital que clandestina, envuelta en humo y en mentira, sucia para volcarla luego en el beso dado a los hijos, insatisfactoria para pasar sin ella la noche, y la muerte y los viajes corriendo como ríos sobre el lecho de esa pequeña y afiebrada miseria, y el tiempo, el tiempo, el tiempo. Todo el mundo podía ser equívocamente maravilloso o ridículo, como ese papel picado que Cecilia estaba derramando al pie del árbol, para que a Freddy y Rafael les evocara la misteriosa nieve y a ella

estaba ahora misma recordándole la caspa en los hombros de Miguel y la ceniza del cigarrillo en el pecho de su guerrera. Todo podía ser equívocamente culpable o desgraciado, todo podía merecer la fe y la abnegación y también la condena o la indiferencia, como esta escena de ella y sus hijas silenciosas, separadas por dos filosofías o supersticiones de la vida, que eran las caras de una sola moneda, mientras aquella jaculatoria impersonal caía sobre las tres —“está prohibido”— amonestándolas en su vicio común: el corazón desprestigiado.

—Hay una cosa que quise preguntarte siempre: ¿jugaba?

—No vine aquí a hablar de tu padre. No sé que pueda interesarles hoy a ustedes, una vez que hicieron de jueces por su cuenta. Mejor es dejar todo como está: él era El Bueno.

—Te he preguntado una cosa muy sencilla: ¿jugaba?

—Jugó en los últimos años; jugaba por cansancio, por aburrimiento, como juegan en los pueblos hasta el fiscal y el maestro. No era un gran jugador. No era un gran nada.

—¿Quedó debiendo plata por el juego?

—¿Segunda pregunta? ¡Y bueno! No sé si quedó debiendo. No creo. Nadie vino a cobrarme en todo caso, ni nadie me lo dijo. Bien sabes que nos vinimos a Montevideo al mes y días de su muerte.

—Tercera pregunta, ya que llevas la cuenta: ¿Volviste a ver alguna vez la pistola que le quitaste en el escritorio? ¿Qué fue de esa pistola, qué se hizo?

—Sé valiente y pregúntamelo a la cara: ¿se mató con ella? Total, es lo más fácil de responder: no se mató con nada ni por nadie, aunque tu familia haya tenido el coraje de insinuarlo. Lo trajeron borracho del club una madrugada y se murió de un síncope a las seis de la mañana. *Las-seis-de-la-mañana-del-seis-de-abril*. No me preguntes ahora por qué se emborrachaba. Supongo que porque le gustaba. O volvería a decirte que por aburrimiento.

Una felicidad es toda la felicidad, como un montón de nieve es toda la nieve. ¿Y si la nieve es un fraude, como ésta que voy dejando caer en el piso, con una deli-

beración que Dios no tiene sobre su naturaleza? Una felicidad es toda la felicidad, y los hijos la sostienen sin llevarla, como no pude llevar la de ella cuando era La Hija ni puedo ahora alzar la mía por los hijos, ahora que soy La Madre. Una felicidad es toda la felicidad. Es toda la felicidad genital en el hombre, como lo sabía Víctor cuando lo vi, la mañana siguiente a la noche de bodas, adorando con orgullo de posesión las tres gotitas de sangre que le había dejado para la certeza, solas, perdidas y centrales en la blancura de la sábana. Es toda la felicidad en las mujeres, y por el mismo compás del placer parí y volví a parir y ya no quiero hacerlo. Y ella está ahora frente a nosotros, vieja y deshecha pero invocando también los privilegios de su matriz, como si sólo la hubiera tenido para concebirnos. Una felicidad es toda la felicidad, una almendra de luz en el sueño del ciego, un beso imposible, y toda la vida deseado, en el delirio de la frente del moribundo, una pistola o un trago en el ansia del débil.

—¡Clarita!, gritó con un comienzo de crispación nerviosa. ¡Te pediría que sacaras ese disco! No tiene nada que ver con esta noche. No es día de parada militar, ni fiesta patria.

El disco se detuvo y ella bajó de la banqueta.

—Mamá, dijo enfrentándola. Pensándolo bien, creo que es mejor que te vayas. Víctor me había pedido que vinieran esta noche su madre y su hermana, y yo lo convencí de que la familia, cuando la gente se casa, empieza en uno y termina en sus hijos. Si ahora volviera y te viese...

—Yo también tuve marido e hijos, dijo Amanda. Y si le hubiera pedido a mi madre que se fuera de mi lado en un día como éste, sé que me habría muerto de vergüenza.

—Tú no moriste de vergüenza, repuso abrumadoramente Cecilia. Y tienes que saber que es muy difícil morir de ese modo.

—De todos modos, es demasiado deprimente discutir si me voy o me quedo. Así que me voy, y tú le dices cual.

quier cosa a los nietos. Claro que a ustedes dos no voy a perdonárselo.

—No te olvides de esto, ni nosotros te dejaremos olvidar lo de la pensión. Pero eso vamos a tener que conversarlo otro día.

—¿No podrían esperar un par de meses, y tal vez ya no fuera necesario?, se oyó decir Amanda, con más fuerzas que las de su contención, postulando otra vez su ruina. ¿O piensan que están frente a una fortuna? Para Clarita y para mí, viviendo juntas, daría apenas. Para las dos, viviendo separadas, es una miseria.

Clarita, desde la puerta de su cuarto, habló por única vez en la noche para decirle que no pensaba volver a vivir con ella.

—¿Por falta de alicientes? ¿Porque estoy enferma y ya no puedo prometerme más queirme muriendo?, insistió la madre.

—Por eso y por lo otro, dijo Cecilia. Mamá, ya sabes que no quería tener un disgusto con Víctor, si te encontrara aquí. No vamos a discutir cosas pasadas, ni a revisar lo que hemos hecho o dejado de hacer. Un buen día, cuando tu abogado lo haya estudiado, nos telefoneas y nos reunimos con él para decidir el asunto. ¡Y santas pascuas!

—Santas Pascuas son éstas, dijo Amanda. Por eso me voy.

Dejó el envoltorio que había traído, en una esquina del asiento, y se levantó magnificando aparatosamente su postración. Las miró sin que le devolvieran el tácito desafío, y abrió la puerta antes de que se acercaran.

La hoja cerrada volvió a presentarle la lazada floja y el muérdago, la corona y la campanita. Tirando de las puntas estaqueadas, deshizo y dejó caer el lazo. Así quedaba ciega la mirilla si es que pensaban espiarla para comprobar su ida, y así los chicos y Víctor, al volver, notarían el daño y preguntarían la causa. Tal vez Cecilia

no iba a poder dominarse e iba a injuriarla delante de Freddy y de Rafael; descarriadamente, ése era un éxito.

Ya al bajar la escalera, sintió la inminencia del otro, del mayor, del único que deseaba; tuvo, con una feroz alegría del apremio, la sensación de que algo empezaba a desgajarse dentro de su propia cabeza.

EL SALTO DEL TIGRE

I

En el atardecer lluvioso, El Cato Mitre y yo recorrimos la avenida de paraísos y entramos a casa de Lydia; ella se había empeñado en que Hugo fuera directamente del sanatorio a la quinta y se alojara allí. Era una buena ocasión para afirmar un mecenazgo al que el pintor había escapado durante años, y para ingerirse así —quién sabe qué es la gloria y cuándo se acuerda— en otra vida y otro agradecimiento.

Hugo estaba sentado al borde de la cama, con un pijama azul y una bata de fumar. "Baleado a dos carrillos" —como dijo de entrada Mitre, por el prejuicio de crear humorísticamente el anticlímax de la enfermedad, para poder olvidarla—, tenía dentro de la boca un armazón de alambres que le sujetaba las mandíbulas y por fuera un barbijo de yeso, en forma de espátula para el mentón. No podía hablar, pero Lydia lo había rodeado de papeles y le había allegado una tabla y un juego de lápices para que se manejara; entraba con las visitas, le aparejaba las hojas en blanco y desaparecía.

Con unas ojeras exasperadas por la convalecencia y una barba rala y negra que crecía rodeando la cicatriz rosada y aquella franja ya grisácea del yeso manoseado y raído, Hugo se favorecía con la huella del sufrimiento físico. Siempre he pensado que su reputación de inteli-

gencia y de sutileza espiritual es excesiva, pero es fácil explicársela por la fascinación que ejerce con su flacura, con ese aire de trasvivencia descuidada, de negligencia e impotencia para lo práctico, de remotismo, de torpeza motriz, de frágil perversión y hasta de misticismo (una malvada impostura de misticismo) que se desprende de su figura.

Sentí en seguida que Mitre y yo enfrentábamos con pueril turbación aquella presencia que se despojaba de sus pocas defensas de los días de salud, y sólo henchía un poquitito los labios para esbozar la dolorosa y contraída sonrisa. Después que le saludamos y nos sentamos frente a él, y mantuvo una mano apoyada en una rodilla de cada uno de nosotros, mirándonos durante un minuto eterno, en lo que era un comentario extorsivo de su situación de herido y callado, tomó la tabla y escribió el primer papel, con una letra gorda y deshecha, para pedirnos libros. "¡Libros!", como dijo, por su prurito de sorprender o tal vez para tantear la situación, dándole el pie menos comprometedor.

Yo, un poco más cerca de Hugo que Mitre, averiguaba desde el revés de las letras aquella desbaratada escritura, o me levantaba para descifrarla por encima de su hombro. La leía en voz alta y El Cato o yo respondíamos. Al principio la conversación (si es que podía llamarse conversación a ese doble juego de oralidad y escritura) fue mantenida en un campo horriblemente neutro, que suponía nuestra mejor ciencia, nuestra posibilidad de recetarle lecturas para su tiempo de reclusión.

Escribió que era muy ignorante y que ya a esa edad (treinta y tres años) había renunciado a formarse una cultura. "No me gusta tanto leer", agregó. "Soy perezoso".

—Has visto lo que te importa y basta —dijo Mitre, como si fuera a patrocinarlo. Lo que te parece que es pereza, es el resultado de un mecanismo de selección.

"¿O hedonismo?", escribió Hugo, siempre urgido por recostarse a categorías ya dadas, como tan a menudo sucede con los pintores.

El Cato se encogió de hombros, sin ayudarlo esta vez. Seguidamente nos garabateó que precisaba algo "con-

centrado, denso", que sumergiera sus sentidos en la lectura y lo distrajera de la penuria física.

—James Cain o las orquídeas para Miss Blandish, postuló Mitre.

Empezamos a aventurar nombres y él iba rechazándolos o acogiéndolos ambiguamente con balanceos de la mano que empuñaba el lápiz, o con ligeros alzamientos de cejas, cuando alguno le resultaba extraño. Pudimos ver que no sabía tan poco, pero asimismo que sus preferencias eran más bien ominosas. Era una víctima de la era de las biografías noveladas y un devoto de lo intenso.

—Céline, propuso ahora Mitre.

Y él, como si jugara una carta mejor, retrucó "Henry Miller".

Hubo un espacio y asumió toda su equívoca candidez para anotar: "pornografía lírica". Pescó en el aire mi resistencia a sus juicios y para agredirme escribió, volviéndome rápidamente el papel, a fin de sustanciarlo conmigo: "Joyce no es lectura para un tipo deprimido. No se le puede meter diente si uno está esperando toda la tarde que venga la enfermera a curarlo con hisopos y gasas".

"Meter diente" era un modismo desavenido con su situación y se lo señalé bromeando, para rehuir una polémica sobre gustos; porque él escribía. "Algo estimulante", insistió. Y Mitre acabó prometiéndole "La serpiente emplumada", que acató sin protesta.

El procedimiento, de seguir así, era extenuante. Fue por eso que El Cato y yo nos echamos atolondradamente a discutir cualquier cosa, a fin de impedir que siguiera escribiendo: la revolución mejicana y su literatura, la boliviana que casi no la tenía; y hasta hicimos alguna profecía grandiosa sobre el destino del hombre americano. Comulgábamos en un desaforado intento de arrastrar la conversación fuera de sus centros nerviosos, lejos de lo que a Hugo le había pasado y a nosotros podía suponerse que nos intrigara. La delicadeza nos llevaba a cubrirlo de una marea de locuacidad. Y él nos miraba con un servilismo de sus ojos desmesuradamente abiertos, forzados desde adentro como si hubiera tomado benzedrina. Un mechón de pelo oscuro le caía sobre la frente y se lo

echaba atrás con el dorso de la mano o lo enroscaba lentamente en el lápiz. Detrás de su cabeza había un gran cuadro en que el Corazón de Jesús se encendía en mitad del pecho, con dos llamas rodeando una cruz, y las palmas de las manos avanzaban la desolladura cárdena de los clavos.

—El esnobismo cristiano de Lydia, criticó Mitre, parodiando ampulosamente el gesto de la estampa.

“Patriciado, Orientalidad”, escribía Hugo. Y todavía, en otro papel y amanerando la letra: “Linaje”.

También había una litografía de la guerra del 14, con un soldado francés y el clásico “Debout les morts”; y en la pared opuesta el Saravia de poncho, perfilado a caballo.

“El padre de Lydia peleó en Masoller”, informó Hugo. Y apuntó confirmatoriamente hacia el florero que lucía sobre la cómoda: era la cáscara de un obús, con una plaqueta de bronce y la fecha de la batalla: setiembre de 1904. Los dos largos nardos que bailaban en su boca eran tal vez otra profesión de fe blanca.

Llegó el momento de preguntarle para cuánto tendría.

“Sólo Dios sabe”, escribió. Lo había hecho para encontrar un cabo de frase que devolviera el asunto al punto en que habíamos malbaratado la fe, al atribuirle la condición de un cosmético para Lydia. Aquello lo había desasosegado, porque escribió de corrido, con una velocidad y un entusiasmo trémulos, que hay una religiosidad infusa en nosotros, que aflora en las situaciones de dolor, y aun de simple hartazgo de la incomodidad, de la postración, de la invalidez. “*Ahora lo sé*”, subrayó. “Y es una cosa seria”.

En la niñez, él y su hermano Emilio habían sido católicos, por influjo de su madre, o por lo menos habían creído que lo eran; y a él le había quedado siempre “una nostalgia de religión”.

“De cualquier religión”, agregó. Mitre afirmó entonces que el cristianismo era, de todas las religiones, la más triste, la más pobre estéticamente. Era una de sus aperturas dialécticas, y yo se la había visto repetir muchas veces.

Hugo se estiró hasta la mesa de luz y tomó un libro encuadernado en azul; era un tomo de *Las Mil y Una Noches*. “El Islam es hermoso”, sentenció.

—Pero ése no es el Corán, objetó Mitre. Aunque es una lectura *estimulante*, concedió con un retintín benigno y molesto.

“Tatalismo”, escribió Hugo. “En este momento, es lo que prefiero”, y puso un dedo de punta sobre la tapa del libro. Parecía referirse a una comida o, en todo caso, a una medicina. No a una convicción ni a un estado de espíritu.

De pronto, tras señalarme con el lápiz, apuntó: “¿Te parece, Ricardo, que el futuro es un libro que no está escrito o que no hemos leído?”

Sonreí para desechar su ingenuidad, y él persistió, porque el tema le inquietaba: “¿Te parece que es un libro que no se ha terminado de escribir o, como éste en que me faltan todavía cincuenta páginas, que sólo no hemos terminado de leer?”

—No está escrito, contesté por decir algo, a la espera de que desembuchara. Presentíamos que estaba por llegar a su caso.

“Algún día te voy a contar lo que pasó aquella noche absurda en que Dorita me baleó, y vas a tener, como yo, la sensación de que todo estaba escrito.”

Me animé entonces a preguntarle si en aquel momento, herido y en busca de auxilio, no lo había llenado la idea de la muerte. Siempre he tenido la manía de espiar cualquier rastro de esa idea dominadora, referido por un sobreviviente. En los hospitales o en cualquier otro lado.

—¿Pensaste que te morías? ¿Lo pensaste con claridad, serenamente, o te achicaste de golpe?

Escribió que no, que sólo había pensado, mientras se apretaba con una mano la cara y sentía correr la sangre entre los dedos, que iba a perder todos los dientes, y que ninguno de ellos estaba picado.

Me quedé en silencio, y tuvo la impresión de que me defraudaba.

“Frivolidades de los Momentos Supremos”, escribió a modo de disculpa,

—Otoño —dijo Mitre, que no nos perdonaba. ¡Se te acababan las hojas!

Lydia nos contó el resto. Había llegado hasta un bar, porque Dorita se había alejado corriendo, y había pedido a unos taximetristas que lo llevaran al hospital. No quisieron hacerlo, argumentando que había que llamar a la policía; en realidad, lo que temían era que les arruinara el tapizado.

—Entonces tomó el teléfono y me llamó, dijo con un falsete de orgullo. Por suerte tenía el coche a la puerta y estuve allí en diez minutos.

La certidumbre de que había proveído por él la inflaba más aun en su deplorable gordura.

—Y ha tenido la nobleza de no denunciarla, añadió.

—Aprovechando que no puede hablar, dijo Mitre.

—La verdad es que ni el juez ni la policía se empeñan en saberlo; y hacen bien. Que Dios la ayude.

Cuando pasamos la verja, El Cato recordó los tiempos en que Lydia se rodeaba de efebos y en que alguien había dicho para definirla: Es una de esas poetisas glandulares que llevan a remolque a su marica, como el ballenato pasea en el lomo a la gaviota.

Terminaron los árboles y entramos en la lluvia.

II

No creo, a esta altura de mi vida, que los hechos tengan tanta importancia. Y lo que estoy pasando legítima ese descreimiento, desde que lo dirijo contra mí. Pero no pude ni puedo todavía contártelos y he resuelto ponerlos por escrito, luego de esa torpe visita, en que a ti te hubiera contado muchas cosas y a El Cato no quería confiarle ninguna.

Por lo menos, es un ejercicio contra el tedio y el silencio, que no me dejan leer ni dibujar; un memorial, una botella al mar, lo que quieras. Empiezo por decirte que, salvo en la infancia, no creía haberme enamorado nunca. Sé bien el día de mi vida en que tuve la primera

evidencia de que existe ese sentimiento. Era un aniversario en casa de mis abuelos y Elisa y Gabriela —hijas de unos amigos de mis padres— llegaron a traer un canasto de flores. Le he contado muchas veces a Dorita —y ella quería que pintara este recuerdo— que me parecieron maravillosas, como Mesdemoiselles Cahen d'Anvers en el cuadro de Renoir, con sus cintas y sus lazos color rosa en la cintura, apretando apenas los vestidos de gasa que las envolvían. Gabriela tenía, pienso ahora, diez años y yo once. Habían puesto a un costado la canasta de flores y estaban tiesas y solemnes, de pie entre las jardineras del patio, cuajadas como dos figuritas antiguas sobre el piso de damero. Avancé impetuosamente, amparado en la excitación del día, y las besé. Besé a las dos para besar a Gabriela. Ella, que nada sabía de los juramentos que le dedicaba cada noche, me besó también, con una inocencia de la que extraje el primer gusto por la vida, un gusto desperejo, excitado y maligno.

Nunca me animé a decirle nada, y años después me desilusioné repentinamente de ella, al ver sus rodillas. Tendríamos entonces catorce y quince, y ella estaba echada sobre una alfombra —en la calle— enseñándome ese juego en el que, con una tijera, se van haciendo recortes en una hoja, hasta que se sacan y despliegan dos palabras: Hell y Heaven, infierno y cielo. Vi sus rodillas demasiado grandes, escuché el fondo ronco de su voz, que se hacía de mujer, y supe de pronto que ya no la quería.

Es claro que en esos pocos años que van de uno a otro recuerdo, queda tendida en el suelo mi inocencia. Emilio tenía dos años más que yo y me había apadrinado, para hacerme conocer demasiado temprano el fuerte amor de las sirvientas. Aquí sí hay por lo menos dos escenas para pintar de memoria, con esa memoria sentimental que es mi don (y el de Figari). En la primera, aparecemos Emilio y yo frente a Papá, que nos mira y nos deja hablar mientras se tirona una guía del bigote. La muchacha estaba en casa desde hacía pocos días y Emilio se había sentido enfermo. Yo también, pero mi contagio era sólo el de un susto. Papá debe haber visto que no era nada, pero se mostraba alarmado (y hoy me parece que

ocultaba desde el principio su diversión). "¿Y Julia? ¿Y Amelia?", nos iba preguntando retrospectivamente. Nos mirábamos con recelo, consultándonos antes de ser veraces o de mentir, y al final le contestábamos, con una descompasada timidez: "Sí". De persona en persona llegó a Agripina. Era un macaco horrible, que hablaba una jerga vetuada de portugués y español, y que alguien nos había mandado desde la frontera, por la creencia de que, en tanto no se espabila, ése es el servicio más barato. "¡Agripina no!", dijo Papá, descartándolo de antemano. De reojo volvimos a consultarnos y, decididos ya a vencer todo pudor, con una repugnancia viviente que debe habernos quedado ridícula en las caras, le dijimos "También". La vieja nos había iniciado. Papá no pudo contenerse más, y se echó a reír a carcajadas. "Son dos mininos de gusto estragado", comentó al fin, con un parsimonioso dejo brasileño, para enrostrarnos el idioma del mico; y era como volver a verlo. Aquella misma tarde nos llevó a una clínica, a que nos revisaran. Entró con nosotros y nos hizo sentar juntos, mientras pasaba a conversar con el médico. Y ésa es la segunda escena: me parece que la sala de espera estaba llena de tipos patibularios, barbudos. Con nuestros rizos dorados sobre la frente y los angostos pantaloncitos de sarga que nos ceñían unos muslos casi rojizos, debíamos tener algo de querubos equívocos, en medio de aquella concurrencia. Y creo que los otros nos miraban con sorna, con ganas de preguntarnos algo, acaso para averiguar si éramos los agentes o las víctimas de la relación que nos había contaminado.

Dorita tampoco traía un pasado importante, cuando nos encontramos. Tenía entonces treinta y dos años, y yo veintisiete. Antes de conocerme, ella había vivido un par de años con El Cato, dos años que sólo habían servido para llenarla de afectaciones estúpidas, de retruécanos, de falsas suficiencias. Ya estaba reaccionando cuando nos fuimos a vivir a Juan Carlos Gómez, donde pude encontrar aquella especie de desván para taller, y ella un rincón en que crear su ambiente: el biombo japonés, la cama y los libros. Lo has visto muchas veces y ¿a qué te lo cuento? Sabes también que ella pretende que fui su hombre

verdadero, su primer amor, su única pasión, etcétera. Cuando las cosas empezaron a rodar mal, apareció un día en casa con una botella de whisky, que había comprado porque la marca era igual al apodo de Mitre. Y si nos peleábamos iba a buscarla y se tomaba un trago, diciendo que era como la Magdalena de Proust. Un día le hice un apunte y se lo dejé sobre su sitio de la almohada. Estaba ella más vieja de lo que era, con la cara apoyada en una mano y una lágrima en cada mejilla, frente a la botella de etiqueta amarilla y un vaso, sobre un fondo en que se veía desvaídamente un retrato suyo de años atrás, que yo le había hecho. Y abajo, dentro de una cinta de bordes lenguados, al modo de la leyenda de un anuncio comercial, decía: "*Como los presos, mete sus años en una botella.*" Lo festejó cuando nos reconciliamos y me mostró que el Catto estaba terminado; no volvió a comprar más.

Yo sólo podía corresponderle diciéndole que no había tenido ningún Gran Amor en el pasado. Pero no le bastaba. Había que decirle que ahora sí lo tenía, y era ella. Y siempre llega el momento en que se dice. "A veces debo parecerle frívola" —repetía. "Pero lo que pasa es que nunca nadie me ha exigido que le sea fiel. Nadie me lo ha pedido de veras, y yo he estado deseando siempre que me obligaran a serlo. Porque al final de cuentas es lo único que quiero, lo único que me descansaría". El agravio era a menudo ése: que yo fuese el elegido para exigírselo, y no se lo pidiera.

¿A qué pedir nada? No tengo un cuerpo y un alma vírgenes, ni derecho a esperarlos de los demás. Pero nadie, en cambio, podía impedirme preferirlos, si alguna vez los encontraba.

Hilda tenía dieciocho años cuando llegó de afuera, a estudiar medicina. Era sobrina de Dorita y nadie había preguntado si cabría en la bohardilla; venía a quedarse, con esa simplicidad sin preguntas con que se descuelga la gente desde los pueblos a Montevideo: por un día o por años, tanto da.

También es claro que Dorita de cualquier modo le habría dicho que sí, no tanto para ocultar su estrechez como para que se viera que no la tomaba en cuenta. Lo

cierto es que vino, con aquella insignificante delgadez sin pecho ni cintura, con su pelo caído, sus pómulos lustrosos, sus ojos enormes y su gran timidez física, mezclada a un estilo de curiosa resolución intelectual. Se ruborizaba por el solo hecho de que le hablaran, pero estaba en la edad intransigente, y no ceder un ápice en un concepto propio figuraba en su código del honor, un código exótico para alternar con los perdonavidas y los campeones de la Amplitud, que se juntaban todas las noches en el taller.

Tenía un aire cohibido y una luz interior, como dicen que era —y ya te veo erizarte por la comparación profana— Simone Weil. (Digo "tenía" porque ahora ha madurado en sus certezas pero con menos hambre de vivir, con menos candor para jugarse y más resentimiento, y ya es otra historia y otro coraje y otra persona, una vieja de veinte años sobre las piezas anatómicas o en los mitines del P. C.)

En su momento, era un gran cambio de estilo con relación a la opulencia de Dorita, a su prepotencia de carnes y desplantes. Más bien me parecía una Gabriela crecida y sin rodillas, sin esas rodillas y esas caderas a lo Maillol que tiene ahora Gabriela, llena de hijos e igual a sus hijos, con un cómico tamaño de monstruo infantil. Hilda era a los dieciocho lo que yo pude soñar, de niño, que fuera un día Gabriela, el sueño que su adolescencia frangolló. Así me había llegado.

Dorita lo supo antes que yo. Y sus celos me ayudaron a hacer conciencia de lo que iba a pasarme. Mientras Hilda dormía tras su biombo, ella lloraba junto a mí por las noches, desperdiciaba felicidad en prever que la perdería.

Por aquella época yo empecé a esperar a Hilda todas las tardecitas, a la salida de la Facultad. Íbamos siempre al mismo bar, y ella pedía invariablemente un café. Cuando lo había tomado sacaba un atado de cigarrillos y fumaba sin ofrecerme, dejando caer la ceniza dentro del pocillo. Las primeras veces hablábamos de Dorita, y eso acabó por crearnos un lazo absurdo de culpabilidad antes de los hechos. *Nosotros* éramos su preocupación. Después fuimos olvidándola, y creíamos que con cierto derecho,

porque a la noche inevitablemente la veríamos. Al cabo de unos meses, Hilda quiso mudarse a casa de una amiga y Dorita nada hizo por retenerla.

Entonces descubrí de golpe lo que era quedarse al lado de Dorita; era como entretener a un moribundo, con la sola esperanza de que llegara el día en que ya no lo precisase, y uno pudiera sentirse liberado. Pero estaba cada día más difícil y más exasperada, porque la decadencia del amor se posterga echando mano a la pasión. Y sin cinismo se llega a sentir que el engaño no puede conllevarse si es estéril, si uno no cuida nada más allá de sus términos.

Una noche estaba leyendo a Connolly, los dedos hundidos en la melena rubia cenicienta, los codos defendiendo el espacio del libro sobre la mesa.

—Oí bien esto y decime si no es cierto —pidió. Y leyó en seguida: "En la guerra de los sexos, la desconsideración es el arma del macho, la vindicta la de la hembra. Ambos sentimientos se engendran recíprocamente, pero el ansia de venganza de la mujer sobrevive a todas las otras emociones".

—¡Fundamental!, dijo, y era uno de sus adjetivos predilectos; le gustaba la aureola de rotundidad que difundía la palabra.

Después leyó unos versos en inglés, y procuramos traducirlos mejor de lo que estaban al pie de la página. Recuerdo bien la versión en que convinimos:

*Y la venganza de ellas es como el salto del tigre,
mortal, instantánea y aplastante; pero tan verdadera
es su tortura, que lo que infligen sienten.*

—El salto del tigre, dijo pensativamente, y vi que el libro ya no podía seguir distrayéndola. ¿Qué harías si creyeras que algún día soy capaz de darte contra ti, de improviso?

Creí que el día y el salto habían llegado cuando me hizo la denuncia, en custodia de los intereses espirituales de Hilda y en busca de una reparación para su credulidad, que yo había estafado.

Me lo anunció antes de que recibiera la citación; estaba en su estilo porque, como mucha gente, ella pensaba que una bellaquería hecha de frente era un acto de valor, y que la sinceridad es el mérito de las actitudes desagradables. "Disculpame, había dicho una vez. Son mis arrebatos de cocinera sentimental". Pero esta vez ni siquiera me lo dijo. El gesto tenía la santificación de la franqueza, y era auténtico —razonó— desde que también ella se arriesgaba a perderse.

Supo que ese momento había llegado cuando, a la vuelta del juzgado, empecé a hacer la valija.

—¿Te vas?, preguntó.

—Se lo prometí al juez, mentí. Era lo más corto. Lo otro era discutirle sus valerosas felonías, y en esa discusión cabrían todos los argumentos, todos los reproches.

En realidad, ni había visto al juez. Sólo estuve frente a un empleado que, tras poner una hoja en la máquina, abrió un cuadernillo, alisando las páginas para que se mantuvieran abiertas, y me leyó lo que decían.

Dorita, como guardadora de hecho de la menor y desde que sus padres vivían en Lavalleja, me denunciaba por Estupro, "por haber obtenido el acceso a la doncella bajo promesa de matrimonio"; y pedía mi castigo.

Terminó de leer y, consultando un papelito escrito a mano que estaba dentro del libreto, me interrogó desganadamente, tras copiar la pregunta:

—¿Usted le prometió matrimonio?

—De ningún modo, dije, mientras daba vueltas en la cabeza a aquella frase medioeval: por haber obtenido el acceso a la doncella. Ni se lo prometí ni ella lo quiere, agregué.

Escribió muy abreviadamente lo que había escuchado. Y ya volvía a consultar el papel cuando le dije:

—Lo que pasa es que la muchacha es la sobrina de mi mujer. Y como parecía no darse cuenta, le aclaré: —Porque la denunciante es mi mujer.

Me miró perplejo, las manos abiertas como si fuera a arrancar un acorde del teclado de la máquina.

—¿Así que la denunciante es su esposa?

—Es mi mujer, corregí, como si estuviera diciendo lo mismo en otras palabras. Y debe haber creído que simplemente me fastidiaba ese alquitaramiento cursi y pequetoburgués que hay en decir "su esposa", "mi esposa". Dudó un instante, pero al final no puso nada de esto. No tenía ninguna curiosidad por averiguar los motivos; era un lujo fuera de la rutina, y no le incumbía.

—¿Qué puede pasarle a la muchacha?, pregunté a mi vez, cuando firmé la declaración.

—No puedo decirle, contestó revistiéndose de importancia, mientras encendía un cigarrillo y agitaba lentamente el fósforo en el aire. Eso depende del juez. Tal vez pase los antecedentes a Menores.

Que Hilda fuera menor, que la trataran como menor era tan divertido como lo del acceso a la doncella. Pero en los juzgados nadie tiene sentido del humor, y uno mismo lo pierde en cuanto llega a sus patios.

Cerré la valija y esperé todavía que ella hiciera una escena para arrepentirse y detenerme. Pero no la hizo.

Pasan veinte días y me ves caminando con ella, a las once de la noche, por la calle Soriano hacia afuera. Me había pedido una cita y la estaba dedicando a abogar por Hilda, a pleitear por su causa sin haberla consultado.

—Cuando ella vuelva de Minas tienen que casarse —decía.

—¿Porque lo quiere ella o porque lo quieres tú?, pregunté calmamente.

—Porque no se puede ser tan miserable si a uno le queda un resto de propia estima, argumentó con sus sentimientos.

—Mi propia estima es un asunto mío.

—Y el embarazo de Hilda es un asunto de ella, replicó en una pobre tentativa de sorprenderme.

—Sería si lo hubiera —dije. No lo hay.

Caminamos repitiéndonos estas cuatro o cinco cosas desencajadas y fraudulentas; yo en frío, ella mascullando sus palabras.

—Hilda no precisa de tu celestinaje, le dije de pronto. Si lo que quiere es alejarse de mí.

—Y tú tranquilamente, como un caballero que no fuerza a las damas, la dejas irse.

—Como un caballero que ya no accede a la doncella, le dije, y pude ver que la frase no era suya (sino de algún abogado), porque no dio muestras de reconocerla.

—La verdad es que estás pleiteando por tu propia causa, golpée ahora. Lo que querés es colocarte de nuevo. Pero el camino que elegiste es el peor. Cuando quieras rescatar algo como mujer, no lo emprendas como tía. Las tías no son mujeres, no son nada.

—Tercer o cuarto sexo, dijo ella.

—El sexo de los despechados, dije.

—El mío..., propuso.

—Sí.

Caminamos unos pasos y me acerqué a ella, porque el andamiaje de una obra estrechaba la acera. Entonces vi el brillo sobre mi izquierda, sentí un chasquido y un viboreo de calor ardiente en la mejilla. No pude darme cuenta de lo que era hasta que la vi correr: el salto del tigre.

Ya sabes que no quise delatarla en el juzgado, y no insistieron demasiado; no era en el mismo turno de la denuncia, y son tan inertes que nadie coordina unas cosas con otras, nadie ata cabos. Es lo mejor.

Al día siguiente de tu visita escribí a Hilda una carta tramposa, ofreciéndole renunciar a ella. La tomó al pie de la letra, confesándome su alivio porque todo se terminara, después de lo que había sucedido. Dice que ahora la que se ha ido a Minas es Dorita; sufre una depresión nerviosa y amenaza con suicidarse. Lydia dice que no lo hará; y yo tampoco lo creo.

Éstos son los días históricos en que envejezco, querido Ricardo. Pero Lydia lo niega con entusiasmo, y te manda decir que en todo caso me ayudará a llevarlos. Es comfortable, escribe poemas sin ilusionarse con la gloria y me ha jurado que nunca me pedirá que le declare que soy su Únicombre.

—No es que me sienta comprometida por su nobleza de haberse callado. Después de todo, es lo que menos me importa. Te lo pido porque sé que está sufriendo y clama por verte.

—Clama, clama. ¡Cómo te gustan los verbos patéticos! No clama nada, si ni puede abrir la boca. Lo mejor es dejar que ese silencio nos aproveche a los tres, para pensar de una vez por todas como adultos.

—No he visto una criatura más irritante. Lo ves todo con una neutralidad espantosa, como si no tuvieras ninguna relación con el asunto. ¿No se te ocurre que tendrías que pedir algo a cambio de lo que has dado?

—Que una noche feliz pudiéramos los tres volver a jugar a la lotería.

—¡Eso mismo! O al ludo.

—Quiero decirte: conseguir una forma cualquiera de paz. Como hace dos años.

—La paz de la joven investigadora, la paz de los lentes de carey y el microscopio. ¿No te parece una estupidez a los veinte años?

—Lo otro es muy lindo, en cambio. Abalanzarnos sobre las cosas, por el prejuicio de que fueron intensas.

—¿Intensas? Esa palabra es de Ricardo.

—Y si lo fuera, ¿no sirve por eso?

—Lo que no sirve es querer la paz con los hombres. Porque eso sí es la guerra.

—La guerra y la paz. ¿Se dice así? Fíjate en cambio cómo lo siente Hugo, en esta carta: "Existen también las glorias de la frustración y el renunciamiento, las dulces conformidades en que nos comportamos como las hembras de nuestro propio Destino". Destino con mayúscula. ¿Te gusta?

—Es un poquito rebuscado, no lo niego. Como es él, al fin y al cabo.

—¿Sabes lo que le puse al margen, para estar a la altura? "Grandilocuencia salobre, de mente en lágrimas".

—¿Demente en lágrimas? ¿De veras no te importa?
¿Estás tan seca?

—He resuelto que no puede importarme, y se acabó.

—Qué triste es estar segura de poder dominarse. Qué triste es la humildad, qué triste es la suficiencia, qué triste es "guardar la línea".

—O triste o ridículo; cada cual elige.

—¿Entonces yo elegí el ridículo?

—Elegiste El Salto del Tigre, según cuenta Hugo. Yo tengo otro estilo.

—El de ir degradando los sentimientos.

—Ése mismo. El que me hace ver que ahora está con esa gorda snob y está muy bien, y que ella le brindará todo en bandeja para que pinte. Y eso es lo mejor, para que se sepa de una buena vez si es un genio al que hemos estado haciendo trabajar de pordiosero, o un inútil con los bolsillos llenos de lápices.

—¡Perfecto, perfecto! Perfecto, sobre todo, que haya compensaciones en todo el asunto. Y muy justo: él me quiso muy poco y yo me lancé. Ahora él se lanza y tú lo quieres menos.

—Buena idea. Una historia de amor en que el sentimiento va averiándose a medida que pasa de personaje.

—A medida que pasa de edades. El más joven es siempre el más duro. Ésa es la fórmula.

De acuerdo a esa fórmula, ¿qué tendría que decirle, si al final le contesto?

—Que ahora te importa otro. Darle también tu salto. Ser cruel.

—¿Y no contestarle? ¿O decirle solamente que debe morir las cosas? O tomarle la palabra: ¡las glorias de la frustración y del renunciamento!... Sería lo más lógico.

Estaban de pie y se tocaban las manos, de frente y con los brazos extendidos; pero no era un gesto de confortación o de cariño, sino de desentendida y deportiva cordialidad; la ligera cordialidad de dos personas que no quieren confesarse que se están compadeciendo mutuamente, pero por causas muy distintas.

EL SIMULACRO

*Racontez-moi cela
Comme si vous m'écriviez.*

STENDHAL

Viví en Buenos Aires del 907 al 916. Era —como veo que a ustedes les gusta decir ahora, cuando comentan una cinta o un libro— *la belle époque*. Es claro que, con Perón, ya no queda ni sombra de todo aquello. Me dicen que del Jockey Club sólo está en pie el frontis, como un tabique, como una mampara contra el vacío. El frontis con sus bastidores para la venta de revistas, y hasta parece que —alguna que otra vez— un puesto de pescado ¡Eso!

La Semana Trágica fue una barbaridad, estoy de acuerdo. Pero ya todos empezábamos a sentir en Buenos Aires ese brote de cosmopolitismo que trajo lo demás. Empezaba a ser una gran ciudad, decían algunos, y los lugares de siempre dejaban de ser nuestros, estrechamente propios. Nuestra generación ha usado el bergantín y la diligencia, y después ha llegado hasta el avión. Difícilmente otra podrá ver y probar tanto cambio. Pero ahora quieren que revisemos nuestras ideas sobre el mundo, y eso sí no podríamos hacerlo; no tanto revisar nuestras ideas sino renegar de todo lo que nos acostumbramos a tener por bueno en nuestro tiempo. Yo, por lo menos, me sentiría una *cocotte* si quisiera intentarlo.

Era una época maravillosa. La historia, vista desde ahora, era —como dice Anatole France— *la petite histoire*,

los movimientos de un cogollito de gente en unos pocos escenarios. Después todo esto se ha magnificado mucho y el color de esa época se ha falsificado; lo han falsificado en el biógrafo, en las memorias, en el teatro.

Llegué y caí muy bien, en un grupito en que estaban los Lastra y Carlos Juárez. Carlos era un animador brillante y, en el fondo, un muchacho triste hasta la desolación. De chico, durante la presidencia de su padre, lo habían mandado solo —tenía siete años— a estudiar a Inglaterra, en un colegio británico. Lo pusieron en el barco, lo recomendaron al capitán y así —solita su alma— atravesó el océano. Mientras estaba en Eton, en el 90, voltearon a Juárez Celman, pero él siguió y terminó sus años de colegio. Creo que de allá se trajo, al mismo tiempo, un buen inglés y un pesimismo tranquilo. Pero con los años, por detrás de una alegría que nos contagiaba a todos, fue encerrándose cada vez más en la desesperación. Tuvo una vez un duelo y mató en él, a pistola, a su adversario. Cuando estaba por irse, llegó el padre del muerto, lo atacó a tiros y él tuvo que matarlo también. Aquello fue tal vez decisivo. Al poco tiempo, sin que supiéramos concretamente por qué, se suicidó.

Vivíamos entonces en una casa de altos, en la calle Artes. ¿Cómo se llama ahora? . . . Pellegrini. Pero me dicen que ese pedazo ha desaparecido, con el trazado de la gran avenida.

Buenos Aires es otro, no cabe duda. Pero las cosas duran allá más que aquí. Cuando me fui a Buenos Aires, mamá vivía en Rivera Chica, que ahora se llama Guayabo. Ya le había dado la hemiplejía, mientras estábamos en Cibils. Cibils, que después se llamó Sochantres y ahora ha vuelto a llamarse Cibils. ¡Qué manía de cambiar los nombres a las calles!

Por pura casualidad, siempre nos instalábamos cerca de un presidente. En Artes, estábamos a media cuadra de la casa del general Roca. Y después, cuando pasamos a la calle Paraná, vinimos a estar casi al lado de Figueroa Alcorta. Él hizo lo imposible por echarnos de allí, porque cuando dábamos una fiesta había más coches y llegaba más gente para nosotros que a su propia casa. Fue

nuestra ubicación más famosa; y hasta le dedicaron un tango, ahora olvidado: *Paraná mil dos cuarenta y tres*.

Dar fiestas, vivir a gran tren costaba en aquel tiempo muy poca plata. Nosotros —entre cuatro o cinco— nos cotizábamos para pagar la casa, para salir de farra y hasta para tener caballos de carrera. Una vez hubo un zafarrancho —no sé si en el *Lago di Como* o en algún otro salón de baile de los que había entonces— y se publicó un brulote contra el grupo, en el que no se nos mencionaba uno a uno pero aparecíamos bautizados, en conjunto, como *La Jeunesse Dorée*. En esos mismos días habíamos comprado una yegüita y estábamos discutiéndole el nombre. El cagatintas vino a ponérselo: *Jeunesse Dorée*.

A muchos de nosotros nos parecía entonces que Buenos Aires era toda la Argentina. La gente de esa época, en Montevideo, también lo creía; y pensaba que cualquiera estaba en Buenos Aires una vez que había atravesado el río, así hubiera ido a hundirse al fondo de las provincias.

Y Buenos Aires, a su vez, era para nosotros el centro, menos a la noche, porque entonces podía ser Armenonville o el Pabellón de las Rosas, y Palermo era en aquel tiempo las afueras. A la madrugada regresábamos, a comer un churrasco en el Sportman o en el Royal Keller. Un churrasco con un vaso de cerveza, y allí veíamos amanecer. Con cinco nacionales habíamos dado toda la vuelta a la noche, y a veces hasta sobraba. Integrábamos un fondito común y al salir se lo dábamos a administrar a Laborrega Torres (le decíamos así, como si fuera un nombre, pero era un apodo, la-borrega, que le habían puesto por el pelito rizado: "otro de la raza merino", como le dijeron al entrar a un baile y hubo gresca).

Laborrega manejaba la plata. Alquilábamos un coche placero, una volanta, de ésas que Buenos Aires —a diferencia de Montevideo— todavía conserva. En ese mundo de la noche vivían seres que hoy me dan la extraña ilusión de no haber existido nunca a la luz del día: el Bebe de Rozas, el Feto Bayo, Pimpollo Sastre, Jorge Newbery. Y mujeres, como aquella Berta, de ojos enormes y tristes, que estaba enamorada de Carranza y se le apa-

recía por todos lados, hasta que —cansada de que el otro le diera esquinazo— decidió esconderse y fingir un viaje. Otra prostituta alemana, que andaba con ella, llegaba entonces hasta la mesa donde estaba Carranza —infaliblemente borracho a las tres de la madrugada— y le decía al oído: "Flíjase Caranza, flíjase Caranza, Berta está Brasil". Pero Carranza no se afligía; y en el estado en que se hallaba le daba lo mismo, sentía el mismo alivio de que Berta estuviera en Brasil o se hubiese muerto. "Flíjase Caranza" quedó como un dicho entre nosotros, cada vez que queríamos decirle a alguien "Sufra", cada vez que había que darle a alguno una mala noticia liviana.

Ya mi memoria no es la de antes y a lo mejor trabuco algún nombre y con seguridad más de una fecha. Sólo quienes se creen importantes escriben sus recuerdos. Y por lo general se les escapa el sabor de la vida común; le cuentan a uno lo más trascendente, pero lo que hoy es trascendente no fue, en su momento, lo más característico. Por eso, muy a menudo, entre un libro de historia política y esa colección de "Caras y Caretas", que tengo por ahí, me quedo con "Caras y Caretas". Y cuando alguien nombra a Victorino de la Plaza no pienso en el hombre que quiso ponerse frente a Yrigoyen, en esa charanga de la oligarquía frente al pueblo, sino en aquella cara apergaminada y amarillosa de la carátula, debajo de la que se leía la frase comercial de la Ginebra Bols: "Su color ámbar pálido comprueba su vejez".

Y Beazley no quedará como el hombre de Roca sino como el jefe de Policía que prohibió y castigó, en las calles de Buenos Aires, el piropro; porque las tres cosas que más se practicaban en el Buenos Aires de entonces, estando prohibidas, eran el duelo, el piropro y —aunque te sorprenda— el boxeo.

La verdad es que la Historia, entre nosotros, no ha sido casi nunca una manía posesiva de quienes la han vivido, sino una lamentación sentimental por no haberla vivido, escrita por la generación siguiente. En mi familia hay un ejemplo de ese descuido lastimoso. El Coronel Courtin era muy amigo de mi padre; y al volver del viaje de la Barca Puig, donde Varela lo había mandado como

su hombre de confianza, le regaló un libretón angosto y largo, uno de esos índices de comercio, escrito con tinta violeta y letra muy menuda, en el que había registrado, día por día, las alternativas de aquella famosa navegación. Courtin no era un hombre leído pero tenía una inteligencia muy vivaz y un don inmediato para describir todo lo que pasaba a su alrededor. Y bueno; el Diario de la Barca Puig anduvo en casa, una vez que murió Papá, de cajón en cajón, de mudanza en mudanza. Cada vez que había que empacar las cosas, mis hermanas se quejaban de aquel mamotreto, lo consideraban un estorbo inútil, una pesadez ilegible. Y de tanto ser manoseado y tirado al fondo de los muebles, el libretón acabó por desaparecer. Cuando algunos años después se lo conté a un historiador, me pedía desesperadamente que averiguara, que hiciéramos memoria, que tratara de reconstruir algo de lo que a la siesta había leído allí. Imposible. Me ha quedado el vago recuerdo de cien días de mar y de sed, con el agua potable corrompida en las cisternas; eso y la amistad que el peligro compartido había acabado por crear entre Courtin y sus prisioneros: Herrera y Obes, Juan Ramón Gómez, Ramírez. Pero no me acuerdo de nada más.

La vida verdadera, en cambio, era otra cosa, aunque después otros la hayan hecho historia. No puedo transmitirte, por ejemplo, lo que fue haber visto y oído a Tamagno, a Novelli, a Frégoli o Frank Brown, por más que te lo cuente. Ni yo ni "el cine" podríamos hacérselo ver.

Yo trabajaba en comisiones, negocios y corretajes; y me iba gastando poco a poco la herencia paterna, en tanto seguía atenido a la esperanza de que me nombraran para el Consulado de Punta Arenas, lo que no era imposible siendo hijo de padre argentino. Pero en el año 16 vino el irigoyenismo y yo no tenía amigos en ese grupo. Aquel año 16 fue lo más parecido que hubo, quizá, a este año 45 de Perón. Los hechos vuelven, de tiempo en tiempo, sin que la gente escarmiente jamás por cuenta de otros, con lo que no ha vivido.

A veces hojeo algún libro sobre el novecientos y veo que se habla allí, como de cosas remotas, de las que a

mí me pasaron al lado, de las que aun me siguen pareciendo tan próximas. Es una sensación sobrecogedora la de saberse tan viejo. Pero, al mismo tiempo, es hermoso guardar para los grandes hechos, para los sucesos épicos, un aire de memoria privada. En casa hemos sido todos colorados, menos Rogelio, que salió blanco. Y mientras yo hice el 904 en las Guardias Nacionales, en el Batallón Universitario que mandaba don Jorge Pacheco, y mi hermano Germán lo hizo como segundo jefe de la Artillería, en el Ejército del general Vázquez, Rogelio era practicante y dentista en las filas de la Revolución. Contaba que cuando Saravia iba a entrar a Minas lo llamó —estaba siempre debajo de su sombrilla de raso, porque resguardaba su cara del sol de la campaña y tenía unas manos cuidadas y blancas— y le pidió que le arreglara un portillo, que tenía en la boca, porque no quería entrar a la ciudad con el hueco de un diente a la vista. Le dio los mejores caballos y lo mandó a Minas antes de que él entrara, para que obtuviera los materiales. Rogelio fue, con las señas de un dentista blanco que vivía allí, consiguió la gutapercha o lo que fuera, y volvió. Saravia le quedó muy agradecido por el favor; y como era un hombre muy fino, jamás lo olvidó. En Masoller —a la manera de lo que relató Herrerita en El león ciego— mientras Germán mandaba la artillería de gobierno, Rogelio estaba en la enfermería de los revolucionarios. Cuando a Saravia lo balearon, fue él quien tuvo que hacerle la primera cura. Esto y el diente de Minas lo encendían de blanquismo, cuando me lo contaba. Rogelio vio en seguida que allí, sin asistencia, el hombre podía morir. Mandó hacer unas angarillas con lanzas, lo hizo colocar en ellas suavemente y dispuso la marcha para pasar la frontera, donde los esperaba Lussich. Saravia, que bajo su apariencia de hombre pulido era el criollo más guapo, sólo hacía de cuando en cuando una mueca de dolor. Y Rogelio le daba entonces un terrón de azúcar empapado en láudano, que era todo el alivio que podía ofrecerle. Cuando el dolor volvía, Saravia alzaba apenas la cabeza muy pálida de aquella especie de parihuela y le decía: "Otro terroncito, doctor". Rogelio marchaba a pie, al lado

del herido, y llevaba el frasquito en la mano y las riendas de su caballo, como un lazo, pasadas por el brazo, a la altura del codo. De pronto, en medio del atardecer, el caballo se espantó de algo y el frasquito de láudano voló a lo lejos. Rogelio no podía apagar en el tiempo esa sensación de piedad, de amor y de culpa: la marcha a campo abierto, en retaguardia, con el presagio de la guerra perdida y la proximidad del gran hombre que se iba enfriando poco a poco, mientras entraban en la noche. Le habría gustado mucho escribir alguna vez esta escena, pero nunca lo hizo.

Hace poco tiempo César Viale me mandó un librito suyo, sobre el Buenos Aires que conocimos juntos. *Cincuenta años atrás*, se llama. No está bien escrito pero refresca muchas cosas agradables, que vi y que no sé si no hubiera olvidado: el coupé forrado de raso blanco de Don Bernardo de Yrigoyen, las tertulias de Marquito Avellaneda, las reuniones en el Cercle de l'Épée. La esgrima en que sobresalía Agésilao Greco, el boxeo como pasión porteña en la quinta del Doctor Delcasse, la ópera, la tragedia y la *petite-pièce*. ¡Qué años! Es curioso pensar que todo el trofeo material que me queda de ellos son dos libros que entonces tenía siempre en la veladora y que no hablan de Buenos Aires: las *Notas sobre París*, de Taine, *Las escenas de la vida bohemia*, de Murger. Pero ya muchas veces te he dado la lata sobre estos libros.

En el folleto de Viale hay algunas fotos; borrosas y todo, me devuelven lugares y cosas familiares: las cinco esquinas; el *mail-coach* de don Miguel Martínez de Hoz, con su tiro de cuatro caballos cruzados, trotando hacia Palermo los domingos, los caballeros en lo alto, tocados de chisteras que hoy te parecerían cómicas, y sobre todo inverosímiles; Jorge Newbery de tricota blanca y el Dr. Delcasse en mangas de camisa, haciendo guantes.

Las modas también vuelven, después de todo. Y ahora mismo, cuando veo a veces esos tirifilos con trajes a cuadritos y reborde de trensilla, con pantalones bombilla, me acuerdo de los cajetillas del 900 y de lo que entonces se llamaba "trajes con llanta de goma".

En el 16, cuando el consulado de Punta Arenas se esfumó, Ricardo Arrieta me propuso ir a trabajar los dos por una temporada, a Venado Tuerto. Don Angel Lastra, el padre de los muchachos, nos daba a explotar la carnicería que estaba cerca del pueblo, en una punta de la estancia. Estuve de acuerdo. Don Angel era el gran señor del lugar y la estancia era tan completa que hasta tenía su puesto de policía, con tres o cuatro uniformes de vigilantes, para que el personal se los pusiera, cuando tuviera que entrar en funciones.

Nos anunciamos por telegrama; y cuando llegamos a la estación de Venado Tuerto los Lastra, vestidos de vigilantes, subieron al tren aparatosamente, como si quisieran prender a un matrero. Fueron directamente hacia El Amiguito, como le llamaban a Ricardo, y le pidieron nombre y documentos. Los demás pasajeros estaban estupefactos, y El Amiguito siguió el juego. Discutió con la Policía, trató de resistirse y lo bajaron a empujones. Cuando el tren ya arrancaba y la gente se salía mirando por las ventanillas, El Amiguito y los guardiaciviles, para reirse de los viajeros, se pusieron a bailar la rueda-rueda en el andén, mientras yo cargaba con las valijas. Así llegamos.

Me acuerdo bien de ese momento, porque —a pesar de la bullanga— el campo me recibió con una sensación de tiempo dejado atrás, de nostalgia de Buenos Aires, de años pasados y vividos sin vuelta. Era de tardecita, todavía había una raya de sol rojizo en el alero cribado del andén, pero el fondo del corredor olía a humedad y a forraje agrio. Buenos Aires —pensé— danos por muertos.

El Amiguito me había venido contando en el tren a quiénes volveríamos a ver y a quiénes conocería yo ahora. Entre estos últimos, estaba Don Federico Núñez. Don Federico era el hermano mayor de Doña Leonor, y por lo tanto el cuñado de Don Angel. En su juventud había sido un caballero brillante, un socio del Jockey, un dandy. Pero un desengaño amoroso lo había tirado abajo. Y se había puesto a chupar como un desesperado. Fue entonces cuando Don Angel lo convenció de que se fuera por

un tiempo a la estancia. Y Don Federico convirtió aquella temporada en toda la vida. No tenía cometidos fijos en "El Trébol" y, en rigor, nadie le pedía que hiciera nada. Se había ido a vivir a un puesto distante de las casas y allí se lo pasaba. Lo conocí muy bien después, viejo, digno, casi roto, pero de barba muy cuidada; y varias veces hablamos largamente. Cuando estaba de buenas, era encantador; había leído bastante y el campo le había dado una campechanía que al porteño distinguido le queda muy bien. Venía a veces a la carnicería, montado en su caballito criollo, un bayo muy manso al que le soltaba las riendas, de noche, cuando estaba muy borracho, para que lo trajera de vuelta desde la pulpería a su rancho, mientras él se le dormía en el pescuezo. Pero cuando llegaban, por mamado que estuviera, dando tumbos o como pudiese, le daba siempre la ración. Así lo educaba, le afirmaba el sentido de la querencia; es la memoria del burro, como dice Vizcacha.

El Amiguito me había venido hablando de Don Federico y yo me había puesto a pensar si aquella no sería también nuestra parábola, si Venado Tuerto no iba a engullirme para siempre. No me pasó, como pudo haberme pasado. No vayas a creerte que es un lugar de mala muerte — me decía El Amiguito, más para convencerse que para convencerme. Una vez quisieron cambiarle el nombre, ponerle Pueblo del Oro. Cuando ya estaban casi todos convencidos, apareció Thompson, un inglés flaco, hermano del Thompson de la mueblería. Mostró un sobre dirigido desde Inglaterra a su nombre y a Venado Tuerto, sin más señas: ni Argentina, ni América ni nada. Y había llegado. Entonces contó que en la Bolsa de Londres había visto, en las pizarras, las cotizaciones de acciones en las estancias de Venado Tuerto; Porque allí —en aquel pedazo de la provincia de Santa Fe— los ingleses formaron las primeras sociedades anónimas rurales de la Argentina. Contó todo eso y el nombre de Venado Tuerto quedó firme para siempre.

En Buenos Aires, Ricardo era un jailaife, un señorito; pero tenía una gran capacidad de adaptación. Y al día siguiente de haber llegado, viéndolo de alpargata

y bombacha, uno nunca se imaginaría que era el mismo de dos noches atrás en el Petit Salon.

Entonces no existía, como ahora, el furor de las playas. Y la gente, en vez de irse a Mar del Plata, se iba a las estancias. Llegó el verano y se supo que todos los muchachos vendrían a pasar un mes en "El Trébol": a descansar de lo que no hacían y con el pretexto de vernos, a El Amiguito y a mí.

Fue entonces, en ese verano lluvioso, cuando sucedió lo que había prometido contarte, al principio de la conversación. Divago como todos los viejos, y ya ni sé si te acordarás de que fue por ahí que empezamos. Volvieron los Lastra —Carlos, Manuel y Eduardo, que se habían ido a Buenos Aires a poco de llegar nosotros— y llegaron también Laborrega y Carranza. Con ellos vino asimismo la lluvia. Días y días, sin un solo hueco, dele llover y llover. Se agotó el ajedrez, se resobaron las cartas, andaban por ahí hechas tiras —de tan leídas— las revistas. No había nada que hacer, y eso mismo empezaba a crisparnos los nervios a todos. Estábamos excitables, confinados al gran comedor de la estancia, que era toda la vida social para siete personas acostumbradas a hacerla de otro modo. Ellos, además, nos trajeron noticias frescas de Buenos Aires, reavivaron inútilmente nuestro deseo de volver. Pero también los últimos chismes se ajaron, de tan repetidos, y no quedó nada, mientras la lluvia seguía y seguía.

Las horas de los aperitivos y de las comidas eran esperadas como grandes acontecimientos, casi como ceremonias. Y después de tanto esperarlas, había que llenarlas de algo, darles un contenido para que estuvieran a tono. No sé si fue por eso o por la exasperación de aquella encerrona que El Amiguito y Laborrega empezaron a discutir —cada vez con más pasión— en la sobremesa de todos los almuerzos. Sobre radicales y conservadores, sobre Aristóbulo del Valle, sobre Leandro Alem, sobre Lisandro de la Torre, sobre caballos de carrera; todo les venía bien. Eran discusiones cada vez más ásperas, cada vez más enconadas. Tanto que nos dieron a pensar que la vida de Buenos Aires, que facilitaba un

tipo de convivencia más diluida, no les había dejado saber —hasta ahora— que carecían absolutamente de afinidades, que eran miembros de un mismo grupo más que amigos que se quisieran.

Con todo, había un curioso estilo deportivo para olvidar agravios y volver de nuevo a la carga. Tal vez todos contribuíamos, porque ya se esperaba la hora de comer conjeturando cuál sería el tema en que se trenzarían esta vez El Amiguito y Laborrega. Hacia fines de aquel diluvio de enero, una mañana de domingo, El Amiguito se levantó inspirado. Voy a provocar a Laborrega, dijo, y lo voy a hacer discutir como nunca. Lo voy a pinchar, a ver si llega a insultarme. Y entonces voy a hacerme el ofuscado, voy a sacar el revólver y voy a tirarle un par de tiros a boca de jarro. Ya le saqué los plomos a todas las balas. ¡Vamos a verle hacer morisquetas! Y así se va a curar de guapetonadas.

Laborrega no se había levantado todavía; era el que mejor luchaba con la lluvia, durmiendo la mitad del tiempo. Se despertaba a mediodía, fresco, y era el encargado de preparar los copetines.

Cuando El Amiguito se fue, uno de los Lastra —creo que fue Manuel— tuvo la otra idea. Pensamos que la broma podía darse vuelta como un guante. Es decir, pensó él; Manuel o Carlos, ya te digo que no me acuerdo bien. Yo no iba nada en el asunto; por las dudas, tu padre nunca se metía en esas.

Pensaron, como te digo, dar vuelta la broma. Le avisaron a Laborrega, para que estuviera pronto y le sacara también los plomos a su revólver. Cuando el Amiguito tirara, Laborrega le retrucaría y nosotros nos pondríamos todos en pie, simulando impotencia. Queríamos verle la cara a El Amiguito, que era el más expresivo, no a Laborrega. Sería un simulacro perfecto; y no voy a decirte la moraleja, de caja de fósforos, de que la vida también a veces lo es, y por eso mismo nos estaba esperando a la vuelta de la broma.

Llegó el almuerzo, que fue pesado —por ese prejuicio de la abundancia dominical que tienen las cocineras de estancia— y sobrevino la discusión. Ya ni me

acuerdo de cuál fue el tema, aunque creo que era otra vez el político, por ser el que se prestaba más pronto a levantar el tono, a apasionarse *noblemente*. El Amiguito había elegido el asunto y creía estar llevando a Laborrega hacia la trampa; pero el otro sabía y —como en la escena del tren— entraba en el juego. Sólo que esta vez los espectadores y el asombro de los espectadores habían de ser falsos y no verdaderos.

Llegó un momento en que Laborrega, que se sabía esperado, se desbocó. Es lo que me pasa por discutir con bellacos, recuerdo que dijo. El Amiguito no quería otra cosa. Estaban frente a frente y tenían en medio la mesa, la vinagrera y las copas. El Amiguito se levantó con gran rapidez, sacó el revólver y tiró. No sé cuántas veces, porque aunque todos lo esperábamos a todos nos emocionó. No sé si los emocionaron los estampidos o el revés de la broma, que ya se venía.

Porque Laborrega, envuelto en humo, se levantó con una expresión maravillosa de furia y también sacó el arma. La cara de El Amiguito y su gesto no pueden contarse, pero tampoco olvidarse. Cuando vio el revólver en la derecha de Laborrega, extendió una mano, quiso decir algo, movió desesperadamente la cabeza como si negara algo. Nosotros nos habíamos parado, volteando sillas y no sé si alguna copa. No era sólo que hiciéramos nuestra parte, sino que aquella escena nos tomaba finalmente, tras tanto esperarla, de improviso.

El Amiguito contraía la cara, quería decir algo y no podía. ¿Te acuerdas de aquellos estudios de expresión de Gibson, que se publicaban en las revistas? Sí, ya sé lo que vas a decirme: que no eran de tu tiempo. Bueno, esa vez Gibson habría tenido una escena memorable para dibujar, retratando en cada cara la expresión justa: terror auténtico en la de El Amiguito, una furia implacable en la de Laborrega, un punto indefinible, entre la broma, la sorpresa y la culpa en la de todos nosotros. Laborrega tiró, mientras los ojos de El Amiguito referían a quien supiera verlos todo lo que en un segundo no hay tiempo material de decir.

Pasó el momento y, al sentirse ileso después de ha-

ber tenido un revólver que le apuntaba en la mitad del pecho, creo que El Amiguito empezó a comprender.

Estaba muy pálido y lo sentamos en su silla, tomándolo por los hombros. Tenía una mano agarrotada sobre el revólver y le temblaban las mandíbulas. Le contamos lo que ya empezaba a adivinar, y él lo recibió con una sonrisa que ocultaba mal el castañeteo de los dientes. Lo sentamos, le trajimos café y —con una alegría insegura, que se nos iba desvaneciendo al ver la cara de El Amiguito— comentamos ruidosamente la broma, ida y vuelta.

—Con ustedes no se puede —dijo entre dos sorbos, mientras el castañeteo golpeaba en el borde del pocillo. Todos sentimos entonces que esta frase nos absolvía. Y creo que fue ésa la razón por la que, sin ser graciosa, nos hizo reír tanto.

Pareció por un momento que se reanimaba, que sus mejillas blancas volvían a colorearse. Pero fue sólo un instante. Porque en seguida empezó a quejarse de un dolor fuerte en el pecho. Ahora todos son capaces de diagnosticar un infarto, y eso les da una suficiencia falsa, un aire de ser médicos sin entender de nada. Nosotros, en cambio, no podíamos haberlo previsto. Pero de todos modos, hicimos algo de lo más indicado.

Levantamos a El Amiguito de la silla y lo obligamos a extenderse en una *chaise-longue* vieja, de cuero capitoneado, que estaba junto a uno de los ventanales del comedor. Pálido y de perfil, El Amiguito quedaba sobre un fondo de lluvia que resbalaba por los cristales, como si estuviera mojándolo.

Todavía no habían puesto en la estancia aquel teléfono impresionante, de manivela de bronce, marcaría, engranajes a la vista, micrófono de ebonita y níquel y cantidad de pilas en un cajoncito de roble, que con los años dominó aquel otro rincón del comedor en que antes estaban el juego de mimbre y el mueblecito de las revistas. Pero aunque hubiera habido teléfono, seguramente aquel día —con las lluvias— no habría comunicado con el pueblo. Y aunque hubiera comunicado, nadie habría podido llegar desde él. No había ni que pensar en un médico para El Amiguito, y él mismo le-

vantaba la cabeza del canapé que le habíamos puesto debajo, para insistir en que no lo precisaría, en que ya iba a pasársele.

Pero no se le pasaba. Veíamos contraérsele la cara, mientras una mano —la misma que había manejado el revólver— se le crispaba sobre el pecho y entraba por el hueco abierto de la camisa, como si buscara algo dentro de él, como si pudiera haber un alivio a arrancar con el gesto.

Después nos dijeron que habría que haberle practicado una sangría. No estoy seguro de que sea una opinión seria, pero tampoco ninguno de nosotros habría sabido hacerla. Le dimos coñac francés, haciéndoselo beber a buchitos, y le hicimos decir —como si con eso pudiéramos convencer a la misma enfermedad— que el trago le sentaba muy bien.

Fue lo último que le hicimos decir, porque las mandíbulas se le ponían cada vez más rígidas, de dolor contenido. Entonces tomamos una servilleta, la rociamos también de coñac y le pusimos una compresa sobre el pecho. El Amiguíto tenía los ojos cerrados, pero la mano buscaba la servilleta y la estrujaba como si también quisiera metérsela en el pecho.

Y esto es lo que desde hoy iba a contarte: ¡lo que es el buen coñac! Es increíble, pero cuando al rato le sacamos la servilleta, porque el pobre Ricardo ya no la precisaba, y el trapo estaba húmedo, y más que húmedo frío, el coñac no había perdido nada de su *bouquet*, como si hubiera estado todo el tiempo servido en una copa.

INDICE

Los sueños buscan el mayor peligro	7
Los días escolares	21
La última morada	39
El lazo en la aldaba	73
El salto del tigre	89
El simulacro	105